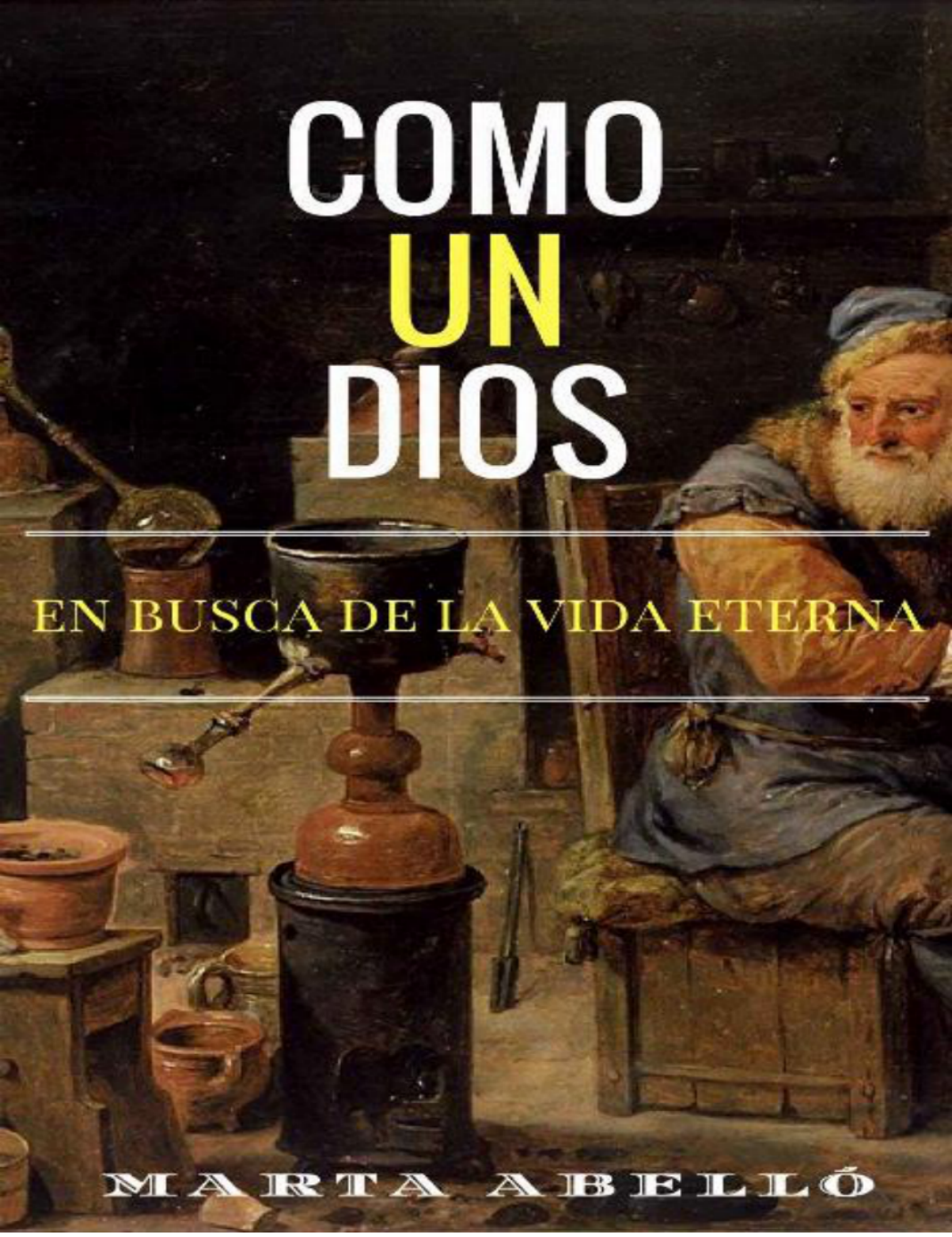
COMO
UN
DIOS
EN BUSCA DE LA VIDA ETERNA
MARTA ABELLÓ

COMO UN DIOS

Marta Abelló

Como un dios
KINDLE EDITION
Todos los derechos reservados.

Esta obra se encuentra inscrita en el
Registro de la Propiedad Intelectual y el contenido de la misma
no podrá ser reproducido en ningún medio, parcial o totalmente,
sin el consentimiento previo del autor.
© Marta Abelló Saura.
Portada: Alquimista, de David Teniers el Joven (siglo XVII)

CAPÍTULO I. De cómo llegó la peste ycómo conocí a Clarisa de Habsburgo.
CAPÍTULO II. En que recuerdo cómo me asaltaron las dudas en cuanto a conseguir el amor de Clarisa. De la vieja Irma y sus consejos contra la peste.
CAPÍTULO III. De mis ideas y de cómo murieron mi sirviente Herbert y la vieja Irma. De los recuerdos de mi familia.
CAPÍTULO IV. De la cocina de Helga y de otros asuntos relacionados con aquella época de mi vida.
CAPÍTULO V. En que acontece el saqueo de mi biblioteca y mis reflexiones acerca de él.
CAPÍTULO VI. De cómo Clarisa me confesó su amor y de cómo mi carácter vino a no considerar por el momento su afecto.
CAPÍTULO VII. De la alquimia.
CAPÍTULO VIII. De las obras que se salvaron, de mi repentina enfermedad y del amor de Clarisa.
CAPÍTULO IX. En que acontece mi boda y relato más aspectos de la Peste Negra.
CAPÍTULO X. En que explico la procedencia de los prisioneros que tuve un tiempo en mi castillo.
CAPÍTULO XI. En que se recibe la visita de unos enviados del príncipe Eduardo.
CAPÍTULO XII. En que descubro la culpabilidad del gobernador, visito al viejo maestro Heinz y averiguo aspectos ocultos de la vida de mi padre.
CAPÍTULO XIII. En que una nueva conversación con el maestro Heinz me lleva a aprender ciertas cuestiones acerca de la felicidad, de los sabios y del elixir.
CAPÍTULO XIV. En que consigo unas lentes para Heinz y medito en la venganza contra el gobernador de Deggendorf.
CAPÍTULO XV. De las dos hijas del gobernador Haagen.
CAPÍTULO XVI. En que Heinz dejó Deggendorf para vivir en mi castillo.
CAPÍTULO XVII. Del amor y del odio.
Si Amor no es, ¿qué es lo que yo siento?
Si ardo de agrado, ¿por qué me quejo y lamento?
CAPÍTULO XVIII. En que los remordimientos hacen que cambie de idea en cuánto al sacrificio de Gertrud.
CAPÍTULO XIX. En que el destino juzga y condena a su modo.
CAPÍTULO XX. De los temores del hombre y de algunos personajes célebres.
CAPÍTULO XXI. En que debido a un accidente he de permanecer

unos días en la leprosería.
CAPÍTULO XXII. Dónde visita mi castillo Konrad von Megenberg y un particular discípulo suyo.
CAPÍTULO XXIII. De nuevo sobre la alquimia.
CAPÍTULO XXIV. De algunos conflictos de la época y de cómo Karl aprendió a leer y a escribir.
CAPÍTULO XXV. En que relato la buena noticia que supuso el conocimiento de que iba a ser padre.
CAPÍTULO XXVI. Dónde Karl cae en las redes del amor.
CAPÍTULO XXVII. En que se recibe la visita de unos monjes franciscanos con la consiguiente idea de la construcción de una iglesia fuera del recinto principal del castillo.
CAPÍTULO XXVIII. En que visitamos Frankfurt y de lo que allí acaeció.
CAPÍTULO XXIX. En que visitamos Colonia, nos alojamos en casa del barón von Rochelis y aparece la peculiar figura del arquitecto Lorenzo dal Moschio.
CAPÍTULO XXX. En que llegados a Hannover, Karl y yo nos encontramos con Konrad von Megenberg.
CAPÍTULO XXXI. En que visitamos la ciudad de Leipzig y tras la breve entrevista con el arquitecto Gustav Köhl, medito sobre mis verdaderos deseos.
CAPÍTULO XXXII. En que regresamos al castillo.
CAPÍTULO XXXIII. En que el judío Liebkind Mötl pide asilo en el castillo.
CAPÍTULO XXXIV. En que nace mi hijo y me visita el ángel de la Revelación.
CAPÍTULO XXXV. En que a pesar de algunos contratiempos se logra la Piedra Filosofal.
CAPÍTULO XXXVI. En que el Elixir de la Larga Vida toma protagonismo.
CAPÍTULO XXXVII. Dónde se relata el encuentro con el gran alquimista Nicholas Flamel.
CAPÍTULO XXXVIII. De cómo Nicholas Flamel halló la Piedra Filosofal.
CAPÍTULO XXXIX. Del futuro.

Pues ninguno de los insensatos se contenta con lo que posee, sino que se aflige más por lo que no tiene. Como los febriles, que por la malignidad del mal tienen siempre sed..., así los enfermos del alma carecen siempre de todo, y son impulsados por la avidez a los más variados deseos.

EPICURO.

CAPÍTULO I. De cómo llegó la peste y cómo conocí a Clarisa de Habsburgo.

La Peste Negra avanzaba desde Génova donde había sido introducida por un barco que venía de Crimea; se extendía por la Provenza y el Languedoc, por la península Ibérica y después por el resto de Europa para llegar más tarde también hasta mis tierras. ¡Cuántos de mis vasallos caerían presos de fuertes fiebres y desagradables vómitos muriendo a los pocos días en brazos de la terrible enfermedad! De ella hablaría Bocaccio en el Decamerón, y los cronistas de la época pondrían de manifiesto toda aquella angustia vivida, porque nadie sabía cómo atajar el asunto y ni las hierbas, los remedios caseros ni tampoco las recetas de los médicos más sabios proporcionaban demasiado consuelo o esperanza. A mediados de aquel aciago año de 1.348 me llegaron noticias de que en París habían muerto cincuenta mil personas, de que en Hamburgo o en Magdeburgo la mortandad superaba el veinticinco por ciento de la población. ¡Qué horrible aniquilación! En toda Europa moría un hombre de cada tres, y las calles de las ciudades eran vertiginosos ríos de llanto y dolor. Tanto el vulgo como las clases más acomodadas tenían el miedo bien aposentado en sus espíritus, y en cuánto alguien cercano sufría de alguna úlcera o alguna hinchazón que se manifestara bajo las axilas o en las ingles, se alejaban de él, ya fuera amigo, vecino o cercano familiar.

En aquella época vivía absolutamente aislado en mi castillo situado en la zona más agreste de la selva de Baviera. Tanto mi parentela como la mayoría de los sirvientes habían decidido marchar del lugar, y me vi obligado a solicitar que algunos de los hijos de los campesinos que vivían en las tierras circundantes entraran a mi servicio. Quiso la casualidad que de camino a uno de mis viajes a Deggendorf tropezara con un mozo que parecía perdido. ¡Pobre diablo!, pensé la primera vez que tropecé con su expresión indescriptible, sus ojos vacíos de sentimiento, sus manos rudas y desproporcionadas. A pesar de su aspecto desarrapado me conmovió su estado, y más aún al saber de su desgracia particular que lo dejaba solo y abandonado en un mundo nada amable. El cólera había asolado toda la familia de Karl, y como único superviviente se veía obligado a mendigar y a tratar de buscar algún trabajo que le proporcionara comida y techo. La bondad que existe en mi corazón vio que aquel muchacho bien podía serme de ayuda, y por esa razón y por alguna otra que podría relacionarse con la piedad cristiana, decidí convencerlo para que viniera al castillo y

trabajara para mí. Poco a poco fue convirtiéndose en nada menos que imprescindible en mi vida, pues no sólo sabía dedicarse a las más variadas tareas sino que además pasó enseguida a llevar el mando en muchos de los trabajos que le eran encomendados sabiendo dirigir con acierto a otros que aceptaban sin replicar sus órdenes. Me fue de mucha ayuda también en cuánto a alimentar y procurar que no escapase ni uno sólo de mis prisioneros. Terribles eran, sí, aquellos tiempos en los que tuve que ejercer la justicia por mi cuenta, aún siendo joven y con una mente loca por descubrir y saber acerca de los misterios del mundo donde me tocó vivir. Todo era en ocasiones extraño y lleno de bruma; las tinieblas del mundo, inmensas. Por suerte, mi fortuna me confería un estado privilegiado, una posición ventajosa ante muchos.

Gracias a mi madre y a la complejidad de los árboles genealógicos con sus diferentes ramas, mi sangre tiene una pequeña parte de la sangre del propio rey Eduardo III, que en 1.337 había emprendido la guerra de los Cien Años. Recuerdo cuantas fueron las ocasiones en que su hijo, el llamado Príncipe Negro con quien había compartido estudios en Inglaterra, vino a visitarme. Cenábamos los dos en la sala principal, cocinando y sirviéndonos las viandas uno de los prisioneros que había sobrevivido a la humedad y a los castigos, un prisionero que supo resistir la adversidad, el quizás infortunio de haber entrado en mis tierras. Herbert era un individuo influenciable que, atemorizado por mis amenazas de torturas improbables a las que no era dado mi carácter, había accedido de buen grado a formar parte de mi servidumbre. Al parecer había servido durante largos años en casa de algún noble de la corte de Hungría, y gracias a él y a Karl mi hogar iba alcanzando un mejor aspecto, pudiendo atender a mis huéspedes cómo se merecían. Sobre todo podía regocijarme con el buen hacer de Herbert en los fogones, pues sus manos se convirtieron en oro para mí y también, cómo no, para mis ocasionales invitados.

El príncipe Eduardo comía con fruición, con la complacencia de quien sabía apreciar la buena carne de caza y el buen vino. Ambos compartíamos tanto nuestra afición por las ciencias ocultas como por las obras clásicas de los poetas europeos, y en cuanto nuestros apetitos se hallaban saciados subíamos por la estrecha escalera que conducía a mi estudio. Sus caballeros ya estaban en los aposentos de las habitaciones del piso inferior siendo atendidos convenientemente, y seguro ya dormían cuando Eduardo quedaba maravillado por la profusión de códices, pergaminos, manuscritos originales, legajos y cientos y cientos de apuntes y escritos que yo poseía. Muchas veces leíamos durante horas, e incluso en alguna ocasión nos sorprendió el sol asomando por los ventanales, tal era nuestra curiosidad y ensimismamiento. Otras veces bajábamos al sótano y se sorprendía

por los objetos que allí se podían encontrar, muchos de los cuales serían considerados mágicos, casi sobrenaturales; herejes, incluso. Eduardo fue el único de mis escasos invitados por aquella época que tuvo la fortuna de contemplar mi laboratorio y la soberana belleza de Clarisa. Y mientras recorríamos los pasadizos subterráneos y subíamos los empinados escalones que llevaban a la estancia donde ella moraba, le expliqué cómo llegué a encontrarla y cómo sus hermosos cabellos eran ya míos para siempre.

Fue una tarde en que salí a pasear bajo el sol que calentaba mis tierras. La espesura del bosque era sumamente cautivadora y podía apreciarse la llegada del invierno, inminente. Las hojas de los álamos negros se agitaban levemente por el viento suave que se levantó mientras iba adentrándome cada vez más ensimismado en mis pensamientos. Sin darme cuenta me acercaba a la leprosería que alzaba sus muros en la zona más oculta del boscaje, y la proximidad de aquellos desgraciados me producía tal desasosiego que ni siquiera me llegué hasta el lugar donde me había propuesto para emprender enseguida el regreso tomando un sendero para atajar camino. Un riachuelo de escaso caudal serpenteaba bajo el puente por el que yo vadeaba, y pájaros extraños cantaban sus canciones encaramados a las ramas de los árboles de tupidas hojas caducas. En cuánto mis pies abandonaron el contacto con la piedra del pequeño puente se toparon de nuevo con la hojarasca que alfombraba aquella espesura, y al percatarme de que mi paseo se había prolongado más de lo previsto apresuré mis pasos, aunque pronto me detuve ante lo que se presentó como una de las más bellas apariciones: Clarisa de Habsburgo. Cómo no reconocer a la hija pequeña del archiduque de Austria con sus largas trenzas doradas, su nariz pecosa y sus maneras distinguidas aún cuando se hallaba en el suelo, medio tumbada en la hojarasca y gimiendo de dolor. Al parecer su caballo se había encabritado por un motivo que desconocía y la había dejado allí abandonada. Esperaba y esperaba que alguien viniera a por ella pero nadie lo hizo. La cacería de la que tomaba parte seguramente se habría alejado hacia otras tierras sin haberse percatado aún de su ausencia. Naturalmente, me ofrecí a llevarla hasta mi castillo donde podría curarse de su pie malherido, descansar y ser mi invitada hasta que el mensaje que enviásemos a su palacio nos trajera en breves días la despedida. Clarisa aceptó fácilmente la proposición pues no tenía más opciones que permanecer esperando sola en aquella umbría zona del bosque o poder disfrutar de mis agasajos y atenciones. Mis brazos sostuvieron su cuerpo durante todo el camino y mis ojos no cesaban en su empeño de fijar la mirada en su rostro fino y terso. Sus manos, que se asían a mi cuello, tenían el tacto que deben tener las alas de los ángeles, suaves y delicadas. No había nada más en aquel momento que no

fuera ella. Ni tan sólo sentía el viento en mi cara; sólo estaba ella, y estaba en mis brazos. Sus suspiros y su aliento eran mi propio aliento y mis mismos suspiros de torpe enamorado. Si me preguntaba acerca de lo que fuese yo balbuceaba como una criatura y fijaba la mirada al frente sin ver apenas nada que el propio recuerdo de su imagen, esculpida ya para siempre en mi memoria. Ella me recordaba, pues en una ocasión y con motivo de una boda real, nuestras miradas se cruzaron saltando la barrera que suponían los nobles congregados en la catedral de Friburgo.

Y esa misma noche cenamos los dos rodeados de la luz de las velas, acompañados por el sonido de fondo de la tormenta que se presentó sin previo aviso. Nuestra conversación era amigable y distendida, y ella parecía ir cayendo bajo el influjo de mis palabras y mi buena educación. También parecía haber olvidado su pie herido, pues mis masajes y friegas con hierbas iban dando el resultado previsto. Antes de acompañarla a la que sería su estancia contemplamos la lluvia, y nunca, salvo a partir de entonces, había tenido la ocasión de admirar el fenómeno de la naturaleza más prodigioso y fascinante. Al lado de aquella mujer que por entonces contaba dieciséis años, la inclemencia del tiempo se me antojaba sublime, poderosa como sentía la fuerza en mis manos ansiosas por acariciar aquel rostro que podía contemplar de soslayo, disimuladamente. Percibía su respirar moderado, la frescura de su piel tersa, aromática, que ahora me hace recordar la ocasión en que el obispo de Praga abrió el sepulcro de Alberto de Bohemia, y de allí se desprendía un aroma tan intenso y reconfortante que los que asistieron no necesitaron comer durante tres días. Podrá parecer extraña esta comparación, pero los caminos del amor y de la muerte siempre me han parecido muy próximos y afines.

Mi invitada se había ataviado con uno de los vestidos que mi hermana Elisabetta había dejado en sus armarios, y le quedaba tan a la medida que parecía hecho justo para ella. No sé como describir su talle, el corpiño que elevaba sus senos, su esbelto cuello, la cascada de cabellos sueltos que le cubrían la espalda. La locura del amor que me embargaba provocó la idea de no enviar ningún tipo de mensaje a su palacio: Clarisa sería para mí; la quería siempre conmigo. Llegado el momento en que ella sospechase en demasía por la falta de noticias o de criados enviados en su busca ya pensaría en algo. Aún tenía algunos días a mi favor, días en los que intentaría conquistarla para que cuando aquel engaño se descubriera el lazo del amor la atara a mí haciéndole olvidar la vida que había llevado hasta el momento, no deseando nada más que mi compañía, mis atenciones; en definitiva, todo mi amor.

Por aquel tiempo sólo me centraba en mis estudios bien de

madrugada, pues el resto de la jornada era para ella, para nuestros paseos y conversaciones. Repuesto enseguida su tobillo pudo volver a cabalgar, y en una ocasión en que regresó más tarde de lo habitual me encontré de cara con el miedo a perderla. Tal vez por entonces ya recelara de la tardanza en recibir noticias de los suyos, pero ella nada decía y en las tardes en que el tiempo comenzó a desmejorar empezó a interesarse por mis libros. He de decir que mi biblioteca estaba surtida por los mejores volúmenes, muchos de ellos proporcionados por monjes de los monasterios de la región, y ella, al parecer gran devota del placer de la lectura, quedó encantada con la sola contemplación de todo aquel saber almacenado por mi familia durante mucho tiempo. Abrumada por la abundancia tuvo que pedirme consejo, por eso puse en sus manos lo que me pareció conveniente a su gusto y condición, y creo que estuve bien acertado al abrirle los ojos hacia el *Gilgamesch-Epos* de Babilonia, la novela de amor más antigua de la humanidad; los poemas epigramáticos, amorosos y de tipo religioso del poeta Walther von der Vogelweide o las composiciones de trovadores provenzales. Pero pronto se cansó de ellos y comenzó a estar intranquila. Había pasado casi un mes desde su llegada y la sospecha se había convertido en certeza al descubrir desde su ventana cómo Karl movía la cabeza en sentido negativo al ser preguntado por caballeros de los Habsburgo. Trató de escapar, cómo no, pero yo la detuve en las escaleras. La detuve con mis propias manos que aferraban sus brazos temblorosos. En cuanto pasó un tiempo prudencial la dejé marchar, pero entonces fue Karl quien la atrapó bajo los álamos, en la sombra de una tarde oscura y fría en que volvió a mí acalorada, enojada, gritándome, escandalizándose por lo que yo estaba haciendo con ella. Me acusó de tirano y de raptor; me juró que pagaría muy cara aquella afrenta, aquel desprecio a su libertad. No tuve más opción que encerrarla un tiempo en su habitación, convertirla en otra prisionera de mi castillo.

Cuando el príncipe Eduardo puso los pies en la alcoba de Clarisa quedó inmóvil, detenido en el umbral, admirado por la silueta recortándose en el ventanal repleto de luna y de noche: bellas las dos como ella, que no avanzó hacia nosotros; ni siquiera se acercó al príncipe. La recuerdo junto a la ventana, de pie y ligeramente inclinada su figura; su cuerpo manjar de dioses vuelto hacia la noche serena. En aquel preciso instante entraba una doncella llevando la cena de mi amada y el príncipe y yo decidimos regresar al salón principal. Él contaba por entonces dieciocho años, y su juventud, aunque ya marcada por las luchas, las calamidades del mundo y la guerra que había iniciado su padre, quedó también señalada por el sello del amor y de la belleza. Pese a que aún era demasiado honesto

como para ser mi adversario, yo no olvidaba que él ya había obtenido la victoria de Crécy hacía dos años y cómo no, podía ganar otra en el corazón de Clarisa. Pero confié en él, y aquel firme pensamiento me ayudó a superar los incipientes celos por alguien más joven y seguramente con más belleza física de la que yo poseía en aquella época. Aunque quien me conoció en el tiempo del que hablo podría haber dicho que mi porte era elegante, y mis modales gallardos y corteses. De todas formas él pronto marcharía para estar presente en la ceremonia que celebraría su padre con motivo de la fundación de la orden de la Jarretera, la primera orden de caballería inglesa. Así pues, mi fortuna y mi cultura bien podían haber sido objeto de cualquier buena mujer casadera, pero no fue así. El aislamiento que me impuse tras la marcha de mi familia y mi escasa vida social fueron una barrera que impidió el paso a la compañía femenina, lo reconozco, pero nunca me arrepentí del período que hubo de transcurrir hasta la llegada de Clarisa. Y aunque los primeros momentos fueron difíciles, ahora puedo decir que la providencia estuvo de mi parte, los astros conjuntados; la luna, seguramente, en cuarto creciente. Todo lo que se emprendiese en aquellos momentos estaba predestinado a funcionar, a madurar, acrecentarse en su desarrollo. Y así fue. Los primeros titubeos, los problemas que se cernían sobre nosotros, dieron finalmente paso a mi objetivo de conseguir su amor. Pero pasó mucho tiempo antes de conseguirlo.

CAPÍTULO II. En que recuerdo cómo me asaltaron las dudas en cuanto a conseguir el amor de Clarisa. De la vieja Irma y sus consejos contra la peste.

El lado oscuro de la luna era el que veía todas las noches desde mi estudio en el torreón principal. Karl dormía en un jergón mientras yo leía y leía con avidez para encontrar respuestas, para saber más y más acerca de la inmortalidad humana, acerca de aquello que me llevaría a ser el primer hombre que lograría vencer un mano a mano con la muerte. Y habría dado mil y un tesoros por defender mis teorías. Nada me intimidaba en aquellos instantes en los que captaba intensos los caminos de la ciencia y de la experimentación. Y puedo decir que en el inmenso sótano de mi castillo se forjaban todos y cada uno de los ensayos que una mano invisible me llevaba a realizar. Escribía fórmulas en los pergaminos de que disponía y seguidamente me lanzaba a la mezcla de los diversos componentes; recopilaba datos de los más vetustos libros de mi biblioteca, cotejaba informes de aquí y de allá, los interpretaba rápidamente gracias a la inteligencia con la que me hallaba dotado y entonces, en las noches elegidas por el destino, me sumía totalmente en los experimentos que enloquecían mi alma y llevaban a mi carácter a viajar por las más espesas y umbrías zonas de los misteriosos descubrimientos de la humanidad.

El invierno transcurría cadencioso, acompañado de la melodía de los árboles susurrando al viento palabras desconcertantes. ¿O eran mis propias palabras, mis propios pensamientos? Me aturdían los intervalos en que la pasión por Clarisa me cegaba, y ofuscado por sus continuas negativas a mis avances cometí muchas barbaridades de las que más tarde me arrepentí. Y no era ella, no, el blanco de mi violencia, de mi rabia contenida, sino los prisioneros que ya mencioné líneas atrás. No eran muchos los cautivos de mi castillo, pero los tres o cuatro desgraciados que morían en vida en los subterráneos bien hubieran podido contar de mí aspectos nada agradables si hubieran conservado su infortunada existencia. Aunque sólo la temida Inquisición se hubiera atrevido a realizar las horribles torturas que ellos imaginaban seguirían a mis malos tratos, y entonces aquellos desgraciados hubieran preferido mil veces la hoguera, la pira fatal que los llevaría al descanso eterno.

Pero volviendo al tema que más me preocupaba, veía yo surgir la

siguiente pregunta: ¿Cómo conseguir el amor de Clarisa, su rendición? ¿Debía acudir a invocaciones, a la elaboración de algún filtro, al uso de las hierbas, de los extractos de flores y oraciones insistentes para poder estar cerca de ella, en cuerpo y en alma? Tenía cierta aprensión a éstos métodos por no haberlos utilizado nunca, más pensé que si de veras quería considerarme un alquimista no podía echarme atrás en cuestiones tan triviales, en experimentos que cualquier aprendiz de hechicero elaboraba sin demasiados problemas. Sobretodo tenía que depositar fe en ello porque una vez conseguido mi objetivo ya todo era posible, incluso podía empezar a soñar con que pronto tendría en mis manos el elixir de la vida, la panacea de todos los males de la humanidad.

Con Clarisa a mi lado todo se me antojaba fácil de conseguir. Todo... Todo menos ella. Una y otra vez volvían a mí sus negativas, su hostilidad. En ocasiones hasta llegó a negarme la palabra, privándome del sutil arrullo que su voz producía en mi alma, en mis sentidos atormentados por la falta, por el deseo insatisfecho, por la pasión torturadora que me oprimía el corazón. Pensé poder hechizarla con mi amor profundo y verdadero. Pensé en escribirle una carta, una misiva con la que poder expresarle mejor mi adoración, mi idolatría. Pensé poder cantar el tormento de mi amor no correspondido como hizo Petrarca con su Laura en el *Canzoniere*. Una carta que sería como las que envió Safo a Anactoria, Marco Aurelio a Fronto, Marco Antonio a Cleopatra, Cicerón a Terencia o Eloísa a Abelardo. La historia de amor de éstos últimos siempre me había conmovido, e incluso llegué a identificarme un tanto con aquel filósofo. La figura de Pedro Abelardo, un gran erudito del siglo XII que enamoró a su alumna Eloísa, me producía cierta atracción. En su obra autobiográfica *Historia Calamitatum* había escrito unas palabras que se me repetían en los momentos más inoportunos, como esas cancioncillas burdas que se quedan incrustadas en la mente y martillean su ritmo sin que puedas hacer nada más que desesperarte por ello hasta olvidarlas en cuanto menos lo esperas. Decía así Abelardo: "*Empecé a considerarme el único filósofo que quedaba en el mundo, con nada que temer de nadie, y así me entregué a las lujurias de la carne.*" ¿Cómo consiguió aquel indestructible amor entre él y Eloísa? ¿Cómo lo mantuvo hasta más allá de la muerte?

Cogito, ergo sum[1]. Cada uno de mis planteamientos, cada una de mis preguntas sin respuesta, daba vida a mi vida que empezaba a convertirse en una muerte lenta, una muerte extraña que me roía las entrañas y carcomía mis deseos. Todo yo me convertía en pensar, mi ser era pensamiento puro y los hechos se diluían, se evaporaban como el agua al toparse con la pared de la verdad. Mis únicas acciones

estaban entonces dirigidas a pasar página tras página, al estudio sin pausa, y una inmensa soledad inundaba las estancias donde pasaba mi tiempo; tiempo que pasó inútilmente porque ella no estaba, no quería estar para mí. Y no podía obligarla, someterla, amenazarla, no. Su gesto me impedía toda violencia, toda coacción. Supliqué algunas veces su interés, su atención; le confesé sin destreza mi amor, pero no fui entendido o tal vez no supe expresarme bien. Estaba claro que necesitaba ayuda, consejo de algún buen amigo, por eso incluso llegué a pensar en hacer un viaje hasta Regensburg para visitar a algún compañero de la infancia. Aunque nuestros caminos discurrieran por separado y el tiempo nos hubiera distanciado un tanto, estaba seguro que sería bien recibido y consolado por las palabras de Ernst o de Wilhelm. Pero no pude moverme de donde estaba. El miedo me paralizaba de un modo extraño y conmovedor. Sabía del sufrimiento de Clarisa encerrada en su habitación, pero su dolor no podía compararse con el mío, al menos eso era lo que pensaba en unos momentos en que yo y mi desgracia éramos el centro del universo. Hubiera deseado huir, pero como Sócrates preferí obedecer las leyes -no de la sociedad, sino del propio orden de mi vida-, y como él, también pensé en morir; en beber cicuta y, antes de dar el paso final, charlar con el único ser que a mi lado quedaba, Karl, sobre la inmortalidad del alma. Él me escucharía; sin entender, pero me escucharía, y eso era importante.

Tenía el espíritu lleno de inquietudes, de deseos. ¿Cómo vaciarlo? La sentencia de Heráclito, "el alma seca es mejor", se repetía en mis sueños y en algunas de mis pesadillas en las noches que lograba dormir. Qué desvarío de noches en que mi cuerpo cubierto por una leve capa de sudor se agitaba inquieto en el lecho. Lo único que necesitaba eran los brazos de mi amada, dormir acompañado de su respiración, poder aspirar el aroma de sus cabellos junto a mi rostro. Sólo eso. Pero la vida me lo negaba y empecé a vivir de los recuerdos, de los días en que ella, recién llegada a mi castillo, se mostraba solícita y amable, curiosa por todo lo que me rodeaba. La fuerza que esos recuerdos me proporcionaban se tradujo en que la inicial idea de efectuar alguna clase de hechizo se tornara en una propuesta firme.

Primeramente hube de llevar a cabo un hechizo para que el amor entrara en mi vida, escogiendo el primer viernes que llegó con luna creciente. En la segunda hora tras la puesta de sol encendí un cirio rosado para ponerlo junto a una jarra con agua y rosas también rosadas. En una concha puse lavanda seca y un pedazo de cuarzo rosa y, sosteniendo ese recipiente entre las manos que recuerdo me temblaban ligeramente, me situé de cara a la vela y elevé una plegaria donde mi necesidad y mi anhelo pasaban a manos de otro; yo me liberaba de toda responsabilidad. Mi futuro quedaba depositado en la

balanza del Destino, decantándose quién sabe cuándo y cómo y hacia dónde.

El segundo paso fue conseguir flores frescas de milenrama, que mantienen siete años la unión de las parejas. Quería tenerlas en un saquito para esconderlo en la habitación de Clarisa y que su benéfica influencia la rodease cada día, manifestándose así el efecto y el poder que mi fe otorgaba a aquel amuleto. Por fortuna, y aunque estábamos finalizando el mes de noviembre, pude adquirir flores cultivadas por la vieja Irma, pues la milenrama que crece de mayo a octubre, era ya imposible de obtener silvestre.

La abuela Irma había escapado a las sucias garras de la Inquisición. Conocidas sus pócimas y quehaceres mágicos por todo Deggendorf pronto adquiriría una fama poco deseada por las desdichas que podían acaecerle. Quiso el azar que uno de los dominicos que llevó su proceso quedara rendido a sus pies, pero de eso hacía ya muchos años, por supuesto, cuando su piel estaba libre de arrugas y su alma llena de las turbaciones propias de la edad en que las pasiones nos ciegan y dominan por completo la voluntad. Cuando la visité para solicitarle las flores de milenrama me encontré con que estaba practicando una sangría a un niño enfermo de peste. La madre acudía a ella en última instancia, esperando si cabría algún milagro, cosa en la que el vulgo creía con devoción. Irma abría con un bisturí una de las venas del pequeño, que poco a poco iba alcanzando un estado de ingravidez y tranquilidad que se consideró beneficioso. Existía la creencia de que la sangre era mala y demasiado abundante, por eso se llegaba a extraer hasta medio litro de flujo.

A una señal de la vieja salí para esperar junto a la madre del niño mientras ella lo lavaba con agua caliente y lo acostaba en uno de los lechos de paja donde ya habrían dormido -y fallecido- otros enfermos. La mujer, que se llamaba Greta, me suplicó que le diera algunos florines con los que pagar a la vieja Irma. Su marido había muerto y sólo le quedaba el pequeño, por eso sollozaba sin cesar y me volvía a pedir las monedas con las que pagaría. Apelaba a mi condición de conde, a mis buenos sentimientos, a mi buena voluntad. Desesperada estaba Greta con su desgracia a cuestas, creyendo que yo era feliz con mi vida y mi posición, sin sospechar ni uno sólo de mis miedos, ni uno sólo de los quebrantos de mi alma. Miré a los ojos de la mujer y descubrí el temor a la muerte, por eso le entregué una moneda de plata para que sus lágrimas se secaran más rápidamente.

Más tarde, y después de que Irma se lavara concienzudamente, vino donde estábamos la afligida madre y yo. Con aire cansado se dirigió a Greta dándole una serie de recomendaciones como remedio contra la peste, cuyos brotes seguían llegando. Los que todavía no

habían sucumbido a la enfermedad debían dejar las ventanas abiertas para que entraran el aire y la luz del sol; hacer ejercicio físico: saltar, cazar o practicar esgrima. Debían tomar comidas calientes y substanciosas que incluyeran coles, zanahorias, carne de gallina o de carnero; debían beber vino flojo o rebajado con agua; no tomar pescados viscosos como las anguilas o los que olieran mal, sino que debían hacerlo fritos o asados y aderezados con vinagre. Tenían que consumir verduras y frutas, además de jugos de naranjas y limones. Asimismo debían utilizar vestidos lo más limpios posible de lana fina o seda, no cometer excesos y procurar -llegado este punto me asombré- no yacer carnalmente, pues son cosa de gran daño para el cuerpo los abusos... Irma parecía haber olvidado su antigua pasión por el dominico aquel.

En cuánto la madre entró para velar el sueño de su hijo, solicité a la vieja lo que había venido a buscar. Entró en su cabaña y pronto salió con un pequeño saco de tela rojiza. Era evidente que la milenrama era para sellar mi unión con alguna mujer y como buena hechicera ya tenía amuletos preparados para casos como el mío.

Volví a casa cruzando a pie todo Deggendorf. Hacía bastante tiempo ya que no me paseaba por aquellas calles en las que podía encontrar niños sucios pidiéndome monedas, hombres recién salidos de la taberna pidiéndome monedas, madres pidiéndome monedas para sus hijas que a su vez también pedían. Una rueda horrible de desgracia, infortunio, mendicidad, pestes, hambre... En mi castillo estaba a salvo de todo eso, así que monté y me alejé rápidamente de allí con el rumor de fondo de las quejas de los que podían ser considerados mis vasallos.

Ya había anochecido cuando llegué a casa. Herbert había preparado unas verduras con legumbres y había asado cordero. Una vez sentado a la mesa me encontré solo, verdaderamente solo y abandonado delante de aquella suculenta cena. Sin poder probar bocado recordaba aquella leyenda que atribuía a San Cipriano el haber sido mago en su juventud. Allá en el siglo III procuraba por artes mágicas atraerse el amor de Santa Justina, pero fracasando en sus intentos y viendo la impotencia de las fuerzas infernales se convirtió al cristianismo. Yo mismo no sabría qué hacer si mis artes fallaran, si toda mi fe se diera de bruces con el vacío. Llamé, ordené a Karl que trajera a Clarisa. Necesitaba verla en aquel preciso instante en que mis ánimos flaqueaban.

La comida estaba aún intacta en mi plato y sólo bebía, recuerdo que cerveza, para aplacar un poco mi nerviosismo. ¿Accedería a bajar con Karl? ¿Se negaría en rotundo continuando así su clausura? Todos mis deseos en aquel momento tenso convergían en mi corazón, haciéndolo batir sonoramente dentro de mi pecho. El fuego encendido avivaba mi

rostro, acalorándolo; la cerveza, aunque de trigo y suave comenzaba a hacer su efecto enturbiando un poco mi mirada. Deseé consultar algún ejemplar de poemas que por entonces aprendía de memoria, pero no tuve tiempo de subir a mi estudio: Clarisa descendía por las escaleras y con su paso lento y armonioso se acercaba a mí. Sus ojos estaban extrañamente calmos y sin un leve rastro de cólera. Sus manos no estaban crispadas ni sus puños cerrados esperando poder expresar sus quejas acompañadas de algún grito. Sencillamente se sentó delante de mí y empezó a comer pausadamente, solicitando al paso de Herbert un poco de vino para acompañar su cena.

Las palabras no nacían de mi boca, sino que morían en el mismo centro del corazón de dónde partían. Mi pobre corazón tembloroso que latía conmovido porque ella estaba allí, delante de mí, tan lejos y tan cerca a la vez.

CAPÍTULO III. De mis ideas y de cómo murieron mi sirviente Herbert y la vieja Irma. De los recuerdos de mi familia.

En mi estudio se acumulaban las anotaciones, los pensamientos escritos que me sugerían mis investigaciones. Pasaba los días enteros inmerso, embebido en los secretos de tantos libros como podía. Teorizaba tiempo y tiempo sobre el amor, sobre el porqué de los sentimientos. ¿De dónde procedían el llanto y el dolor? ¿De dónde surgían la pena y el sufrimiento? ¿Cómo pasábamos en unos instantes de la nostalgia más profunda a la alegría más desbocada? ¿Qué mecanismos existían en nuestro interior para que el pecho se nos hinchara de gozo o se humillara en su propia aflicción? ¿Era eso el alma? Y si era así, ¿dónde residía exactamente? ¿En el centro del pecho, en el mismo corazón, en la parte superior del estómago...? Habiendo degollado algunos animales en mis experimentos no descubrí sino las vísceras y las entrañas propias; seccionando el corazón no encontré sino cartílagos y el propio músculo generador de la vida. Así pues, ¿era un concepto abstracto el alma humana? Eso parecía; tan abstracto como los mismos sentimientos que generaba.

Me hubiera gustado poder aislar de mi ser todos los afectos y emotividades que me ligaban impunemente a las miserias humanas. Si me ataba a la desesperación no conseguiría sino convertirme en chusma, en todo lo más alejado a un ser superior, como quería considerarme. Y ahora pienso el porqué de aquellos pensamientos, de aquellos calificativos que me atribuía. ¿Tan sabio me creía? ¿Tan poderoso? La verdad es que vivía en una nube de egocentrismo. Pocos hubieran llorado mi muerte en el caso de que llegara; tal vez sólo Karl. Y en cuánto a Clarisa... Más adelante descubrí algo de ella que cambió mi parecer.

La terrible peste llegó hasta mis dominios haciéndose presente en el cuerpo de Herbert, que un día amaneció con fiebre y escalofríos. Clarisa se prestó a atenderlo como bien pudiera, colocándole paños fríos en la frente y siguiendo algunos de los consejos médicos de los libros que yo le proporcionaba. Por el momento no temía ningún intento de fuga por su parte, pues las nieves habían cubierto los alrededores y una evasión en aquellos momentos podía considerarse suicida. Así pues, mi sirviente se debatía en una profunda angustia,

acuciada por el temor de que su enfermedad fuera la misma que había asolado Deggendorf o tantos otros países europeos. Pocos se libraban de la furia de Dios.

Y la fiebre iba en aumento. Si se levantaba del lecho se mareaba y era presa del vértigo y los vómitos que a veces le provocaban una gran ansiedad al tener vacío el estómago. Lo peor de todo era el hedor penetrante que su cuerpo emitía, similar al de la paja podrida. A su alcance dejábamos odres y baldes con agua para calmar su sed y limpiar sus sudores. Le dábamos a oler manojos de hierbas aromáticas, y cuando abría la boca para pronunciar alguna débil palabra de agradecimiento, dejaba entrever su lengua blanquecina y pastosa que le hacía hablar con dificultad.

La entrega de Clarisa en cuánto al enfermo me conmovió, y llegué a decirle que abandonara sus cuidados, que Karl o yo mismo nos ocuparíamos, pero no accedió. A su juicio, la vida en el castillo era demasiado monótona y solitaria; en cierto modo agradecía aquella actividad que le permitía ocuparse muchas horas del día. A medida que el tiempo pasaba Herbert iba adentrándose más y más en las profundidades del dolor: las ingles se le inflamaban y bajo las axilas le crecían unas protuberancias que alcanzaron el tamaño de una manzana. Después, manchas negras le colorearon el cuerpo de una manera espantosa. Herbert tenía la peste, no había ningún tipo de duda.

Una tarde en que me acerqué a examinar su estado pensé en abrirle las hinchazones, pero con mi falta de experiencia en aquellas lides no me pareció oportuno actuar. El otro remedio posible era practicarle una sangría o aplicarle sanguijuelas en las zonas afectadas. Sólo la vieja Irma podía hacer aquello, así que mandé a Karl a Deggendorf, pero fue demasiado tarde.

El nuevo año había querido traernos desgracias y seguía en su infausta marcha, teniendo que añadir a la lista de difuntos el nombre de Irma. Karl la encontró bajo los troncos que no habían sido pasto de las llamas; troncos que, apilados a un costado de su cabaña en las afueras, se erigían como su propio monumento funerario. Contó mi sirviente que sólo un brazo de su maltrecho cuerpo sobresalía entre la madera, ésta peligrosamente cerca de la cabaña que ardía por obra de quién sabe si la Inquisición o algún desaprensivo al que la muerte había arrebatado algún pariente y culpaba ahora a los nefastos cuidados de la hechicera. Excusas. Vanas excusas para hallar culpables en todo aquel horror que cegaba las mentes y los cuerpos de hombres, mujeres y niños sin distinción de clases, tierras en su haber o condición.

Karl volvió a casa envuelto en el halo que rodea a la muerte, repleto de tristeza y abatimiento. Había visto cómo las gentes huían

hacia otros lugares, como los flagelantes se azotaban en público pidiendo clemencia al Señor, cómo los carros cargados de cadáveres recorrían las calles empedradas. Había oído como en las casas de lenocinio se cantaban las canciones de Anacreonte con otro tono, incluso con temor, y muchos rivalizaban y se enfrentaban, llenos del odio que crecía en sí mismos y se desarrollaba aún más en el exterior.

Y hasta más allá de las colinas de Moravia hubiera podido llegar el llanto de Karl, tal era su fuerza y su honda pena ante el fallecimiento de Herbert. Volvía a tener la muerte cerca y se encontró atacado por varios frentes, sorprendido por el dolor como son sorprendidos los animales al caer en las trampas de los cazadores. Él mismo construyó un féretro y quiso que yo leyera algunas palabras el día en que lo enterráramos bajo los mismos álamos en donde ambos descubrieron su amistad. Este secreto afecto me sorprendió. ¿Amistad entre Karl y Herbert? Verdaderamente me sorprendió aquella honda pena que mostró mi leal ayudante.

El día en que enterramos al difunto, Karl se dedicó a quitar la nieve del terreno elegido y construyó una tosca cruz de madera que él mismo clavaría para que nadie olvidara nunca el lugar donde estaba enterrado su amigo. Bajo un viento helado que enrojecía las mejillas de Clarisa y enfriaba mis dedos leí un salmo bíblico para deleite de Karl, que derramaba lágrimas silenciosas y sinceras. De nuevo en casa y bajo los copos de nieve que caían empolvando los campos, nos sentamos los tres junto al fuego. Todos pensábamos en la posibilidad de haber quedado también infectados por la enfermedad aún con todas las precauciones que habíamos tomado; sólo cabía esperar la benevolencia de Dios. La desaparición de Herbert nos dejaba un extraño vacío. Por mi parte dejaría de disfrutar de sus asados e innovaciones culinarias; Karl perdía aquel amigo que decía era y Clarisa se quedaba sin otra compañía más en mi poco habitado castillo.

No he hablado del porqué de aquella soledad, por eso creo conveniente hacerlo ahora.

Siendo frecuente que en los grandes castillos se reuniera mucha familia, allegados y esporádicos visitantes con el consiguiente trasiego e ir y venir de numeroso servicio, lo cierto era que en mi propiedad se daba una excepción, una singularidad que a muchos parecerá extraña. Mi padre, muy cercano a la senectud, había decidido abandonar el castillo perteneciente a sus padres y a los padres de sus padres; junto con mi madre y hermana determinó mudarse a Munich y abandonar para siempre la naturaleza y los bosques que les habían rodeado.

No sería correcto omitir el porqué de aquel súbito abandono, que

como muchos adivinarán tenía relación con mis estudios y experimentos, en especial los dedicados a la evocación de fuerzas sobrenaturales. Es difícil comprender la pasión por lo oculto, por temas que en aquel tiempo no dejaban de ser un tanto sacrílegos, herejes, dignos de las hogueras de la Inquisición.

Mi padre tenía miedo. Miedo a que cualquier inesperado día nuestro castillo se viera asaltado y fueran saqueados todos los libros que con tanta devoción había guardado. Miedo a ver cómo su hijo se perdía entre los entresijos y los enigmas de la humanidad; miedo a ver arder mi alma en el infierno de la locura. Por esa razón partió un amanecer junto con mi madre y mi querida hermana Elisabetta, pretendiendo establecerse de nuevo en nuestra casa situada cerca del palacio ducal de Munich.

De mi infancia en dicha ciudad sólo recuerdo las veces en que caminaba hasta el puente de madera sobre el impetuoso río Isar y contemplaba el correr del agua mientras me parecía que en el aire, pájaros cuyo nombre no conocía, gritaban el mío: "¡Gérald! ¡Gérald! ¡Vuela! ¡Vuela como nosotros!" Y no pudiendo volar físicamente, me propuse hacerlo con mi imaginación. Tal vez mi principal objetivo fuese intentar olvidar las desgracias de este mundo.

El autor de mis días había sentido curiosidad por la influencia de los astros y acumulado todo el material posible al respecto. En un principio su interés no iba más allá del de instruirse, como en tantos otros temas por los que había mostrado inclinación, pero pronto se vio contagiado por aquel arte adivinatorio que tuvo su origen en Caldea, propagándose a Grecia, Egipto, Roma y más tarde, ya en tiempos más cercanos y gracias a los árabes, por toda Europa. Poseíamos una copia manuscrita del *Tetrabiblos* de Claudio Ptolomeo, el clásico de la astrología, así como obras poco conocidas de autores ignotos también. Nuestros días de entonces quedaban inmersos en las cúpulas de los saberes ocultos, aquellas ciencias que tantas veces eran condenadas. Teníamos asimismo la fortuna de poseer el *Libro de Salomón*, manuscrito venerado por todos aquellos que sentimos curiosidad por conocer todos los conjuros y prácticas para evocar a las fuerzas sobrenaturales; libro perseguido, por cierto, por los detractores de esta doctrina como lo fue el papa Inocencio VI, que ordenaría tiempo más tarde quemar todos los ejemplares encontrados. No consiguió, por descontado, destruirlos por completo: el manuscrito que yo conservaba fue ignorado gracias al desconocimiento de su existencia; tal vez gracias a mi alta cuna. En Avignón no podían sospechar de un noble como yo.

Tomando como base las cuatro nociones que constituían la raíz de la astrología -el Zodíaco, los planetas, las casas y los aspectos planetarios- mi padre había establecido las características del carácter

de cada uno de los miembros de la familia. También interpretaba la influencia de los astros en las actividades cotidianas, haciendo de este arte un verdadero horóscopo que muchas veces regía hasta el más nimio quehacer. Poco a poco fue introduciéndose en otras formas de adivinación más complejas si cabe, o al menos que sorprendían a mi madre y hermana y abrían mis ojos hacia la posibilidad de que mi vida girara en torno a aquella dirección.

A la familia de mi abuelo había pertenecido el inefable conde Albert de Bollstädt, a quien la historia ha dado el sobrenombre de Alberto Magno, también llamado *Doctor Universalis*. De él y de su influencia nacieron en mi padre los ánimos por la experimentación, y de sus posturas y observaciones se derivaron las ciencias que hoy me embriagan a mí. Sus opiniones un tanto contradictorias podrían deberse tal vez a su condición de dominico y después como obispo de Regensburg; las relaciones de la iglesia con la ciencia no han sido siempre de lo más fructíferas. Tal vez esas actitudes incompatibles fueron la causa de que no tuviera reparos en firmar la quema del Talmud el año 1.248. Rechazaba y toleraba a la vez la magia, creía en la fuerza de las piedras, y al igual que mi contemporáneo Konrad von Megenberg decía que la esmeralda se rompía en pedazos si ante ella se realizaba acto carnal, él habló acerca del rey de Hungría, quien al dirigirse a su esposa en la noche de bodas y llevando en el dedo una esmeralda, ésta saltó y se rompió en tres trozos. Consideró asimismo la interpretación de los sueños, la influencia de las estrellas sobre el destino y la de la luna sobre la obra alquimista. Siempre pensé que podía haber alguna relación entre la causa de que él perdiera la razón tres años antes de su muerte y el miedo de mi padre a continuar profundizando en los estudios.

Unos años antes de la partida de mis padres a Munich, me habían prometido con alguien de quien ni siquiera recuerdo el nombre; sólo sé que pertenecía a la nobleza y poseía una fortuna envidiable. Enamorada de mí desde hacía varios años había convencido a mi padre y al suyo para dar el beneplácito a un casamiento del que yo no estaba nada convencido. El hecho de que mis padres no supieran administrar con buen tiento sus tierras y posesiones no daba pie a unirme sólo por el interés a una mujer que sí, poseía fortuna, pero ni un ápice de sentido común o inteligencia. Tampoco la belleza era su fuerte, aunque pueda estar mal decirlo. Y llegué a aborrecer su sola presencia, sus manos sudorosas que tan seguras de sí cogían las mías y las besaban con aquel afecto empalagoso. No, no podía casarme con alguien así. La codicia de mis padres no debía interferir en mi vida y menos de aquel modo, por eso marché a Oxford sin que nadie supiera mi paradero. Durante dos años estudié y me dediqué a cultivar la

literatura; incluso me atreví con algunos poemas satíricos que fueron muy aplaudidos en el círculo de amigos que me rodeaba. Fue en ese tiempo cuando trabé verdadero contacto con el príncipe Eduardo, que fue quien escribió a mi familia en mi nombre notificándoles que me encontraba bien de ánimos y de salud. Fue el mismo Eduardo, al recibir la respuesta de mis padres, quien vino a verme trayendo consigo la noticia de la muerte de aquella que había sido mi prometida. A mi partida había caído enferma y sin asomo de recuperación la pena fue minando su alma hasta el final.

Adjunto a la misiva recibida encontré un pequeño pergamino en el que la difunta había escrito sus últimas palabras, al parecer con la esperanza de que algún día llegaran hasta mí. ¿Acaso pretendía conmoverme? ¿Pensó en algún momento que yo sentiría algún tipo de remordimiento por haberla rechazado? Eso es algo que nunca sabré a ciencia cierta, naturalmente, aunque -a riesgo de ser calificado de egoísta- no me importe en demasía. Así pues, y con el principal obstáculo eliminado por la gracia de cualquier dios, resolví volver a Baviera. Pasada la inicial reprimenda por mi repentina huida, mi padre empezó a enseñarme muchas de las artes adivinatorias con las que había estado relacionado desde mi partida.

Pasó y pasó el tiempo, y a medida que mi interés por aquellas artes se iba acrecentando, el ánimo de mi padre caía en un pozo de dudas y reflexión. Tenía contacto con estudiosos como él, con alquimistas en ciernes, pero aquella influencia no hacía sino alejarlo poco a poco. Lo que había empezado casi como un juego se estaba tornando una especie de castigo para él. La avidez por profundizar, por responder a los porqués, lo llevaba a avanzar por caminos no explorados. Dejando de lado su inicial deseo de elaborar el elixir de la larga vida, la curiosidad por la piedra filosofal, los horóscopos y predicciones, encantamientos varios y fórmulas magistrales, pasó a adentrarse en el sendero que llevaba a averiguar acerca del anillo que hacía invisible -de él hablaron Porfirio, Iamblico, Pedro de Apon... Un sendero que le llevaba a los más diversos estudios que no por dejar de estar relacionados entre sí le apasionaban menos, como la momificación, aquella práctica usual en el pueblo egipcio que desecaba los tejidos mediante el calor y el humo. Al igual que Safo, saltaba a lo ignoto sin ningún prejuicio, hasta que llegó sin quererlo al reino de Plutón, la morada de Caos y Sueño; de Némesis, de Orco y de Aqueronte.

Así que determinado a alejarse de todo aquel mundo y viendo que yo deseaba continuar los estudios a toda costa, no hizo sino prácticamente repudiarme, llevarse a todo el servicio y advertirme que tenía suerte de no ser denunciado por prácticas impuras. Sé que su intención no era herirme, sino protegerme de los daños que podían

causarme; pero nada temía yo. Los vasallos que cuidaban nuestras tierras serían suficientes para que no quedaran abandonadas, pero al venir la maldita peste fueron cayendo uno a uno, como naipes, y llegado ese punto resolví ir a Deggendorf en busca de algún servidor capaz de realizar varias funciones a la vez, alguien que... bien, no sabría describirlo con claridad, pero la figura de ese alguien la reconocería en el momento en que la viera. Y encontré a Karl, el hombre perfecto para mí, de cuerpo descomunal e intelecto poco desarrollado pero claro, con posibilidades. Tal vez más adelante contrataría a alguien más, pero con la enfermedad extendiéndose por doquier no me atrevía a correr demasiados riesgos y, después de todo, como pasé a ocupar sólo una parte del castillo, no necesitaba éste de demasiados cuidados. Ocupé las habitaciones de un piso precisas para mí o algún invitado ocasional, y también acondicioné mi estudio en el torreón principal, así como las cámaras inferiores para Karl u otros posibles sirvientes. Había más que suficiente y acarreaba menos trabajo; aunque tal vez me trajera más soledad y aislamiento del que ya era proclive a atraer.

CAPÍTULO IV. De la cocina de Helga y de otros asuntos relacionados con aquella época de mi vida.

A petición de Clarisa contraté a una cocinera. Helga había sobrevivido a los avances de la peste en Deggendorf y agradeció la oferta que le hice. Superó con creces el buen hacer del difunto Herbert en los fogones, lo que trajo alegría al castillo, ganas de reunirnos en torno a la mesa y disfrutar de la buena comida y la buena conversación. Poco a poco Clarisa iba cediendo, olvidando su inicial rebeldía; incluso llegué a pensar que no le importaba en absoluto el hecho de ser en realidad una prisionera en mi vida. Olvidó, para mi alegría, que yo la había obligado a permanecer en mi casa aún en contra de su voluntad y la de su familia que, según me llegaron noticias, la daban ya por muerta. La casualidad hizo que cerca del lugar donde ella se había extraviado se encontrara el cadáver de una joven. Éste estaba despedazado por alguna fiera y había sido imposible el reconocimiento: la suerte, una vez más, jugó a mi favor.

Y sobre mi mesa se acumulaban los sabrosos platos que cocinaba Helga. Aunque aquellos tiempos no eran muy dados a la sobreabundancia, mi fortuna y posición me conferían el derecho a comprar los mejores alimentos, las mejores especias con que aliñar las carnes, las verduras, las legumbres o los pescados. Y aunque en muchos hogares no fueran de uso común los cubiertos, en mi castillo lo habíamos convertido en una costumbre que nos alejaba así de la bárbara manera de comer de nuestros antepasados. ¿Qué diablos tendrían en la cabeza aquellos sacerdotes venecianos que ordenaron la desaparición del tenedor en el siglo IX? Juzgaron impío su uso y así se abandonaron al uso de los dedos en cada bocado, que designaron como instrumentos de Dios.

Así, cuchillo y tenedor en ristre, nos sentábamos Clarisa y yo a la mesa, acompañados por generosos vinos del Rhin. Karl y Helga comían en las dependencias de la cocina, y aunque al principio el primero se retraía en el uso de los cubiertos, pronto aprendió su manejo aunque no siempre los utilizara.

Viendo el buen empleo que hacía Helga de todos los condimentos, me presté a traducir algunas de las recetas que encontré en el que es el primer libro de cocina occidental aparecido en el siglo I, *De recoquinaria*. A modo de curiosidad destacaré que se incluyen numerosas recetas con aceite de oliva, símbolo de la cocina

mediterránea que Helga utilizaba con primor. En este tratado, firmado por Gaius Apicius, se dice que bastan nueve aceitunas al día para que el ser humano pueda sobrevivir a cualquier calamidad, y como puede suponerse, hice acopio de una buena provisión. No eran tiempos aquellos para desperdiciar cualquier detalle en pro de conservar la salud.

Con abundante azafrán guisaba Helga los callos, un manjar barato que se vendía en los mercados pero que en mi hogar llegaba a alcanzar el rango de ambrosía. Acompañaba las carnes con trufas o con níscalos y champiñones que Karl recogía en los lugares más profundos y húmedos del bosque. Aquella excelente cocinera preparaba también sabrosas habas y deliciosos arenques asados cuyo jugo aprovechábamos untándolo con pan crujiente y recién hecho. Las ensaladas eran fiestas de color a nuestros ojos con aquel fondo sublime de aceite, vinagre y hierbas aromáticas que mezclábamos desde el fondo de los cuencos para hacerlo ascender hasta empapar de sabor las verduras.

No hay duda de que la buena mesa amansa los caracteres y calma los ánimos más exaltados. Una vez el estómago ya está en fase de digestión, es entonces cuando un buen sueño cerca del fuego se erige como el culmen del yantar.

Clarisa disfrutaba tanto como yo de aquella transformación en el castillo. La llegada del buen tiempo no sólo se anunciaba en los campos, en el bosque, sino también en el color de su cara, en los vestidos que lucía, en los cambios que hacía de los muebles de su habitación. Me parecía que el hecho de no poder salir de los contornos -si iba a Deggendorf o a Regensburg conmigo podía llegar a ser reconocida- no le afectaba demasiado. El brote de peste en Deggendorf parecía haberse controlado, y tras una orden de las autoridades urbanas sugerida por mí, aquellos que quedaron con más fuerzas comenzaron a limpiar las calles y a hacer uso del agua con más frecuencia. Debíamos evitar una nueva recaída, nuevas víctimas.

Y el testamento de mi padre, llegado en forma de misiva, me llevó a ser propietario de más tierras en Baviera, posesiones en Austria y la casa de Munich. Mucho más habría tenido sino fuera por la mala gestión de la que él siempre había hecho gala, o por los malos administradores que más le robaron que hicieron ganar dinero. Pero qué poco me importaban entonces el patrimonio o la fortuna cuando tenía más que suficiente para vivir desahogadamente hasta el final de mis días. La muerte de mis progenitores me causó una peculiar sensación, pues no me sentí desconsolado ni abatido. Aquella falta de sentimiento bien podría ser a causa de la lejanía y la distancia

emocional, ya que desde su partida solamente recibí una carta bastante fría e indiferente a la situación en que yo me encontraba. Parecía ser que poco les importaba si yo había sabido sacar adelante el castillo o no, y tampoco se refirieron en absoluto a mis estudios o a mis experimentos. Aunque no me sintiera demasiado entristecido por aquellas muertes confiaba en que desde dónde fuera sus almas se hallaran, supieran que yo seguía siendo su hijo, y que a pesar de la repulsa sufrida no sentía rencor alguno. Confiaba en que verían que había sabido salir adelante, y que ningún obstáculo me impediría ser yo mismo y seguir mi propio camino. En cuánto a mi hermana, supe que había contraído matrimonio y que residió en Viena hasta que años más tarde muriera tras su tercer parto.

En las soleadas tardes que la primavera nos trajo, Clarisa y yo nos llegábamos hasta orillas del Danubio y conversábamos más alegremente de lo que yo lo había hecho en toda mi vida. Reíamos mientras el río no cesaba, y su murmullo penetraba en nuestros corazones como nuestras propias risas alborotadas. Me enamoraba, sí, perdidamente. Por aquel tiempo casi había olvidado el hechizo que realicé, así como el saco de milenrama que había escondido sobre una de las vigas de la habitación de Clarisa. Sólo en contadas ocasiones lo recordaba y sonreía en mi interior con la esperanza de que diera buen resultado. Era una carta excelente para jugar, pero sabía que debía contar con la ayuda de los Verdaderos Sentimientos. Si en el corazón de Clarisa nunca nacía ni la más mínima semilla de amor hacia mí no valdría ni el mejor sortilegio del mejor mago del mundo.

Cerca del río todo era fácil, tanto para mí como para ella. Por mi parte podía hacer gala de mis atenciones, de mis ingenios, de las canciones y poemas que tal juglar le recitaba. Ella reía y reía; echaba atrás su pelo y volvía a reír. Cuando el silencio nos rodeaba miraba hacia el río o se echaba en la hierba. Sentado a su lado no era difícil inclinarme hacia ella y besarla, pero no valía la pena echar a perder una hermosa tarde con su enfado, así que la besaba, sí, pero en mi imaginación. Abrazaba su cuerpo con mi mente y era mía en mi interior.

CAPÍTULO V. En que acontece el saqueo de mi biblioteca y mis reflexiones acerca de él.

Caminando por Deggendorf me encontraba a menudo con grupos de leprosos que a su paso por las principales calles agitaban una campanilla para señalar su presencia. En sus camisas de tela oscura llevaban cosido un corazón, y algunos niños les tiraban piedras para alejarse después corriendo si eran sorprendidos por la mirada de uno cualquiera de aquellos desgraciados.

Como tras todos los desastres que desde el principio de los tiempos han asolado a la humanidad, la población se sobreponía poco a poco. Podían acontecer las mayores calamidades que, uno a uno, ayudados por quién sabe qué fe, alzaban sus puños contra el destino y brindaban por su propio futuro, incierto, pero futuro al fin y al cabo.

Y un poco por encima de todo aquello que veía a mi alrededor, entré en casa del tabernero para refrescarme la garganta con la buena cerveza de sus barriles. Varios hombres bebían, reían y comían arenques; una mujer corría escaleras arriba perseguida por la grave voz de un gran hombre barbudo y de largos cabellos trenzados. Pedí de beber a Ulrich y poco a poco, como un extraño resorte, todos los rostros se volvieron hacia mí. La mujer, que todavía no había alcanzado el punto de la escalera en que se ocultaría su cuerpo, volvió su cara colorada y dejó escapar de su garganta un grito que hizo dar un respingo al que la seguía. -¡El conde!-, murmuró alguien detrás de mí. -¡Él es el culpable!-, musitó otro. Me volví hacia los rumores que se iban cerniendo sobre mí como una sombra y vi los rostros violentos de quienes me acusaban de haber traído la desgracia, de comerciar con el mundo oculto, de ser amigo del mismísimo Mefistófeles.

Y me acusaron, sí, de negociar con las fuerzas infernales, de provocar que la peste llegara hasta nuestros dominios, de traer la muerte a muchas familias. Al parecer, alguien había iniciado el rumor y éste no había parado hasta llegar a aquellos extremos. Por obra y magia de algún desaprensivo pretendían destrozar mi vida. La indolencia les proporcionaba ánimos para atacarme, y por otra parte mi ensimismamiento con Clarisa y mis estudios no me traía fuerzas para poder enfrentarme a lo que se me venía encima.

La tensión era tal en la taberna que ni siquiera la entrada del que parecía un vagabundo extranjero llamó la atención. Todos y cada uno de los allí reunidos parecían estar a la espera de que alguien saltara sobre mí, de que quizás alguien cogiera una de las numerosas botellas de cuero o de madera y dieran con mi cabeza que sólo pensaba en

Clarisa, en que Karl había ido a buscar frutas silvestres, en que Helga era mujer como Clarisa y no la podría defender en caso de que alguien, aprovechando mi ausencia, la hiciera caer en una trampa. Una trampa... Sí, me parecía una emboscada todo aquel conjunto de miradas hostiles, de puños alzados, de roncas voces de hombres exaltados.

Mi espíritu no había nacido para la lucha ni para el enfrentamiento cuerpo a cuerpo que podía intuirse en el ambiente, así que intenté calmar los ánimos, achacar a gentes sin escrúpulos ni credibilidad lo que de mí y de mis actividades decían. Con el rabillo del ojo podía ver extrañado cómo el vagabundo aquel alzaba ligeramente el dedo meñique para provocar mi asombro: ¡El príncipe Eduardo! Su anillo era inconfundible, como inconfundibles eran sus fuertes puños al contacto con el rostro acalorado del que ya había comenzado la lucha. Estirado en el suelo y aún sorprendido tanto por el golpe recibido como por la presencia de Eduardo, le advertí de cada uno de los contrincantes que iban surgiendo, entonces sólo contra él, pues a mí parecían haberme olvidado. Era un gran luchador, y pronto dejó derribados y doloridos a los que se habían aventurado en su contra; alejó también a los cobardes que prefirieron retirarse a tiempo a sus casas antes de que fuera demasiado tarde y tuvieran que dar explicaciones a sus mujeres acerca de lo sucedido.

Aún tendido en el suelo y aturdido por aquella situación, me imaginaba a esas esposas: Grandes matronas, con hijos en ambos brazos, amamantando las bocas de aquellos pequeños que estropeaban sus pechos; esperando la llegada de su marido con olor a cerveza que hoy no habría vendido lo suficiente en el mercado y tendrían que apañárselas como mejor pudieran. Aún debían dar gracias porque la peste no había entrado por su puerta. Una peste de la que me culpaban. ¡Dios Santo! ¿Cómo podían ni siquiera pensarlo? ¿Qué mente malévola quería hacerme tal daño; y no sólo a mí, sino también a los míos?

La sucesión de pensamientos me llevó al temor inicial de la emboscada, de que todo aquello no era más que una trampa para hacer daño a Clarisa. Confuso por el miedo y el dolor que aún sentía, me encontré cabalgando a toda prisa precedido por Eduardo. Encontré ridículas y extrañas sus ropas de vagabundo, como extraño encontré el campo en aquella hora de la tarde, repleto de una neblina que confundía mis ojos y mi propio camino.

Las puertas del castillo estaban abiertas y como en una ensoñación creí ver a cada paso los ojos de Helga, atormentados por las palabras que habría de decirme, con las manos asidas fuertemente a su vestido para evitar el temblor. Temía oír la desgracia, la cercana palabra que me dolería como el más fuerte puñal atravesando mi corazón.

No recuerdo nada más a partir de aquel momento. Vagué entre brumas hasta que desperté.

Intensas fiebres me obligaron a yacer en el lecho días interminables en los que, según me contaron, balbuceaba frases inconexas. Clamaba por una justicia inexistente, por un amor improbable: el de la humanidad. Cantaba las canciones de los olvidados, aquellos a los que ya ningún ideal ata a la vida y se abandonan por la senda de las vacuidades.

Los amorosos cuidados de Clarisa y los caldos de Helga me hicieron bien, y poco a poco empecé a recuperarme. A veces retornaban mis delirios y creía que todo estaba en mi contra, que alguien había hecho mal a mi amada. Las dudas que me atormentaban eran terribles; y más aún con la sospecha de que se me ocultaba lo realmente sucedido aquella tarde en que tras la pelea en la taberna Eduardo me obligó a seguirle a toda prisa hasta el castillo. Al caer desmayado ante las mismas puertas de nada me pude enterar; nada me fue revelado tras la loca carrera llena de temores. Nada me dijeron durante mi enfermedad ni aún después. Sólo cuando estuve lo suficientemente recuperado se me entregó la carta que Eduardo escribió una vez pasaron todos los acontecimientos, carta que aún conservo y transcribiré en éstas páginas para que quien la lea comprenda mejor esta historia.

"*Sé como el sándalo, que perfuma el hacha que le hiere*."

Con esta cita de Confucio comenzaba Eduardo su exposición de los hechos. El sándalo es un árbol de madera aromática cuyo perfume se intensifica cuando se hiende su corteza, y así quería él que me comportase aún cuando todo lo que iba a leer me hiriese profundamente.

Cada una de las palabras que como gotas de agua se deslizaban en forma de líneas y de párrafos se me antojaban enemigos, horribles hordas que me asediaban impasibles ante mi desolación. Y decían así:

"Lo que aquí expondré no es con ánimo de que tu alma y tu espíritu se levanten en lucha, alcen las espadas y vayan a dar alcance al enemigo. El objetivo de mis palabras no es otro que la justicia, la revelación de unos hechos que tarde o temprano conocerás. Si todo es como he previsto, al leer estas líneas no sabrás nada acerca de lo sucedido y al alcance de Clarisa estarán a punto unas píldoras de hierbas con las cuales podrás alcanzar un mejor estado de ánimo, una serenidad en tu cuerpo que necesitarás como el sediento el agua fresca. Te imagino extrañado, nervioso ante qué pudo ocurrir, porqué vine a Deggendorf para ayudarte.

Todo comenzó cuando por casualidad oí hablar de ti a unos

comerciantes lugareños que se encontraban como yo en Viena. Sabes que viajo muchas veces de incógnito y que suelo frecuentar las tabernas para poder mezclarme así con las gentes y aprender cosas que en mis círculos habituales son prácticamente imposibles de observar, de comprender o de realizar. Pues así estando, y con una cerveza entre mis manos, oí cómo aquellos comerciantes te mencionaban, atribuyéndote ya plenamente el rumor que sobre ti corría: que celebrabas la misa negra. ¡Qué podían conocer de tu persona aquellos desaprensivos que se dejaban llevar por la incultura y la superstición para llegarse hasta los terrenos más fangosos de la calumnia; terrenos hasta los que te arrastraban ellos y todos los que también se envilecían en la corriente de la mentira!

Pude escuchar que a sus oídos había llegado la noticia de que además de todos los ritos herejes que realizabas, ocultabas a una concubina servidora del demonio como tú con la que seguramente ofenderías al buen Dios que todo lo veía desde el cielo; aquel buen Dios que todo lo juzgaba y procuraría que Gérald von Nettesheim tuviera su merecido. Pude escuchar el día en que serías castigado. Pronto, muy pronto sería, y suerte tuve de llegar a tiempo.

Creo que recordarás la injusticia cometida con los cátaros del sur de Francia cuando fueron acusados de adorar al demonio, de matar a niños durante la celebración de rituales y de canibalismo; o también contra el pueblo judío. Recordarás que la ignorancia del hombre es la causante de tantas y tantas iniquidades hacia personas de bien cuyo único pecado fue la inteligencia que les llevaba a la curiosidad por caminos poco explorados, muchas veces mal vistos. Esos ignorantes son los que se erigen como jueces de la humanidad, y esos son también los que descenderán primero a los abismos del castigo.

Con estos preámbulos sólo pretendo que comprendas y que perdones, porque lo que te será revelado en unos instantes te causará mucho mal. Amigo Gérald, el pueblo quiso castigarte, y no encontraron otra manera que aprovechar una de tus salidas para saquear tu excelsa biblioteca. Sé que llegado a este punto te levantarás del lecho y escupirás palabras de odio, improperios contra todo aquel que se cruce por tu camino. Sé que correrás y te apresurarás para llegar cuánto antes a tu admirada estancia, pero allí encontrarás que faltan muchos de tus bellos ejemplares.

Aquella azarosa tarde corrí a buscarte para evitar que te dejaran malherido y cabalgamos hacia el castillo. Me preocupabas como jinete pues tal y como descubrimos después, en tu bebida se encontró un tipo de veneno poco común, pero veneno al fin y al cabo; por esa razón cabalgabas con poco tino y tu rostro se volvía cada vez más pálido y sudoroso. Al llegar te desmayaste y no pudiste ver la multitud que trataba de entrar en el castillo pero que gracias a mis caballeros fueron pronto reducidos y alejados de allí. Yo traté, Dios bien lo sabe, de evitar mayor catástrofe; pero en ocasiones lo que el destino nos depara no puede

esquivarse."

No hace falta que continúe con la exposición que de los hechos hizo Eduardo, como tampoco creo necesario que me explaye con el relato de todos los sentimientos que se me agolparon en el corazón. Cualquiera puede imaginar mi desesperación, mi aturdimiento, mi rabia. Hallándome en lo que era mi biblioteca lloré buscando aquellos manuscritos que me faltaban. Y lloré como aquel que pierde su propia alma a manos del peor de los diablos. ¿Por qué habían de castigarme así? ¿No era yo el señor de sus tierras? Acaso mi talante no había sido nunca el de señor; acaso mi voluntad sólo se hallaba bien dirigida hacia el estudio y la investigación y por eso descuidé el trato tanto con el populacho como con los nacidos en más alta cuna. Acaso como dijo Bernardo de Clerbos, "*todos los pecados provienen de la incredulidad*."

Mis pensamientos se agolpaban uno sobre otro, confundiéndome. Creí que el pueblo me odiaba, que me tenían en tan bajo aprecio que nunca habían sabido valorar mis buenas obras con los más necesitados. Y creí que quien había sido capaz de robar el saber era además de cruel, ignorante: el más grande de los ignorantes. ¿Y no es la ignorancia hija del miedo? ¡Ahí estaba! Me temían y la única manera de vencerme, de condenarme por algo que ni remotamente había hecho era atacando uno de mis puntos débiles: mi amor por los libros. ¿Qué pecado era ése?

Juré que daría con los ladrones que habían abusado de mi confianza a pesar del trabajo que yo les había proporcionado en el castillo, del lecho caliente y de la lumbre. Juré que serían ahorcados en el mismo patio del castillo, pero aunque la rabia llenaba todo mi interior no podía eludir la sospecha se cernía sobre mis pensamientos. No veía lógico que unos patanes robaran unos ejemplares que seguramente ni tan sólo debían comprender, que ni siquiera sabrían leer. Noté firme en mi corazón la certeza de que alguien les había encomendado aquel trabajo, y que aquel alguien también pagaría cara su solapada acción.

Aún con dolor en mis manos me hubiera gustado ayudar a Ricardo de Bury a escribir el *Filobiblión*, el tratado en que exalta con entusiasmo los libros y aconseja sobre su cuidado y conservación. Dice así el obispo para quien lo quiera escuchar:

"*Los libros son los maestros que nos instruyen sin brutalidad, sin gritos ni cólera, sin remuneración. Si nos acercamos a ellos, jamás los encontraremos dormidos; si les formulamos una cuestión, no nos ocultan sus ideas; si nos equivocamos, no nos dirigen reproches. ¡Oh libros, vosotros que poseéis, solos, la libertad; que dais a todos aquellos que os piden y que manumitís a quienes os han consagrado un culto fiel, qué de*

cosas habéis inspirado a los sabios con una gracia celestial por medio de la escritura!"

Los libros... Robaron muchos de mis libros y me destrozaron el alma. Casi arrastrándome caminaba por el castillo sin probar bocado ni atender ningún asunto. La vista se me nublaba y ni la cercanía de Clarisa hacía que me despertara de aquel mal sueño. Mucho tardé en recuperarme de aquel golpe que acusé durante mucho tiempo.

Karl y Helga se dedicaron con ahínco a ordenar la estancia que había sido vilipendiada. Apilaron los manuscritos y ejemplares que habían sido lanzados al suelo en la prisa por encontrar los que buscaban y Clarisa se dedicó a limpiarlos y a clasificarlos de nuevo como mejor podía. Quiso el destino que gracias a la pronta aparición de Eduardo en escena no diera tiempo a que el pueblo entrara en el castillo y que alguien encontrara las cámaras subterráneas donde se hallaba mi laboratorio con todos mis útiles alquímicos. Pero la pregunta, el porqué de aquel odio que hacia mí habían mostrado algunos lugareños, se repetía una y otra vez perturbando mi reposo.

No hacía muchos años que Dante había escrito su descenso a los infiernos; había caminado por la senda de la alegoría hallando a su paso todo tipo de pecadores, conocidos y no, que sufrían de lleno su pertinente castigo. Y como él, Virgilio -el propio guía de Dante en la *Commedia*- había hecho recorrer a Eneas la senda del Averno. ¿Por qué había de pagar yo las culpas de la curiosidad por ese mundo si no me había servido de él ni una sola vez para hacer daño a mis semejantes? Mi propósito, al igual que el de mi padre, no era otro sino instruirme; no como aquellos que se enriquecían a costa de este saber infundiendo temor en los espíritus débiles. Yo no quería sino intentar olvidar las miserias terrenales adentrándome en las tierras del sueño, la imaginación y el misterio. Pero no podía olvidar a aquellos que habían sido castigados como yo. No podía olvidar la ofensa.

Tuve que contratar a unos cuantos hombres para que mi castillo estuviera bien defendido, cosa en la que no había tenido necesidad de pensar hasta el momento. Gracias a Eduardo me había librado de un mayor perjuicio, pero no podía estar siempre pendiente de que la fortuna estuviera de mi parte, y aunque siempre he estado en contra de los procedimientos bélicos, no tuve más opción que prevenirme para poder solventar perfectamente cualquier desagradable situación futura.

CAPÍTULO VI. De cómo Clarisa me confesó su amor y de cómo mi carácter vino a no considerar por el momento su afecto.

A orillas de un plácido lago habíamos llegado Clarisa y yo. Mi ánimo tras lo sucedido en los últimos días había decaído hasta el punto de querer hablarle sinceramente; tenía que justificarme ante ella y liberarla de la prisión en que se hallaba.

Me escuchó tranquila mientras le explicaba mis razones para no dejarla salir del castillo; las mentiras a los caballeros que habían pasado por mis tierras preguntando por su paradero. Le expliqué que mi amor había sido egoísta y que tal vez no merecía por más tiempo su compañía, que sería libre en cuánto lo ordenara.

Qué honda tristeza sentí al pronunciar aquellas palabras. Hablaba y todo mi alrededor se derrumbaba con la certeza de que pronto la perdería, de que mi inspiración y alegría se esfumarían tan velozmente como habían aparecido. Pero cuál fue mi sorpresa al ver su mano en la mía, al descubrir una sonrisa en su bello rostro. Y me hablaba, sí, de su satisfacción al escuchar mis palabras. Reía y me demostraba su buen humor que en principio me desconcertó. Clarisa me aseguró que nada más lejos de su intención estaba el abandonarme en aquellos momentos. Afirmó su voluntad de seguir viviendo en el castillo, junto a mí, de quien se había enamorado ya hacía tiempo. Al parecer, y desde su misma llegada, había sucumbido al poder que mis ojos despertaban en su corazón. En mi presencia se sentía protegida y a salvo de todo, y sólo le era objeto de preocupación mi falta de inclinación hacia su cuerpo. Me dijo que sólo la había tocado en el brazo levemente y en muy pocas ocasiones; me dijo que conociendo como conocía mi amor por ella se extrañaba de que ni una sola vez había intentado besarla de la manera apasionada que ella imaginaba y deseaba.

¿Deseo, expectación, amor? Esas palabras en sus labios me eran inconcebibles y extrañas, pero sobre todo inesperadas. No digo que en mi interior no nacieran la alegría y el contento, pero aturdido como estaba no acerté a decir nada que pudiera explicar mi actitud, si bien dejé que siguiera acariciando mi mano. Pocos días antes había tomado la resolución de acabar con todo, acabar con mi vida carente de orientación: poseía sucedáneos del amor y del arte, y en cuánto a la ciencia que me apasionaba, aquel complicado simbolismo que no conseguía descifrar, me llevaba a la idea de terminar, llegar de súbito

al final para alcanzar el descanso aún a riesgo de ganarme el castigo eterno.

Pero ella dijo entonces que había encontrado el saquito de milenrama que yo había escondido en su habitación y que, reconociendo la hierba, se alegró de la cortesía que tuve en solicitar su amor, aún cuando fuera de forma silenciosa y esperando hallarlo por medio de la magia. En verdad le había causado impresión mi atrevimiento, por eso a partir de entonces procuró ser más amable cuando era requerida por mí. A pesar de que su inicial temor por ser obligada a permanecer en el castillo ya había desaparecido, lo cierto era que su ánimo se vio confundido por las pocas muestras de afecto que recibió de mi parte. Ella había aceptado su prisión y a su singular carcelero, y en cambio éste dejaba de agasajarle y de cubrirle con atenciones.

Recordó entonces Clarisa un breve poema del Señor de Kürenberg[2] y me lo recitó a modo de ejemplo:

—“Jô stuont ich nehtint spâte
vor dînem bette:
de getorste ich dich, frouwe, niwet wecken.”
“Des gehazze Got den dînen lîp!
Jô enwas ich niht ein eber wilde!”
sô sprach daz wîp.[3]

En esos versos podía yo encontrar las veces en que no osé acercarme a ella por miedo a hacer despertar su cólera. Tenía en mis manos la llave de su habitación, y si me hubiera dejado llevar por la pasión que me cegaba en muchas ocasiones, hubiera entrado cualquier noche y la hubiera obligado a ceder a mis deseos. Pero lo que de bueno había en mí me lo impedía y dejaba pasar los días y las noches con un continuo pesar en mi alma, que se sentía despreciada. Lo cierto era que mi freno era excesivo, que no supe cómo hacer para ganarme su aprecio paulatino. Una vez ella hubo mostrado su enfado por tenerla cautiva, pasé prácticamente a abandonar toda muestra externa de afecto, y seguí dedicándome a mis estudios con la esperanza de que el tiempo curaría su disgusto. De tanto en tanto procuraba hacerle agradable su alejamiento de todo aquello que la había rodeado hasta el momento de llegar hasta mí por una jugarreta del destino. Hacía que la doncella le dejara cada mañana frutas frescas en su alcoba, e incluso hice que se le colocara una gran tina para que se diera un baño caliente cuando más le apeteciera. Aquella época en la que vivíamos no era la más dada a la limpieza del cuerpo, pero algunos sabíamos del beneficio que tenían los baños en la salud del cuerpo y lo

llevábamos a la práctica lo más asiduamente que la falta de costumbre nos permitía. Pedí a Helga que aromatizara con hierbas o flores los jabones destinados al uso de Clarisa, y lo hizo con tan buen gusto que me insinuó que estaba tentada de venderlos en el mercado de Deggendorf y ganar así una substanciosa suma. Rápidamente pude persuadirla de sus intenciones al entregarle una cantidad que superaría toda ganancia. Aquellos jabones serían únicamente para Clarisa, y todo intento de perfección solamente dedicados su personal disfrute.

Después de oír las palabras de Clarisa me alegré en verdad de que no se opusiera a su limitada existencia, pero asimismo quería seguir conservando su respeto y ganar su total confianza antes de aventurarme por tierras que sólo existían en mis sueños nocturnos.

Recuerdo ahora a Andrés el Capellán, en cuyo tratado *Sobre el amor* hacía la siguiente definición:

"*El amor es una pasión innata que tiene su origen en la percepción de la belleza del otro sexo y en la obsesión por esta belleza, por cuya causa se desea, sobre todas las cosas, poseer los abrazos del otro y, en estos abrazos, cumplir, de común acuerdo, todos los mandamientos del amor*."

Sobre todas las cosas se desea poseer los abrazos del otro... Tal y como yo deseaba los abrazos de Clarisa en aquel momento en que a orillas del lago su voz era tierna y acariciadora. Deseaba poseer por entero su belleza y amarla, amarla sí, hasta el final de mis días, siendo correspondido por sus besos. Bajo la luz del día su belleza seguramente resplandecía como nunca, pero no quise apreciarlo. La miré, y en el fondo de sus ojos descubrí que todo lo que había dicho hasta el momento era cierto, que no se burlaba de mis sentimientos para herirme después, hallándome yo desprevenido. Podía confiar en sus palabras y en su gesto sincero; podía dejarme llevar por la naturaleza que nos rodeaba, por el lejano canto de algún pájaro, pero no lo hice. No me aventuré lo más mínimo por alcanzar una brizna del placer que me brindaba. Con la excusa de haber acabado los pastelillos de miel y el vino, y con la justificación de que unas nubes cargadas pronto se cernirían sobre nosotros la apremié para que montáramos y nos dirigiéramos prestos al castillo. No oculto que encontré en su rostro la decepción, pero ahora sé que estuvo bien lo que hice, pues hay momentos en los que aunque el amor esté ahí golpeando tu puerta, casi derribando la razón, hay algo de nombre desconocido que se impone y hace actuar como yo lo hice entonces. Tal vez me corroían por dentro la duda o la desconfianza. Tal vez era demasiado el dolor que sentía por el castigo a que había sido sometido, por la dura prueba por la que tenía que pasar. Alguien quizá me juzgará de pasivo, de poco caballeroso para con ella, pero poco me

importaron entonces y ahora los calificativos de las gentes de poco juicio y criterio. Nadie hay aún en este mundo que pueda juzgar con verdadera justicia ni una sola de las cuestiones que preocupan a la humanidad.

He de decir que habiendo sido educada en un convento, Clarisa poseía el conocimiento de las artes propias de mujeres cultas y cultivadas en el saber. La habían introducido en el arte del dibujo y de la ilustración, era una avezada practicante del juego del ajedrez del que yo también era buen conocedor, y como ya había podido comprobar, podía leer en latín, en francés y en italiano. Sabía multitud de pasajes, de poemas, de canciones, y gustaba de recitarlas a quien estuviera dispuesto a oírlas, que en muchas ocasiones era Helga. Contento estaba yo del trabajo de Helga y de la confianza que Clarisa depositaba en ella. Me alegraba sobremanera de que se encontrara bien en el castillo, de que en su corazón hubieran nacido magníficos sentimientos hacia mí, pero mi natural depresión después de lo sucedido no dejó espacio para el amor que tanto había deseado en mi vida. Me hallaba apático, y las mañanas que tanto me habían entusiasmado hasta entonces, se me antojaban oscuras y tediosas. No me veía capaz de entrar en lo que había sido mi biblioteca y encontrarla en aquel estado, así que me dediqué a seguir con mis investigaciones alquímicas.

CAPÍTULO VII. De la alquimia.

Según la leyenda, el dios Thot identificado con Hermes Trismegistus[4], enseñó a los hombres los principios de la alquimia, de ahí el nombre de filosofía hermética; y contaban también que fue Alejandro Magno quien, después de conquistar Egipto, arrancó de las manos del cadáver de Hermes, enterrado en la cámara sepulcral de la gran pirámide de Gizeh, la Tabula Smaradigna, tabla de esmeraldas provista de una inscripción con la que los alquimistas podían guiarse y fabricar oro. La alquimia es una práctica secreta que tiene como principal objetivo encontrar la llamada piedra filosofal, piedra que permitirá la transformación de los metales innobles en metales preciosos, así como la elaboración de un elixir de la larga vida. Las primeras referencias de esta ciencia datan de los siglos IV y III antes de Cristo, aunque es imposible precisar si nació en Egipto, Siria o China, y consisten en especulaciones sobre las generaciones y transmutaciones de los cinco elementos: madera, fuego, tierra, metal y agua. En el mundo occidental, los primeros textos alquímicos provienen de los griegos de Alejandría.

Hacia la hora tercia yo bajaba al laboratorio y continuaba mi trabajo. Creía firmemente, tal y como mis colegas en esa ciencia, que el oro era puro; la plata, noble; el hierro y el plomo, bajos, y pensaba que los metales hacían un crecimiento que los conducía a la perfección del oro. Nuestra premisa fundamental era la existencia de la ‘piedra’, que actuando como catalizador curaba los metales enfermos y que, en virtud del principio de unidad, era también, en forma líquida, el remedio por excelencia, el elixir de la vida. Dentro del horno, cuyo fuego avivaba a menudo, tenía veinte crisoles de barro cada uno con una mezcla hecha con proporciones diferentes de plomo, cobre y mercurio. Esperaba de nuevo que con el tiempo de enfriamiento necesario, la colocación posterior sobre estiércol -cuya descomposición desprendía un calor regular- y la exposición a los rayos del sol, se diera lugar al metal milagroso que esperaba crear.

Los alquimistas utilizábamos diversas fórmulas y símbolos para designar nuestros útiles de trabajo, y nuestro lema era *solve et coagula*[5]. El “huevo hermético” era el alambique en el que tenía lugar el magisterio, o sea, lo que está cerrado herméticamente en el alambique. Posteriormente se utilizaría el *athanor*, una estufa con torreta para el carbón desde la que fluye lenta y uniformemente el

combustible hasta la caldera manteniendo un calor constante. El magisterio constaba de siete grados, que eran para quien sea curioso y desee conocer, los siguientes: La *calcinatio*, la *putrefactio*, la *sublimatio*, la *solutio*, la *destillatio*, la *coagullatio* y la *extractio*; a los que corresponden siete procesos, cada uno bajo un signo diferente. Indicaré además un apunte del *Libro del sabio Cráter*[6] acerca del discurso sobre la piedra que no es piedra alguna:

"*Si la conoces, cógela, y haz de ella cal y ánima, un cuerpo y un espíritu, y sepáralos y pon cada uno de ellos en su conocido y sabido recipiente. Mezcla los colores como los pintores mezclan el negro y el blanco y el amarillo y el rojo, y como los médicos mezclan sus pócimas, lo húmedo, lo seco, lo caliente y lo frío, lo blando y lo duro, hasta que salga de ello la mezcla uniforme, conveniente a los cuerpos, y, ciertamente, de acuerdo con la conocida proporción en peso con que están compuestas las cosas equilibradas y se unen las naturalezas separadas*."

Me gustaría hacer también una observación sobre Abu Musa Djabir al-Sufi, llamado Geber, que fue el primer alquimista que a parte de sus numerosas obras y estudios buscó la materia prima de la que obtener el preciado elixir de la vida. Buscó no sólo en el terreno mineral, sino también utilizando materias animales y vegetales. Y así, en sus textos, menciona tanto huesos, médulas, sangre, pelo y orina de leones, como aceitunas, jazmín, cebolla, jengibre, pimienta o anémona.

El proceso que conducía a la producción del elixir era, en sí, muy complicado; además podían encontrarse muchos errores en los manuscritos que probablemente eran tergiversados expresamente para evitar que cualquier profano en la materia se adentrara en un mundo que no debía explorar. De todas maneras, cada cual debía seguir sus propias intuiciones y no dejarse llevar por demasiadas influencias a riesgo de no alcanzar el éxito deseado.

Para el catalán Arnau de Vilanova sólo existía una "piedra", la cual tenía una doble naturaleza. Afirmaba en el *Rosarius* que una porción de ella transformaba cien porciones de mercurio en plata u oro. Eran famosas sus transmutaciones, que incluso realizó en presencia del papa Bonifacio VIII, y también su receta de un amuleto que todo lo curaba.

A pesar de que Vilanova profetizó erradamente la venida del Anticristo y el fin del mundo para el año 1.335, su figura me era simpática, y sentí interés por la tierra que lo había visto nacer tanto a él como a su contemporáneo Ramón Llull. Decía éste último: "*Yo sería capaz de convertir en oro mares enteros si hubiera bastante mercurio.*" Este teólogo, que creía en la efectividad de la piedra filosofal y en la astrología, debió su ansia por el estudio al enfriamiento de su pasión

por la bella Ambrosia de Castello. Un cáncer de pecho que Ramón descubrió en ella y su posterior fallecimiento, le hicieron dedicarse a las ciencias para alejar de su pensamiento la muerte de su amada.

Existía la creencia de que Dios sólo confiaría el secreto de la Obra a quien hubiera alcanzado el más alto grado de pureza. Yo no había alcanzado por aquel entonces el nivel de superioridad necesario, pero al cabo de un tiempo conseguí gracias a diversos procedimientos la fabricación del preciado elemento. Pero de todo ello hablaré más adelante.

CAPÍTULO VIII. De las obras que se salvaron, de mi repentina enfermedad y del amor de Clarisa.

La gente estaba como enloquecida por las enfermedades, por los miedos que éstas les introducían en sus almas toscas y confundidas. Si no era peste, era cólera o simples resfriados que no se sabían curar. Algunos seguían remedios como los que podían proporcionar discípulas de la malograda Irma, pero no lograban eludir el hecho de que muchas de ellas empezaban a ser consideradas servidoras de las tinieblas.

Todo lo que escapaba al alcance del entendimiento de muchos era considerado oscuro y digno de juicio. Preferían condenar y avisar a los jueces de la Inquisición antes que averiguar si los métodos empleados eran correctos; antes que examinar cada hecho, cada cosa por las que los doctos y los especialistas éramos condenados. Aunque las mujeres tenían más que perder, eso era cierto. No se concebía en la plebe que una mujer experimentara en exceso con mezclas de elementos naturales que podían proporcionar salud al cuerpo. Al igual que el vulgo creía ver en las montañas de la luna a Caín con un haz de leña, veía a esas mujeres como instrumentos del mal. Y es que cuando alguien realiza algo que nadie más puede hacer, se convierte en sospechoso y, en ese caso, únicamente puede tener como aliado a un espíritu maligno.

Sabía que en el caso de un ataque a mi castillo la resistencia que ofreceríamos podría durar un tiempo considerable, pues los muros eran sólidos y, aunque se recrudeciera el ataque utilizando ballestas, arietes e incluso torres movedizas, tendríamos tiempo suficiente de huir por los pasadizos subterráneos. Si preparábamos bien la posibilidad de un verdadero ataque, podríamos salir indemnes. El problema que se presentaba era cómo saber cuando se produciría el ataque que de momento sólo estaba en mi intuición.

Mi ánimo tras lo sucedido en la biblioteca no me dejaba pensar con claridad. Pasaba horas enteras revisando los ejemplares que se habían salvado, lamentándome por la pérdida. Por fortuna, y antes del momento en que entraron los saqueadores, Clarisa tomó prestados unos libros que yo le había recomendado, y camino de su habitación cargada con el *Cantar de Hildebrando*, el *Beowulf* y *La Eneida*, oyó cómo aquellos hombres subían y gritaban entre ellos dándose prisa, malhumorados. Se cerró por dentro e incluso barró su puerta asustada porque algo terrible iba a suceder. Cuándo más adelante hablábamos

los dos acerca de lo sucedido, ella explicaba que se sentó en el lecho y empezó a temblar cuando oyó las voces del gentío que gritaba en el exterior. Oyó risas que se alejaban y después los gritos de Helga que golpeaba en su puerta, comunicándole la desgracia.

Así pues, los libros que ese día ella se había llevado sobrevivieron al asalto de los ignorantes, así como otros que aún tenía en su habitación, como la obra latina *Pánfilo* y el poema del *Gilgamesh.* Por hallarse en el laboratorio se salvaron mis anotaciones sobre los experimentos alquímicos, la *Commedia* de Dante y el *Libro de Salomón*, que si hubiera sido hallado bien pudiera haber sido causa de un juicio ante la Inquisición.

¡Qué difícil era para mí en aquellos momentos pensar en volver a comprar manuscritos, negociar, regatear, y en definitiva, recobrar el saber perdido! Y tal y cómo había sabido cuidar de que ninguno de nosotros resultara contagiado por la peste que contrajo el difunto Herbert, no me veía capaz de cuidar de mí mismo, pues volví a caer enfermo presa no sé si de la melancolía o por efecto de aquel veneno que me hicieron tomar en la taberna aquel día que siempre maldeciré.

Tuve que permanecer postrado y tomar los preparados que Helga me preparaba con buen tino e intención. Ponía a hervir gallina y me ofrecía el caldo; me preparaba jugo de limón, lo calentaba y lo endulzaba con miel. Hacía que tomara cebolla, que decían retornaba la salud y proporcionaba bellos colores, e incluso por si acaso, quemaba jengibre en mi habitación para combatir la posible cólera o peste. Aunque mis conocimientos de medicina eran bastante simples, casi siempre me había conducido con acierto en los diagnósticos que había hecho de algunas enfermedades, pero en mi caso no supe determinar qué asolaba mi organismo. La fiebre me hacía soñar cosas extrañas, y ni la corteza del fresno que decían la calmaba producía en mí el efecto deseado. Tomé abundante ensalada de lechuga para combatir el insomnio que en ocasiones me sobrevenía. Tomé infusiones de salvia y de cuántas hierbas conocía Helga.

Por un tiempo perdí el interés por la lectura y sólo me motivaban las visitas de Clarisa cada tarde. Había ordenado que por las mañanas me dejaran dormir, pues en muchas ocasiones tal y como ya he mencionado, me atacaban las pesadillas y me revolvía sudoroso y cansado en el lecho. Ella montaba a caballo casi todas las mañanas y después de la comida venía y jugábamos al ajedrez o me leía poemas y me cantaba alguna canción. ¡Qué criatura tan agradable tenía a mi lado! Pasada mi inicial aprensión por la duda de su verdadero amor pasé a quererla como nunca, y únicamente impedido por mi enfermedad y el miedo al contagio me contuve de besarla. Clarisa comenzó a obsequiarme con sus caricias: primero con disimulo y como por casualidad, pero una noche en que la fiebre era muy intensa y

Helga no sabía cómo bajármela, me encontré con su llegada presurosa; me encontré con que se arrodillaba ante mí y me abrazaba y me besaba con pasión rogándome que no me muriera, que no la dejara sola, que yo lo era todo para ella.

A la mañana siguiente, ya repuesto, recordé aquellas palabras que atribuí al delirio. Pero cuando ella entró y me cubrió de besos felicitándome por mi recuperación, pasé a creer de veras que Dios existía. Alguien me amaba y era feliz. Con la seguridad de su entrega en cuanto yo sanara por completo, me vi inmerso en una rueda de dicha que me embriagaba como lo hacen siempre el vino o los licores fuertes.

CAPÍTULO IX. En que acontece mi boda y relato más aspectos de la Peste Negra.

Soñaba con amar a Clarisa con toda la fuerza de que era capaz. Tocaría el cielo con las manos y nadaría en los brazos de los ángeles si el despertar fuera con ella. Pronto podría disfrutar de los placeres que su cuerpo me ofrecería, pero antes debía casarme, y para ello necesitaba un capellán. Mientras elegía de mis baúles una joya con que obsequiarla, pensaba en quién podría oficiar la ceremonia; una ceremonia discreta que sería celebrada en el patio trasero del castillo, allí dónde crecían plantas y flores y que ahora, con la llegada del buen tiempo, sería un bonito marco para nuestra unión. El problema que se me presentaba era encontrar alguien que reuniera el requisito de ser discreto y sobretodo que no fuera partidario de los que habían alzado sus voces contra mis prácticas. Suerte tenía de ser temido y todavía respetado por muchos; después de todo, yo pertenecía a la nobleza y mis arcas estaban bastante bien surtidas de monedas con que pagar a quien fuera. En aquellos tiempos -como en todos los tiempos- el dinero ejercía de amo y señor, y no era difícil comprar las voluntades. Así pues, mandé a Helga llamar al capellán que había oficiado la boda de su hermana ya fallecida, y del que según me habló, siempre se esperaba recto honor e integridad.

Una noche en que regresábamos de montar a caballo y después de tomar un baño caliente, nos encontramos con la mesa suntuosamente preparada. Había platos de caza, salsa de pimienta para acompañarlos, panes recién hechos, tortas y jarras de agua fresca junto con el excelente vino de mi surtida bodega. Todo estaba preparado tal y como yo lo había ordenado por la mañana, pues en el lugar de Clarisa se hallaban los regalos que tenía pensado ofrecerle. Vi sus ojos iluminarse cuando abrió el paquete que contenía un frasco de perfume, unas cintas para el cabello y un espejo. Se acercó sonriente a mí y me besó, agradecida. Pero su mayor sorpresa fue cuando hice que se sentara a mi lado y abriera un pañuelo azul que contenía el anillo con el cual la pedía en matrimonio. Se quedó casi sin habla, e incluso pude ver un asomo de lágrimas en sus ojos; lágrimas de felicidad, por supuesto.

Fue entonces cuando me contó que una de las razones por las que no le importaba haber venido a mi castillo era el hecho de que había sido obligada a casarse con un hombre cuarenta años mayor que ella, todo un vejestorio de la aristocracia austríaca que la pretendía como

esposa. Habiendo pensado en acabar con su vida pero no reuniendo el suficiente valor, aprovechó la ocasión de hallarse en Regensburg para unirse a la cacería que organizó un familiar. Valiéndose de un momento oportuno se alejó de todos en las cercanías de mis tierras con objeto de hallar alguna humilde casa en la que refugiarse y con la confianza de no ser reconocida. No tenía ningún plan previsto, pero al caer de su caballo, herirse y ser encontrada por mí, todo cambió y pensó en ejecutar el papel de dama perdida. La suerte estuvo de su parte al encontrar a alguien como yo, alguien que prendado de su belleza no pensara ni por un momento devolverla a su familia. Y en un principio fingió estar dolida por aquel rapto, por negar su presencia cuando los caballeros de los Habsburgo preguntaron por ella; fingió su ira cuántas veces creyó oportuno, pero pronto el afecto que misteriosamente a mí le ligaba desde el primer momento en que me vio, dió paso a querer mostrar sus encantos. Y de ahí hasta aquel instante en que yo le ofrecía toda mi vida y todo mi amor. No pudiendo contener por más tiempo las lágrimas que durante todo su relato había evitado, se echó en mis brazos y desahogó su espíritu, aliviado porque veía su amor plenamente correspondido, porque en breve sería mi esposa, cosa con la que había soñado muchas noches.

Al igual que aquella tarde en el lago, yo no podía creer lo que estaba oyendo. Tanto mis penas como mis desvelos acerca de su amor habían desaparecido por completo; tal vez había hecho pleno efecto mi encantamiento o tal vez Dios me ofrecía ese regalo como compensación por la pérdida de mis libros. Lo cierto era que la ilusión por la proximidad de la boda me hacía olvidar en parte esa pérdida por la que tanto había llorado. Veía abrirse un nuevo horizonte en mi vida.

Fue una mañana clara de primavera y con los fieles Karl y Helga como testigos. El capellán acudió puntual a la cita y ofició una ceremonia sencilla previo pago de unas cuántas monedas de oro. La Iglesia siempre se ha caracterizado por su interés hacia las riquezas ajenas en pro de colaborar y sumar puntos para ganar el cielo prometido, pero en aquel momento no era oportuno pensar en los intereses de aquellos que me decepcionaban con sus ineptos líderes, sus inquisidores y otros especímenes que no merecían demasiada consideración. Entonces sólo valía la pena pensar en que Dios estaba en aquel momento con nosotros, bendiciendo nuestra unión.

Comimos, bebimos y bailamos con la música con que nos obsequiaron unos bardos extranjeros que Karl había contratado en Deggendorf. Fue una fiesta que no por poco concurrida dejó de ser agradable y divertida; y llegamos así a la noche, en que todos, incluidos los músicos, nos retiramos a los aposentos para descansar. Y

mi habitación ya no era sólo mía, sino de Clarisa también. Y la noche fue hermosa como su cuerpo entero entre mis brazos, bajo mis besos. Y la mañana fue más hermosa aún porque desperté y Clarisa estaba allí conmigo, respirando suavemente sobre mi pecho radiante de gozo y felicidad. Mi esposa... Cuánta dicha me traía aquella palabra.

Los días que siguieron a aquel fueron tan cálidos y placenteros que siempre se conservarán con todo detalle en mi memoria. Seguimos disfrutando de la presencia en el castillo de aquellos músicos cuyas canciones estaban llenas de la mordaz ironía del poeta de Baviera Neidhart von Reuenthal, y Karl aprovechó mi buen humor para emplear a nuevos muchachos que le ayudarían en sus tareas. Últimamente se encontraba muy cansado, y su innata fuerza se hallaba un tanto debilitada. Cuando me habló de los mozos y vio un leve asomo de disgusto en mi rostro se justificó con la explicación de que su cuerpo también necesitaba descanso, y que su fuerza y energía no podían estar siempre a pleno rendimiento. Explicó que estaban huérfanos de padre y madre y vivían en una destartalada cabaña sin apenas otros medios para subsistir que no fuera robar algo de comida en el mercado.

Cuando los trajo a mi presencia vi que sólo eran unos mancebos de diez años a lo sumo, gemelos, que traían grabado en su cara el miedo por el mundo y las personas que los trataban de ladrones y pendencieros cuando los veían aparecer debajo de sus mostradores, comiendo con ganas una manzana que no por robada dejaba de estar menos sabrosa. Me fueron simpáticos y accedí a que se quedaran, aunque antes de deambular por el castillo debían someterse a un baño a conciencia, no fuera a ser que trajeran encima cualquiera de las enfermedades a que habían estado expuestos.

Si bien la peste había llegado a Deggendorf prontamente por causa de unos comerciantes italianos infectados ya en su país, no debíamos olvidar que la enfermedad seguía su verdadero curso por Europa, ascendiendo desde las regiones del Mediterráneo hasta las Islas Británicas para seguir su rumbo por el norte de Europa y más tarde por las cuencas del Rhin y del Danubio. Por consiguiente, debíamos esperar más embates de la enfermedad a no ser que cada uno pusiera remedio como bien pudiera. Los más afortunados huían a sus posesiones del campo donde el aire era más fresco y escaseaban las casas y los habitantes; donde no debían sufrirse las calles estrechas y mal aireadas de las ciudades. Otros optaban por la cuarentena, que impedía la huida de los sanos pero preservaba del contagio a zonas enteras.

La causa de las elevadas cotas de mortandad de aquella época estaba en las mismas condiciones de vida, ya fuera en la escasez y poca variedad de alimentos como en los vestidos de la población,

harapos sucios que eran refugio de gran variedad de parásitos, alimentados a su vez por la proximidad de los animales de labor con los que dormían.

Meses atrás, cuando aparecieron los primeros cadáveres por la peste, acudí a una reunión con los médicos, el gobernador y varios miembros de la nobleza para discutir acerca de cual era el origen. Gran parte afirmaba que era el aire el causante de la aparición de la Peste Negra. El aire corrompido por causa de las conjunciones de los planetas u otros fenómenos penetraba en los pulmones y alteraba el equilibrio de los humores corporales -especialmente la sangre- provocando la enfermedad. No podía yo rebatir con firmeza aquella hipótesis, pero a mi sugerencia inicial de cambiar hábitos en la población junto con ayudas económicas con que los mejores situados podíamos contribuir, siguió una sarta de improperios y exclamaciones que demostraban la poca conformidad con mi propuesta. Abandoné la reunión con el convencimiento de que había perdido buena parte de mi poder, de que era mejor seguir dedicándome a mis estudios que a tratar de paliar los males humanos. Sólo fui escuchado cuando los estragos fueron mayores, por lo que volví a sugerir a las autoridades competentes la limpieza de las calles. El aire estaba impuro, sí, pero los cuerpos también, y el contacto con los animales no proporcionaba demasiadas garantías de salud. Además, y como decía Horacio, *pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas, regumque turres*"[7]. Por eso no quería introducirme demasiado en toda aquella rueda de desgracia que corría en torno a la ciudad. Yo vivía en el campo, y aunque allí también se había notado la llegada de la peste no era ni mucho menos comparable. La duda que se me planteaba era dónde y cómo había sido contagiado Herbert; posiblemente en alguna de sus pocas salidas con Karl a la ciudad, o tal vez fuera debido a alguna mordedura de rata o de algún conejo de campo. Todo eran conjeturas.

Ahora que he citado a mi difunto criado Herbert creo oportuno explicar el origen de los prisioneros que moraron hasta su muerte en mis mazmorras, pues tal vez alguien se haya preguntado el porqué de esa presencia.

CAPÍTULO X. En que explico la procedencia de los prisioneros que tuve un tiempo en mi castillo.

Bien podían haberme llamado Diomedes, el hijo de Ares y de Pirene, el símbolo de la crueldad y de la fuerza. Sus yeguas se alimentaban de carne humana, devoraban a los caminantes y capturarlas fue el octavo trabajo de Hércules. Si ése hubiera sido mi nombre mis actos tal vez hubieran estado de alguna manera justificados, porque en verdad necesitaban defensa, cosa que intentaré hacer sin caer en la lástima y en la excusa personal. No es que vaya a intentar convencer al posible lector de estas líneas acerca de la aceptación de actitudes totalmente reprobables, pero pido a mi modo comprensión, indulgencia para con mi carácter que estuvo en una época rayano con la barbaridad.

Así como mi antepasado Alberto el Grande empleó treinta años de trabajo para construir un autómata[8], yo me había dedicado a experimentar con cuerpos humanos para hallar aspectos ocultos, cuestiones como las que ya he citado páginas atrás acerca del alma humana. Primero experimenté con animales, pero más tarde comencé a hacerlo con personas de carne y hueso, individuos debilitados por la escasez de comida, por la humedad de las zonas bajas del castillo.

Poco pensaba yo en la cólera de Dios cuando después de la marcha de mis padres me encontré con mi propio y verdadero yo, con mi soledad. Leía, estudiaba y trabajaba durante horas, pero muchas noches el insomnio me vencía, e incluso me veía despertado por estremecedoras pesadillas que me obligaban a dar paseos arriba y abajo confundido por la falta de sueño y a la vez por el miedo a conciliarlo. Una de esas noches cogí mi caballo y corrí hacia la zona más boscosa de mi propiedad buscando olvidar mis dudas y mis sentimientos confusos. Con el viento rodeándome como un singular halo creí oír unas voces y algún que otro grito apagado. Volteé mi corcel hacia aquellos sonidos pero no lograba atender con tino su procedencia, ya que el rumor del viento y de las ramas agitadas de los árboles me lo impedían. Seguí avanzando entre el boscaje, cada vez más interesado en hallar la procedencia de aquellas voces que había oído. En mi imaginación aparecía todo tipo de figuras fantásticas del folklore, de leyenda; tal vez fueran los propios árboles que por las noches convocaban coloquios, o tal vez se tratara de hechiceros reunidos en torno a algún encantamiento propicio de realizar aquella noche de luna creciente; tal vez nigromantes.

Si me hubiera hallado en el valle del Rhin, en el acantilado de Lorelei al oeste de Wiesbaden, hubiera creído en la leyenda de la náyade que atraía allí con su canto a los marineros que morían estrellados contra las rocas. O si me hubiera hallado en alguna zona abrupta de grandes pendientes, podría haber recordado cualquier leyenda que atribuía a las extrañas canciones de bellas mujeres fantasmas un poder que provocaba que todo aquel que lo oyera se dejara arrastrar y cayera de pleno en aquel precipicio lleno de ánimas atormentadas. Pero me hallaba en la selva de Baviera, allá donde yo residía, donde conocía casi cada palmo de bosque, y abandonando aquellos pensamientos fantásticos que me llevaban a zonas sin salida, pensé en la posibilidad de que las voces procedieran de los leprosos que tenían allí su residencia, apartados de la ciudad. Algún motivo habría para que hubieran salido en plena y fría noche; de todas maneras era ésa una razón que no me apetecía descubrir. Nunca he sentido simpatía por esa clase de enfermos, sea por su apariencia monstruosa, sea por cualquier razón bien oculta en mi interior.

Determiné tomar el camino de regreso, pues si eran los leprosos los que habían llamado mi atención no merecían mi permanencia por mucho más tiempo allí. Pero de nuevo, y antes de comenzar a espolear a mi caballo, oí aquellas voces, y como el susurro del viento se calmaba por momentos pude dirigirme hacia el preciso lugar donde se hallaban. Oculto detrás de unas espesas matas y guiado por mi excelente vista, pude distinguir en la oscuridad a lo que me parecieron cuatro hombres y una mujer maniatada a un árbol. Até las riendas de mi caballo a un árbol ordenándole silencio y fui acercándome rogando porque el murmullo del viento siguiera enmascarando mis pasos sobre las hojas, los crujidos que mis pisadas provocaban sobre algunas ramas caídas. Una vez llegado al punto en que pude distinguir perfectamente sus figuras y sus palabras, me enfureció averiguar el porqué de su presencia allí: el ultraje a una joven. Aunque no sabía quién era ella ni de dónde podía proceder no debía quedarme cruzado de brazos. Notaba mi espada en el costado, firme y segura como siempre. Notaba mis fuerzas agolparse en mis puños, la sangre en mis sienes, la ira en mi garganta. Pero antes de que me lanzara en pos de aquellos infames la propia disputa que ellos iniciaron me allanó el camino. Discutían y sus voces fueron alzando el tono hasta que uno de ellos sacó su espada y derribó al que tenía al lado haciéndolo caer de dolor; el que parecía de acuerdo con el derribado levantó su propia espada y plantó cara al agresor que, con un golpe certero, le rasgó las vestiduras que le cubrían el pecho e hizo que se tambaleara hasta caer herido. El otro malhechor que quedaba manifestó que no ponía ninguna objeción a las intenciones que el cabecilla llevaba en cuánto a la mujer; expresó su conformidad con todo lo que le fuera ordenado,

dando cuenta de su respeto, ocultando su profundo miedo a ser atacado por la cólera de aquel violento. Ése era Herbert, como siempre temeroso de las iras de los demás.

Aproveché que se adentró en una zona oscura cerca de donde yo estaba para atacarle por detrás y herirle en un hombro. El dolor y la confusión debidos a mi ataque provocaron el desmayo de aquel pusilánime, por lo que aproveché para evitar el avance del bruto que arremetía contra la joven atada en el árbol, que a juzgar por su aspecto había sido sedada con alguna sustancia. Me abalancé violentamente contra el canalla, pero asegurándome que sus heridas no fueran mortales. Liberé rápidamente a la joven y la dejé sentada, apoyada en el mismo árbol, pues su estado no le permitía tenerse en pie. Después até a los dos que estaban allí derribados lamentándose de dolor: uno logró levantarse para amenazarme con su espada, pero lo tumbé de una patada, arrebatándole el arma. Los até juntos, espalda contra espalda, y até también al que luego fue mi sirviente Herbert, ésta vez contra un árbol, y al canalla que yo mismo había vencido que vi sangraba de forma abundante. Taponé la herida con un pedazo de su propia vestimenta y asegurando una vez más todos los nudos, cargué con la muchacha hasta llegar a mi caballo. Mi intención era darle alojamiento hasta su recuperación, y en cuanto a aquellos villanos, ordené que fueran apresados y puestos a buen recaudo en las frías mazmorras del castillo.

Pero mi interés principal radicaba en comprobar el estado de la joven que se había salvado de tan funesta experiencia. Fui presto a la habitación que se le había dispuesto, pero como la encontrara dormida no osé molestarla y preferí volver a la mañana siguiente, en que encontrándola restablecida y comunicados sus orígenes me comprometí a llevarla a su hogar en Straubing.

Llegó el turno de mis prisioneros. Aunque los primeros días sólo pensé en darles prisión hasta que sus cuerpos pusieran punto y final a sus vidas, lo cierto es que más tarde empecé a darle vueltas a la idea de experimentar, de probar su resistencia ante mis ideas. Tal y como Geber utilizaba material animal y vegetal para hallar el elixir sin hacer ascos a los diferentes componentes animales que antes he citado (sangre, pelo, huesos o médulas), yo me propuse añadir algún ingrediente humano. Estas pruebas duraron poco tiempo, pues el progresivo deterioro de los organismos de mis prisioneros las hacían cada vez más difíciles y arriesgadas. Conseguí que se arrepintieran de sus actos aquella noche, así como de otros que espontáneamente me confesaron. Veía que el miedo les hacía vulnerables, cosa que me hacía sentir superior, muy superior a ellos.

El caso es que Herbert me infundió lástima, y como fue el único que no cayó en los brazos de la muerte, fue empleado a mi servicio. Las

experimentaciones con sus compañeros no dieron el resultado previsto, así que hube de dedicarme a investigar otras fuentes. Le ordené que enterrara los cuerpos inertes, y bajo mis amenazas pasó a comportarse igual que un dócil cervatillo. Trabajó en la cocina como si en ello le fuera la vida; y tal vez así era, pues mi carácter podía cambiar de un día para otro. Vivir solo, sin amor de ninguna clase, me proporcionó por aquel entonces un estado anímico poco deseable, feroz en ocasiones, que incluso a mí llegaba a asustarme. Tenía que encontrar un aliciente que no fuera el trabajo; por suerte, poco tiempo después apareció la que sería mi esposa, y la oscuridad se transformaría entonces en la más hermosa y resplandeciente claridad.

CAPÍTULO XI. En que se recibe la visita de unos enviados del príncipe Eduardo.

Con los músicos como huéspedes y con los avispados muchachos que Karl había empleado, mi castillo pasaba por unos momentos de bienestar que ya no recordaba. Aunque en mi memoria seguían latiendo el porqué y la rabia de la desgracia habida con mis libros, trataba de sobrellevar mi tristeza con el mejor humor de que disponía; tal vez gracias a la felicidad que me regalaba a manos llenas Clarisa. El caso es que recordaba la quema de una parte de la biblioteca alejandrina, el Serapeion, ordenada por el patriarca Teófilo para eliminar la competencia de los sabios alquimistas. Por suerte pudo salvarse *El Libro del sabio Cráter*, que fue robado junto con otros escritos por una sacerdotisa del mismo Serapeion. Tantas veces se inmiscuyeron los envidiosos y los ignorantes en el saber de los verdaderos estudiosos que mi desventura no era sino una pequeña parte de las desgracias de mis colegas. Debía hallar el camino que me llevara a la fuerza, al deseo de encaminarme de nuevo a la búsqueda de manuscritos, a la compra de ejemplares extraños y singulares.

Una tarde en que me acerqué hasta donde Karl y los muchachos trabajaban cortando leña, pude oír cómo mi fiel sirviente narraba el relato del hallazgo de una bestia extraña en el pozo de la casa de un panadero llamado Garhibl. Pensé que el relato era cierto, pero nada más lejos de la realidad, pues al parecer mi sirviente gustaba de explicar historias de terror a sus compañeros, cosa que en vez de provocar rechazo, avivaba las ansias de oír de sus labios nuevas historias mientras trabajaban.

Horas después me hallaba en plena partida de ajedrez con Clarisa, pensando en una buena jugada con mi alfil, cuando Helga anunció a unos caballeros que venían de parte del príncipe Eduardo. Me entregaron una misiva que guardé para leer más tarde con más atención, y no sin sorpresa vi que me acercaban un baúl al parecer presente del mismo príncipe. Ordené a Helga que les preparara alojamiento y una suculenta cena, y no pudiendo resistir por más tiempo la curiosidad, abrí en compañía de Clarisa aquel baúl que presentía portador de muy buenas nuevas.

El sol salió en aquella tarde que había sido oscurecida por mis pensamientos confusos en cuanto al relato de Karl; iluminaba simbólicamente el salón de mi castillo donde el cofre aquel se abría y

me dejaba ver una buena cantidad de manuscritos que Eduardo me regalaba como símbolo de amistad. Sabedor de que yo aún no había sido capaz de comprar ni un solo ejemplar y conociendo muchas de las obras que me habían robado, se había propuesto devolver la sonrisa a mi rostro adquiriendo una buena cantidad de manuscritos y haciéndomelos enviar. En aquel momento deseé poder leer su misiva, averiguar más cosas acerca de aquel regalo, pero la ilusión me lo impidió. Junto con Clarisa sacábamos uno a uno los ejemplares y pudimos contar hasta treinta, de diversos tamaños y valor. No cubrían ni mucho menos la cantidad que yo había perdido, pero si enmascaraban en buena mesura la pérdida y hacían que mi ánimo volviese a ser el mismo que meses atrás. Además, había elegido perfectamente bien mis temas preferidos; había sabido hallar raros ejemplares que yo ya no confiaba en volver a ver jamás. Lo cierto es que la alegría que me inundó el corazón nunca la sabré relatar como se merece, pero quien lea estas palabras seguramente entenderá lo que quiero decir, y aún más conociendo mi reciente desdicha. Cuando se pierde algo que has querido como a tu propia persona, la recuperación de al menos una parte o de un asomo de lo que era hace que te sientas con ánimos de esperar el futuro, alimentando unas esperanzas que tal vez te llevarán a conseguir el todo otra vez. Con las nuevas obras adquiridas podía comenzar de nuevo a considerar el hecho de disfrutar de una buena biblioteca que no muchos podían tener el placer de poseer, ya que por aquel tiempo eran los monasterios quienes centralizaban la posesión de manuscritos.

Aquella noche las lámparas de aceite que iluminaban el salón parecían resplandecer más de lo normal. Se preparó la mesa con un mantel deslumbrante de tan blanco, y después de lavarnos las manos allí mismo con las jarras y las toallas preparadas, nos dispusimos para la buena comida. Los caballeros traían, como era costumbre, sus propios cuchillos de mesa, y con una conversación animada empezamos la cena catando un excelente vino. Por aquel entonces se había reactivado la producción de los campos abandonados para tener a punto la siembra de otoño, ya que deseaba tener todas mis tierras en movimiento, con los labriegos trabajándolas, ofreciendo una esperanza a aquellos que sin familia deambulaban por las calles de Deggendorf pidiendo ayuda a antiguos amigos que se desentendían de ellos. Empleé a quien más lo necesitaba, ofreciéndoles las cabañas que habían quedado deshabitadas, prometiéndoles ayuda hasta que pudieran valerse por sí mismos por completo. Comprendí que no era bueno aislarme, que si empleaba a una buena corte de servidores y de vasallos mejoraría la situación de muchas personas; comprendí que tal vez el miedo que yo había causado en algunos sectores era debido a aquella extraña soledad, a las preguntas que el vulgo se hacía acerca

de porqué mis padres me habían abandonado llevándose todo el servicio. La imaginación de los hombres siempre va más allá de la realidad, y en épocas de calamidades podía llegar hasta límites insospechados.

Así que en aquel animado ambiente podíamos disfrutar del excelente potaje de Helga servido en platos hondos, para después continuar con la carne de venado, el jabalí y la salsa de setas, todo acompañado siempre de abundante pan y bien regado con vino. Más tarde llegaron el queso, la confitura de jengibre, los pasteles de miel, los frutos secos...

Los tres caballeros se quedaron una semana en el castillo, tiempo en el que nos dedicamos a recorrer a caballo los alrededores y cazar alguna que otra pieza. Me parecieron muy inteligentes y agradables hidalgos, y nuestra reciente pero cierta simpatía nos hizo prometer correspondencia. Después de su marcha para Inglaterra seguí ocupando la mayoría de mi tiempo con las apasionantes investigaciones alquímicas, intentando hallar la preciada piedra. La transmutación del oro no debía ser una quimera para mí, pues confiaba tanto en mis posibilidades como en lo que decía el primer enciclopedista de la alquimia, "*al que duerme le será revelado el secreto de la transmutación durante el sueño, mediante la divina misericordia*". Estaba claro que como decía Aristóteles, lo único que cambia es la forma; la materia sigue siendo la misma, y así, uniendo en una determinada proporción el azufre, el mercurio y el principio de la sal -espíritu, alma y cuerpo- se obtendría la quintaesencia. Hallada ésta ya sólo hacía falta que la tintura sirviera asimismo para guarecerme de las enfermedades y me diera larga vida; a mí y a Clarisa, sin la cual, naturalmente, no valía la pena intentarlo.

El hecho de que en un futuro pudiera conseguir fabricar oro debía permanecer oculto. No podía correr el riesgo de que mis enemigos -cuyos nombres y rostros ignoraba todavía- llevaran el rumor hasta las autoridades eclesiásticas. Sospechaba que la orden del saqueo había sido promulgada por esa parte, pero no tenía pruebas ni nadie que me pudiera informar con acierto. Pero debía alejar de mi mente aquellos pensamientos tristes y concentrarme en el futuro. Tal vez, pensaba, podría visitar al viejo Heinz, un estudioso como yo en aquellas artes. Había oído hablar de él cuando de más joven me podía incluir en los círculos cultos de la ciudad, cuando era posible gracias a mi inexperiencia confiar en aquellos ilustres que me rodeaban. También en ocasiones lo había visto en el castillo, comentando asuntos con mi padre; llegaba con su ayudante y si se terciaba que era invierno se sentaba bien pegado a la lumbre aún a riesgo de prender su capa, pero era ya viejo y precavido y sabía lo que le convenía y lo que no. El calor del fuego, decía, le revitalizaba la sangre y le hacía subir el color

de la piel, cosa sumamente beneficiosa. Recordando al viejo Heinz y la simpatía que me causaba, me planteé en serio visitarle, confiando en que el tiempo transcurrido, la falta de noticias y la posibilidad de que hubiera muerto en la epidemia de peste no me trajeran una decepción.

CAPÍTULO XII. En que descubro la culpabilidad del gobernador, visito al viejo maestro Heinz y averiguo aspectos ocultos de la vida de mi padre.

Antes de visitar al maestro Heinz aproveché que me había llegado hasta Deggendorf para arreglar unos asuntos con el gobernador, Heinrich Haagen. Si bien mi visita fue corta y sólo dedicada a la consulta de unos documentos, no pude dejar de hacerle una observación acerca de lo acontecido en la biblioteca del castillo y de la necesidad de encontrar a los culpables. El gobernador quedó confuso por mis palabras y sé que trató de disimular su arrobo; además, descubrí cierto temor en su mirada que me hizo pensar en su posible culpabilidad. Sus ojos huían de mis insinuaciones, y su lenguaje dejaba de tener sentido para mí. Algo me dijo en mi interior que yo no andaba errado, que él había sido el cerebro que había maquinado contra el saber que yo había almacenado. Aquel villano instigó a unos cuantos contra mí para confundir a mis siervos; infiltró a un par de sus esbirros y se hizo con valiosos manuscritos que podían proporcionarle mucho dinero o simplemente la satisfacción de poseer algo ajeno. Viendo que el gobernador tenía prisa por llevar la entrevista a su fin argumentando tener que atender otros asuntos, no pude evitar despedirme con una sonrisa que confundiría sus temores. No era aquel el tiempo de la venganza, no. Su castigo llegaría en el momento más inesperado.

Y con mi ánimo dividido entre la rabia y la satisfacción me dirigí hacia la casa del maestro Heinz, una construcción antigua pero firme que me produjo una sensación de recogimiento nada más poner los pies en ella. Abrió la puerta una mujer que con voz suave me preguntó qué deseaba, y pidiéndole ver al maestro me comunicó que éste se hallaba en su lecho, muy enfermo y probablemente cerca ya de la muerte. Le dije a la mujer que estaba hablando con el conde von Nettesheim y que debía aprovechar aquellos últimos momentos de la vida del maestro para tratar asuntos de importancia. No se hizo más de rogar y me dejó entrar para acompañarme después por los pasillos de aquella casa oscura y silenciosa. Llegado a la habitación del moribundo me apercibí del olor que se desprendía de aquel viejo cuerpo que respiraba con sonoridad, y acercándome a su cama y tomando asiento bien cerca de su rostro vi que tenía los ojos abiertos, y eran tan azules y despiertos como yo los recordaba. Me miró y pronunció el nombre de mi padre.

—Johann, Johann... —decía—. ¿Por fin te has decidido?

Aclaré que hablaba con el hijo y no con el padre, por otra parte ya fallecido, y pude ver sorpresa en su mirada, que se aclaró y entendió. Me pidió que le ayudara a incorporarse colocando un almohadón en su espalda, y pasó a preguntar los motivos de mi visita, que no eran otros sino pedirle consejo acerca de aspectos de la alquimia que tal vez no había sabido bien descubrir y de paso preguntarle si conocía el porqué de que mi progenitor abandonara los estudios que tantos años le habían ocupado. La fama de docto de Heinz tanto en materia escolástica como con la experimentación mágica y la transmutación de los metales, también le había llevado a sufrir la pérdida de valiosos ejemplares, además de su familia. Yo confiaba en que su juicio aunque tal vez mermado por la enfermedad y la senectud, fuera recto, y que su memoria me desvelara aspectos que mi juventud y otras circunstancias me impidieron conocer. Pero pronto mis preguntas serían contestadas, pues con su voz pausada y grave así me relató el viejo lo siguiente:

—"Todo hombre encuentra precisamente el destino que trata de eludir; el hombre es empujado hacia una meta, y pretender huir de ella sirve para acercarle aún más[9]." Con esto quiero decirte, querido Gérald, que tu padre, como sabes perfectamente, se debatía entre la pasión por los descubrimientos y los problemas que éstos le podían acarrear. Profundizó en diversas ciencias que le llevaron al deseo de llegarse hasta el tema de la invisibilidad, la magia de las magias. En ocasiones, cuando yo me llegaba hasta vuestro castillo y pasaba tardes enteras dialogando con él de diversos temas, no me libraba de sus teorías sobre el asunto, y me insinuaba que tenía verdadero interés por dar verosimilitud a lo que Pedro de Apon o Porfirio decían acerca del anillo mágico. Yo no quería dar importancia a aquellas ideas porque por aquel tiempo no creía en ellas, pero más tarde tuve que cambiar de opinión. Por diversas circunstancias y viajes pasaron años hasta que volví a entrevistarme con Johann, así que entendiendo que debía visitar de nuevo a mi viejo amigo, me llegué hasta vuestro castillo para saludarle y reanudar nuestra amistad. Pero cuál no fue mi sorpresa al encontrar que el conde no estaba, que según tu buena madre me contó, llevaba días desaparecido y empezaban a sospechar que alguna terrible desgracia le había acaecido. Iba ya a volverme a casa confundido y preocupado cuando se me ocurrió preguntarle si no había notado ninguna circunstancia extraña, algún hecho en la vida cotidiana que se saliera de lo normal. Estuvo dubitativa unos instantes en los que pensé que respondería negativamente, pero me equivoqué, pues precisamente en esos días en los que Johann había desaparecido sufría de pesadillas y, muchas veces en medio de la noche, le parecía ver en su lecho una depresión, un hundimiento como el que produce

un cuerpo cuando está allí encima descansando. Atribuía aquello a su imaginación, pero estaba ya pensando en cambiarse de estancia para no sufrir cada noche la misma sensación de temor. Me explicó también que algunas muchachas del servicio le habían venido con la historia de que algunas cosas de la cocina cambiaban misteriosamente su lugar, y que incluso echaban en falta algunos alimentos y comidas ya preparadas que de forma incomprensible desaparecían. Después de tranquilizarla como pude y alentarla con la posibilidad de que su marido aún podía seguir vivo, volví a casa con la certeza de que tu padre había hallado la fórmula para volverse invisible pero que, o no funcionaba el antídoto, no deseaba volver por la razón que fuera o había traspasado la barrera hacia otro mundo extraño e irretornable. Con esas tres posibilidades en mi cabeza me dormí aquella noche, pero a la mañana siguiente me encaminé de nuevo hacia el castillo y pedí a la señora condesa que me alojara por unos días, tiempo en que aprovecharía para indagar y examinar el estudio donde trabajaba tu padre. Aunque busqué de forma concienzuda, no pude encontrar nada que me ayudara a descubrir lo que había pasado. Si era cierta mi sospecha de que se había vuelto invisible, necesitaba hallar sus apuntes, las fórmulas que había utilizado; tal vez así pudiera ayudar a mi querido amigo."

"Respecto de la invisibilidad, yo había hallado en viejos manuscritos diversos procedimientos que nunca creí efectivos. Algunas recetas de autores desconocidos hablaban de poner en un saco un corazón de murciélago, dos de gallinas negras y tres de ranas. Éste sistema parecía sencillo, pero para quien no hubiera hallado resultado existía otra propuesta que era la siguiente: Se toma una calavera el día miércoles, antes de la salida del sol, introduciendo en los agujeros de los ojos, orejas, fosas nasales y boca, un garbanzo negro en cada orificio; después se pinta un triángulo sobre el cráneo y se entierra. Luego hay que regar el lugar donde está enterrado durante ocho días. Al cabo de esos ocho días, aparecerá un demonio que preguntará qué hacéis, a lo que hay que contestar: 'Estoy regando mi flor'. Entonces el demonio te pedirá la regadera, tendiendo hacia ella su mano; si se ve en esa mano el mismo signo que se hizo en la calavera, hay que darle la regadera al demonio y él mismo regará la tumba. Al cabo de otros nueve días más en ese lugar crecerá una planta de nabos, y bastará tomar uno de esos nabos en la boca para ser invisible."

"Podía ser este último el método utilizado por tu padre, o tal vez el que recomendaba el sabio Salomón, que creo ya conocerás, pero para ayudar a Johann en su vuelta necesitaba, ya que no encontraba documentos escritos, al menos una señal suya. Pronuncié su nombre en voz alta varias veces, yendo de un lado al otro de su habitación, esperando que de una manera de otra su persona se hiciera presente.

Nada lograba, y dándome por vencido bajé a la cocina para preguntar a las doncellas si de nuevo tenían problemas con la desaparición de las comidas, a lo que me respondieron de forma afirmativa. Aquel hecho me animó, pues hacía que mi teoría renovara fuerzas, además de confirmar la presencia de Johann en el castillo; entonces sólo cabía esperar el instante preciso en que se dirigiera a su estudio y me oyera llamarle. Y con esos pensamientos volví a subir y me senté a esperar hojeando alguno de los libros que allí había. De tanto en tanto decía su nombre en alto y le animaba a dar alguna señal; quería darle a entender que mi intención era ayudarle a regresar con los suyos."

Yo no podía evitar una expresión de sorpresa en mi rostro por todo lo que estaba oyendo de labios del viejo Heinz. Nada conocía de todo aquel singular asunto, y lo atribuí a la época en que yo estudiaba en Italia. Me hallaba de verdad admirado por aquella circunstancia en que mi difunto padre se había encontrado.

—Y en el momento en que había decidido retirarme al aposento que se había dispuesto para mí, una de las lámparas de aceite se apagó de súbito y la ventana se abrió, dando paso al agua que la lluvia de aquella noche traía. Me levanté pare cerrar pero al percibir una mano en mi hombro me detuve en seco. Y era una mano que me transmitía frío y desasosiego. Como mis ideas nunca me han llevado a creer en espíritus que vuelven después de la muerte, me obligué a pensar de una manera bien firme que se trataba de Johann solicitando auxilio. De nuevo dije en voz alta que estaba allí para prestarle la ayuda que necesitara, que juntos podríamos hacer de su vuelta a la normalidad todo un éxito, aunque a estas últimas palabras no pude inflingirles demasiado convencimiento."

"Le pedí que me indicara dónde tenía sus apuntes para hallar el método que había empleado, pero no obtuve respuesta por el momento. Permanecí en aquella habitación por espacio de una hora sin recibir ningún otro tipo de señal hasta que me venció el sueño y me retiré a descansar. Ya amanecía cuando sintiendo una presencia cerca de mí abrí los ojos y descubrí unos papeles con la letra de mi querido amigo. Allí se hablaba del método empleado para su experimento, que al parecer se trataba de un anillo astronómico de los que hablaba el sabio Salomón en sus escritos. El procedimiento para la vuelta al estado corpóreo era bien sencillo, pero por lo visto, y así me lo decía mi intuición, dicho anillo se había extraviado y la transformación no podía llevarse a cabo. Intuyendo que se hallaba a mi lado le dije que esa misma mañana empezaría a buscar, que no debía andar muy lejos si es que se le había caído por cualquiera de las estancias en las que habría deambulado."

Ante mis ojos y mis oídos asombrados, el maestro Heinz continuó

explicándome cómo se confeccionaba un anillo mágico:

—Decía Salomón que en la naturaleza existen unas potencias muy grandes, y que las estrellas influyen sobre los metales, por lo que es posible la fabricación de unos anillos que dan poder a quienes los poseen. Hay que tomar pues, oro y hierro en igual cantidad, que se fundirán juntos hacia el veinticuatro de julio un domingo en hora de sol. Hecho lo cual, esperarás hasta el mes de marzo siguiente para grabar o mandar grabar, en día y hora de Marte, encima de dicho anillo, los símbolos correspondientes al fuego, al agua, al aire y a la tierra.

"Y en el mismo día y hora de Marte, harás engastar en el chatón un poco de la hierba denominada heliotropía, y de la llamada acónito, con un poco de piel de león y de lobo, un poco de pluma de cisne y de buitre, y por encima de todo, una piedra denominada rubí. Luego, volviéndote hacia el lado occidente y de rodillas, invocarás a los ángeles Michael, Cherub, Gargatiel, Tariel, Tubiel, Bael, los Silfos, Camael, Phaleg, Samael, Och y Anael. Después de lo cual lo incensarás con estoraque y almizcle y lo envolverás en una piel de león. Hecho todo lo cual, solamente lo llevarás en verano y, en un domingo o martes en día y hora de Marte, lo tomarás al tiempo de volverte hacia el lado de occidente."

"Gérald, te explico todo este procedimiento no para que vayas corriendo a realizarlo, sino para que conozcas que la magia puede llevarte a caminos insospechados si desconoces ciertos métodos."

"Encontré finalmente el anillo perdido y devolví a tu padre su forma corpórea, pero desde su vuelta a la normalidad no se dedicaba sino a sentarse taciturno delante del fuego y meditar. Nunca supe si su invisibilidad le había llevado a explorar otro mundo, pues no quiso revelarme absolutamente nada y nada parecía poder sacarle de su estado meditabundo. Sólo vuestra madre conoció la verdad del asunto, y para el resto quedó como un misterio imposible de resolver. Espantada por lo que hubiera podido ocurrir si yo no hubiera intervenido, le rogó que nunca más se inmiscuyera en los asuntos de la magia, que el diablo tenía parte en ella, que corrían tanto peligro de muerte como el ser denunciados a la Inquisición. Y paulatinamente, Johann fue abandonando todos sus trabajos, relegando a una cámara subterránea sus notas, instrumentos y sustancias mágicas para tiempo después quemarlas."

Así que aquella era la verdadera razón por la que mi padre abandonó todo y me emplazó a no seguir por una vía que podía traerme disgustos y preocupaciones. Mi negativa le obligó a alejarse de mí como ya he contado, abandonándome a mi propia suerte.

Habiéndome explicado todas aquellas cuestiones durante largo rato,

el maestro Heinz me pidió que regresara en otro momento para continuar nuestra conversación. Se hallaba demasiado cansado para escuchar mis preguntas y tener que pensar en respuestas que temía no expresar con demasiado acierto. Me dispuse entonces a marchar, pero antes de abandonar la habitación me pidió que si volvía al día siguiente fuera tan amable de traerle una botella del vino que guardábamos en el castillo. Dijo que los médicos le habían prohibido beberlo, así como tampoco podía consumir cerveza ni carne roja. Me dio lástima el tono con que me volvió a pedir el favor, por eso le prometí que lo haría con la condición de que sólo se bebiera una copa cada día. El vino hacía buena la sangre, decía él con convencimiento, y yo estaba de acuerdo, pero tampoco era cuestión de someter a demasiados excesos a un cuerpo como el suyo, achacoso y débil.

CAPÍTULO XIII. En que una nueva conversación con el maestro Heinz me lleva a aprender ciertas cuestiones acerca de la felicidad, de los sabios y del elixir.

A la mañana siguiente me encaminé de nuevo hacia la casa del maestro para encontrarlo ya incorporado en su lecho, esperando mi visita. Le enseñé la botella de vino y sus ojos se animaron de súbito. Alargó su mano y cogió con dedos ligeramente temblorosos la base del recipiente. Dijo que seguiría mi consejo de beber cada día un poco, y que la escondería entre sus mantas para que nadie la descubriera. A los ancianos les encanta tener secretos con los que guardar una pequeña relación con la infancia. Dicen que cuando se alcanzan los últimos años de nuestra vida el comportamiento se asemeja en ocasiones al de los niños, y que por esa razón los que asistimos a esa exhibición debemos condescender y no juzgar con severidad.

Heinz me señaló un libro que había sobre un arcón bajo la ventana pidiendo que se lo acercara. Así lo hice y pude ver que era el *Parzival*[10], que según me contó era una de sus obras preferidas, pero que como le ocurría con casi todos los libros ya no podía apreciar de forma adecuada pues su vista estaba muy deteriorada, cosa que le hacía lamentarse muy a menudo. Había perdido además los vidrios que le mejoraban la visión, y el descuido, unido a la certeza de que pronto le llegaría la muerte, le habían impedido hacerse fabricar otros. Le advertí de la necesidad que tenía de aquellas lentes, pues la certeza de la muerte nadie podía tenerla por segura, y de todas maneras no debía dejarse vencer por la lasitud y seguir con sus aficiones, que sería lo que le daría ánimos para afrontar los nuevos días que aún le quedaban por vivir.

Ante mis palabras rió con una carcajada que pronto se mezcló con un acceso de tos. Le acerqué agua para que bebiera y se aclarara la garganta mientras él me miraba con ojos afectuosos y amables. La corriente de simpatía era evidente entre los dos, y mientras carraspeaba le agradecí todo aquello que me había explicado el día anterior, pues me ayudaba a comprender la actitud de mi padre, a conocer su miedo por continuar experimentando. Asintió y aclaró que a pesar de no estar de acuerdo lo comprendía, por eso se resignó a que la amistad con él se resquebrajara, pues mi padre no quería saber ya nada de todo lo que tuviera alguna cosa que ver con las ciencias que

había estudiado. De todas formas, poco podían haber cultivado a partir de entonces su afecto, puesto que pronto vendría la precipitada marcha de mi padre hacia Munich.

Pasó entonces el viejo maestro a preguntarme por mis propios descubrimientos en el campo de la alquimia, y le expliqué paso a paso mi discurrir por la tierra de la experimentación haciéndolo con la misma pasión como si hablara con mi alma gemela. El fluir de cordialidad y entendimiento en aquella habitación era notorio y podía dar rienda suelta a teorías, suposiciones y conjeturas sin temor a ser reprobado o censurado. Él me escuchaba con atención y asentía de vez en cuando, comprendiendo perfectamente mis explicaciones. En cierto modo fue como un desahogo, como declarar a un confesor todos los pecados cometidos, pues también pasé a relatarle desde los oscuros aspectos de mi carácter hasta cómo retuve a Clarisa en mi castillo. A veces veía asombro en sus ojos, pero nunca reproche, pues tal y como me comentó después, él también había tenido esas oscilaciones de personalidad aumentadas en períodos de escasa productividad intelectual. Estaba claro que seguía la teoría epicúrea y no la estoica, puesto que estaba de acuerdo conque uno tenía que mostrarse proclive a la clemencia, pues "*el sabio castigará a sus siervos a veces, pero siempre estará dispuesto a sentir compasión y a perdonar*". Y precisamente pasamos a hablar de quién podía considerarse sabio, y si nosotros podíamos o no incluirnos entre ellos. Estaba claro que el sabio tenía que caracterizarse por su autodominio, su felicidad, su sencillez y su alejamiento de la política. Era difícil tratar de llegar a buenas conclusiones, puesto que las dos escuelas de las que me hablaba Heinz y aunque tenían rasgos genéricos comunes, se destacaban por líneas notoriamente opuestas. Y de aquella conversación se derivó la definición de la felicidad. ¿En qué consistía? ¿Quién podía considerarse un hombre feliz?

Según Epicuro, la felicidad consiste en la consecución del placer sabiamente administrado juntamente con el alejamiento del dolor; así, la ley fundamental de la naturaleza es la búsqueda del placer. En cambio, para los estoicistas, vivir de acuerdo con la naturaleza es vivir de acuerdo con los dictados de la razón. Todo está determinado y nada puede hacerse para cambiar el rumbo de los acontecimientos. El necio que se rebela contra el destino sólo consigue desesperación y sufrimiento. La verdadera sabiduría, consiste pues, en aceptar el destino, ya que el universo está regido por Dios, y el destino es providencia.

Y entrados en materia, salió a relucir la noble personalidad de Epicteto, que pedía al estoicismo no una vida tranquila, sino la libertad, la independencia absoluta del alma. Él, que habiendo sido esclavo[11] había sido terriblemente desfigurado por su señor

Epafrodito. Con fría crueldad torturaba e iba retorciéndole la pierna a su siervo, mientras éste sólo le decía: "¡Mira que la romperás!" Cosa que finalmente sucedió, por lo que el esclavo añadió: "¡Ya te lo dije!"

Comentando estas dos vertientes llegamos a la conclusión que estábamos en desacuerdo con la segunda, pues el hombre no debía dejarse vencer por el destino ni por la adversidad; no debía resignarse a sus males. Aunque estaba claro que el no resignarse tampoco traía la felicidad, aún al contrario, pues aportaba mayor desaliento.

En nuestra conversación hubo lugar también para Aristóteles, que consideraba que la felicidad tenía que consistir en algún tipo de actividad, excluyendo la identificación de la felicidad con el placer, pues éste no es una actividad sino una sensación que acompaña a ciertas actividades placenteras. Esa actividad tenía que estar conforme a las facultades propias del hombre, y puesto que en el hombre existen diversas capacidades tanto físicas como psíquicas, había de tratarse la aptitud más perfecta de cada cual. Esa actividad que nos traería la felicidad sería una que se buscara por sí misma y no como medio para conseguir otra cosa, excluyendo así saberes de tipo práctico, ya que ésos no se buscan sino en función de la acción y sus resultados.

En las creencias de Aristóteles nos hallábamos más cómodos, pues así entendíamos cómo muchas artes no proporcionaban felicidad a quienes las estudiaban o practicaban. Así como en la alquimia, como en otras, la persecución de un resultado nos hacía seres nerviosos, impacientes por la no-consecución de nuestros deseos. En nuestra ciencia, entonces, no debíamos buscar la felicidad. Por consiguiente, ésta podía hallarse en los afectos, llámese a estos, amor o amistad; también en la lectura, en la contemplación de la naturaleza, en la risa. Aunque era triste el hecho de pensar que aquello con que últimamente ocupaba mi tiempo no podía traerme la verdadera dicha, y de esa cuestión discutimos, puesto que ambos nos habíamos dedicado a ella. Él, debido a su senectud y su enfermedad ya había abandonado todo estudio, y decía que moriría sin haber conseguido la transmutación del metal en oro. En cierta manera se hundía en sus propios y pesimistas pensamientos que le llevaban a calificarse de poco apto para aquella ciencia. Aunque sabía que eran escasos los elegidos para la consecución final de la *lapis philosophorum*, él se consideraba digno del éxito que ello conllevaría. Aunque, claro estaba, poco podía hacer ya debido a la cercanía de la muerte.

Me habló de Roger Bacon, aquel franciscano muy interesado en los problemas científicos de la naturaleza, no ajeno a la alquimia y por ello, como todos los que nos dedicábamos a ella, sospechoso de brujería, magia y tratos con el diablo. Había referido en una de sus obras que la vida podía ser alargada sobremanera mediante un elixir integrado por los siguientes ingredientes: una materia que está

calentada en cuarto grado y que flota en el mar, una materia que flota en el aire y es arrojada por el mar, una materia que se siembra en la India y que se encuentra en las entrañas de antiquísimos animales y dos serpientes que constituían el alimento de los habitantes de Tiro y Etiopía.

Aquel complicado simbolismo hacía difícil descifrar el contenido de la sentencia, pero Heinz tenía sus propias teorías al respecto que pasó a explicarme. Rebatí algunas y estuve de acuerdo con otras, y entre charla y charla se nos iba pasando el día. Entre la hora sexta y la nona su criada nos trajo de comer. En una bandeja traía los alimentos que serían para su amo: caldo y pescado. Para mí hice que dispusiera una pequeña mesa que había en la habitación, pues quería comer allí mismo para seguir nuestra conversación. Comentó la muchacha que desde mi visita en el día anterior el viejo maestro se hallaba mucho mejor de ánimo, y que incluso el decaimiento que había mostrado los últimos días parecía haber desaparecido por completo. Llevándome aparte me contó que hacía ya mucho tiempo que su señor no recibía a nadie y que la soledad, el no poder compartir ideas, el no poder trabajar ni leer, estaban consumiendo a marchas forzadas la vida de aquel anciano. Pensaba la sirvienta, y creo que con mucho acierto, que su enfermedad no era del cuerpo sino del alma, y que bien pudiera tratarse de postración, de abatimiento. Sus palabras me hicieron pensar en que también pudiera tratarse de acidia, que Santo Tomás definió como cierta tristeza por la que el hombre se hace tardo a las obras espirituales, a causa de la fatiga corporal.

Lo verdaderamente cierto es que hasta mi llegada, el maestro Heinz se había abandonado por completo a la idea de dejar este mundo. Abrazaba con afán la idea de que pronto marcharía y descansaría; fuera en las tinieblas o fuera en el paraíso, pero descansaría bien lejos de este mundo. Al entender que mi presencia le hacía bien, así como sus ideas me hacían bien a mí, le propuse que entre los dos lograríamos la piedra, y que si yo podía usar las manos y la vista él podía usar su cerebro, que no por viejo era menos eficiente. Trabajaríamos por una idea en común que seguro al final nos reportaría grandes beneficios y alegrías.

Él ya había él terminado su comida, y haciendo a un lado la bandeja me sonrió levemente y me habló de su temor a que entonces le llegara el fin demasiado pronto. En las últimas semanas había deseado morir, había deseado que la peste que se había manifestado en las calles hubiera entrado por su puerta y se lo hubiera llevado. No tenía ya nada por lo que luchar en esta vida y ni su imaginación ni el aliento que aún sentía latir eran lo suficientemente fuertes como para hacerlo levantar del lecho e ir a visitar a algún antiguo alumno o tal vez algún colega. Nada tenía sentido para él, y menos aún si

recordaba sus libros quemados y la pérdida de su mujer y de su hija. Pero mi llegada había constituido una sorpresa, le había traído recuerdos de mi padre, recuerdos de la magia, de sus propios experimentos. En mi primera visita un ligero asomo de entusiasmo le había hecho dormir esperando el mañana, y aquel día había amanecido con un buen puñado de perspectivas y aliento. Y entonces me confesó que tenía miedo de que habiendo deseado la muerte y, justo ahora que ya no la necesitaba tan urgentemente, viniera a por él sin previo aviso. Pero yo no tomé demasiado en cuenta sus palabras y le prometí que juntos venceríamos, que le visitaría una vez o dos por semana para seguir comentando los avances o las nuevas ideas que surgirían. Se animó, sí, pero entonces vino la pregunta clave: Si dábamos con la piedra y obteníamos entonces el elixir, ¿lo tomaríamos? ¿Estábamos dispuestos a vivir año tras año hasta el final de los tiempos? ¿O sólo viviríamos hasta cansarnos, para después dejar de tomar la panacea? Parecía bastante claro que quien la tomara mejoraría su aspecto, y si era anciano se volvería joven y fuerte, y si era ya joven y fuerte mantendría ese cuerpo, ajeno a partir de entonces a las enfermedades.

Era una gran responsabilidad, un gran reto. Convertir el plomo en oro podía proporcionar más riqueza y prestigio, pero mantenerse perpetuamente joven podía traer algunos problemas de difícil resolución. Uno de ellos era, naturalmente, la convivencia con las demás personas, a partir de entonces denominadas mortales. Heinz nos imaginaba a los dos como dioses, sólo a merced de un elixir que iríamos tomando, viendo como pasaban los años y las gentes, viendo pasar los lustros, los decenios, los siglos. Veríamos guerras y paces, plagas y períodos de bonanza. Veríamos el transcurrir del tiempo y nada nos detendría en nuestras investigaciones, fueran del tipo que fueran, pues el tiempo jugaría a nuestro favor. Tiempo y tiempo. El concepto así expresado, en toda su vastedad, se nos hacía extraño y difícil de entender. Por un momento, los dos, en aquella habitación poco aireada, nos imaginamos nuestras vidas perpetuas, nuestros cuerpos jóvenes y sanos para siempre. Compartimos la idea de que tarde o temprano tendríamos que marchar del país, puesto que sobre todo en su caso, se haría clara para los ignorantes e inquisidores una intervención del diablo. Su cuerpo, que habría sufrido una transformación estremecedora, sería objeto indudable de sospecha, en realidad, un verdadero problema. Y en mi caso, éste podría llegar más tarde, pero llegaría al fin y al cabo. Así pues tendríamos que irnos a dónde nadie nos conociera, viajar de un país a otro, puesto que pasado un cierto tiempo las sospechas volverían a cernirse sobre nuestra misteriosa juventud. Nuestra elección tenía que ser clara. O escogíamos huir de un lado al otro del mundo, con las ventajas y

desventajas que ello nos podía aportar, o asumíamos la responsabilidad de que llegados a un cierto punto, cada uno decidiría cuando era el momento adecuado para morir.

Todas aquellas suposiciones nos llevaron a la duda, pero finalmente decidimos que una vez hallada la piedra ya se vería qué hacíamos con nuestras vidas. No era cuestión de preocuparse entonces por algo que todavía no había llegado y no sabíamos de cierto si algún día lo haría. Y como ya la jornada se había hecho oscura, me despedí prometiéndole que volvería a verle a finales de semana. Cabalgué hasta el castillo con un ánimo diferente, con la alegría de haber encontrado un amigo.

CAPÍTULO XIV. En que consigo unas lentes para Heinz y medito en la venganza contra el gobernador de Deggendorf.

El recordar que el viejo maestro Heinz prácticamente ya no podía leer por haber extraviado sus lentes, me hizo pensar en un menestral que se dedicaba a fabricar aquella clase de vidrios que, aunque no muy usuales, podían ser muy útiles a personas que veían mermada por diferentes causas su capacidad de visión. Lo visité una mañana y le pedí que me facilitara unas cuántas muestras para que Heinz se las probara y decidiera cuál iba mejor a sus ojos. Así lo hizo éste, y una vez escogido el cristal más adecuado hice que el menestral lo insertara en un soporte cómodo que yo mismo tuve que adaptar a la cara del anciano. A partir de entonces pude tener ante mí a una persona que no temía el futuro, puesto que éste se le presentaba con un cariz claro, amable y provechoso. Podría volver a leer obras que empezaba a olvidar, podría dedicarse de nuevo al estudio de sus diferentes manuscritos alquímicos. Era consciente de que su biblioteca no era ya la misma, pues desde que había sido condenado a quemar con sus propias manos libros que se habían juzgado impíos, no había adquirido más que unos cuántos, pero unos cuántos que volvería a estudiar con ahínco. Tal vez se animara a invertir sus pequeños ahorros en la compra de algún ejemplar, y me decía que a veces se imaginaba estirando algún pergamino y escribiendo en él con letra depurada, atreviéndose con algunas miniaturas como cuando era joven. Mucho me alegró aquel cambio, puesto que conllevaba una mejora en su capacidad de respuesta llegado el momento preciso.

Las visitas al anciano fueron intensificándose como era de prever. Su figura era como la figura modélica que había deseado ver en mi padre, pero sin sus aprensiones y dudas extrañas. Conociendo ya lo acontecido hacía unos meses en mi castillo y mis sospechas del propio gobernador, comentó que bien pudiera estar yo completamente acertado en aquella desconfianza, ya que su doncella en ocasiones le había explicado cosas que no le habían gustado nada. Se rumoreaba que traficaba con oro y que tenía a sus órdenes a unos hombres que limaban delicadamente las piezas para recuperar el polvo precioso y refundirlo enseguida. Otros rumores que también le afectaban eran que colaboraba con la Inquisición para beneficiarse monetariamente, y que contrataba a hombres para espiar a quienes él consideraba dignos

de reprobación. Con esas explicaciones bien podía yo entender mi caso, así comprendía el daño que se me había causado aprovechando el momento más preciso y oportuno gracias a los merodeadores que habrían conocido la existencia de libros valiosos en mi castillo. Era digno de náusea el intentar comprender el ansia de dominio de aquel hombre, su envidia, su corto entender. Él, que acusaba a estudiosos de comerciar con el demonio, ¿cómo podría calificarse a sí mismo? ¿De justo, de honrado con la moral cristiana? Náuseas sí, era lo que sentía yo pensando en la bajeza, en el servilismo y la ignominia que en aquel individuo bien se destacaban, alejadas de todo sentido común y conocimiento verdadero.

Algo tenía que hacerse al respecto. Tenía que pensar en un castigo para vengar mi ánimo herido. Muchos malvados había en la tierra, muchos había que merecían un escarmiento por sus injusticias, pero quien estaba más al alcance era el gobernador Haagen, en quien pensé concentrar todos mis pensamientos resentidos. En realidad tratábase de un vil lacayo de los poderosos clérigos que trataban de dirigir el mundo, y no merecía más consideración que la del desprecio. Pero la cosa no iba a quedar ahí. Pensaría en algo que le provocara igual o mayor daño que el que yo sentí ante la pérdida de mis libros, y por ello debía conocer su pasión, su punto débil, siendo la única condición para ello el conocerle con detenimiento. Mi plan tenía que resultar perfecto, y para ello debía trazar una serie de líneas a seguir.

En primer lugar tenía que conseguir una buena excusa para visitarle de nuevo, pues hacía escasos días de nuestra entrevista con objeto del auge de mi castillo, pero ésta misma razón hacía derivarse a otras muchas y alguna válida encontraría. El verdadero asunto era hacer que se disiparan absolutamente todas sus dudas hacia mí, que me invitara a su hogar, que confiara poco a poco en mí, y si era necesario recompensarle económicamente seguro lo haría sin vacilar. Pero estaba claro que ni por un momento debía olvidarme del verdadero motivo que me llevaba allí, así pues tenía que procurar conocer su talón de Aquiles para poder acertar en mi particular represalia.

CAPÍTULO XV. De las dos hijas del gobernador Haagen.

Una de las cuatro piedras que Dios regaló a Salomón era la esmeralda, símbolo de la inmortalidad, el continuo renacimiento de la tierra. Ya Arnau de Vilanova recomendaba a los reyes colgar del cuello de sus hijos recién nacidos una de esas piedras, eficaz remedio contra el mal llamado epilepsia, y de ella también hablaría Konrad von Megenberg. El sabio Hermes Trismegistus había escrito su tratado en una tabla de esmeraldas, la Tabula Smaradigna, e incluso había quienes decían que el Santo Grial había sido construido con una esmeralda tomada de la corona de Lucifer. Asimismo había otras muchas piedras que parecían tener un secreto poder, como la calamina y el zafiro, que contaban curaba úlceras.

En antiguas culturas, cuando surgía un dolor, era costumbre frotar la parte dolorida con una piedra o con hierbas y luego dejar éstas en el camino para ver si el que pasaba por allí las cogía y se llevaba con ellas el dolor. Los romanos y los griegos practicaban a su vez un ritual para curar la fiebre que consistía en recortar las uñas del enfermo y pegar los fragmentos con cera en la puerta de la casa del vecino con la aviesa intención de transmitirle la fiebre. Y aunque éste método pudiera parecer bárbaro y malintencionado, lo cierto era que como con todas las supersticiones funcionaba para provecho de quien la promovía.

El mundo estaba, y está todavía, lleno de idolatría y fetichismo, lleno de mitos y pleitesías, y tal vez por ésta razón me gusta recordar la época en que yo era joven y creía en muchas cosas que ahora ya he olvidado o desechado por caducas o infecundas. Tantas eran las creencias erróneas que existían, que en muchas ocasiones no podía evitarse que se impregnaran en las almas de los que como yo estábamos abiertos a múltiples creencias.

El gobernador Haagen era una persona instruida pero poco inteligente; de ello pude dar fe en las siguientes ocasiones en que nos entrevistamos. Como golpe de efecto, decidí sorprenderlo con lo siguiente: Dado que la peste no remitía y el miedo empezaba a crecer en cada uno de los miembros de su familia, le propuse instalarse en una de mis propiedades, no demasiado lejos de mi castillo. Me ofrecí además a facilitarles algunos de mis hombres para un mejor y más rápido traslado, y en poco tiempo pudieron dejar su casa en la ciudad

para aspirar el mejor aire que les podía proporcionar el contacto directo con la naturaleza. Bastantes fueron los privilegiados que abandonaron las ciudades y evitaron ser incluidos en las listas de muertos que iban creciendo en ellas. La ignorancia, como era natural, les llevaba a creer cada vez más firmemente en que la mano del demonio se había posado en aquel aire irrespirable e infecto, y que muy pronto cualquiera de ellos sería un nuevo elegido para decir adiós a las penurias terrenales.

Una vez instalado con sus dos hijas, de quien por cierto pienso hacer una descripción detallada por la singularidad de sus caracteres, vio que mi compañía era agradable y agradeció mis frecuentes visitas. Cazamos juntos y le introduje en el arte de hacer volar halcones. Compartimos comidas y conversaciones, pero éstas casi siempre derivadas hacia temas que a él le interesaban, pues era un hombre de los que el hecho de escuchar a otro demasiado tiempo le provocaba un soberano aburrimiento y no entendía que era él quien provocaba sopor. Dediqué muchos días al gobernador, que poco trabajo tenía por aquella época debido a la gran mortandad que se iba sucediendo, y así fui conociendo su carácter, su forma de entender el mundo, y aunque, como era natural, no estaba de acuerdo con su parecer, le daba la razón para ganarme plenamente su simpatía. No sé porqué motivo el destino me llevaba a realizar aquella clase de sacrificio, pero lo cierto es que creo que hice un buen papel en la obra de teatro que yo mismo iba ideando. Muchas noches me acostaba con la idea de que a la mañana siguiente estallaría y haría pagar a aquel desgraciado la desaparición de mis preciados libros sin más preámbulos que una pequeña explicación, y en una ocasión llegué a soñar con su muerte, una muerte provocada por mis manos, pero al despertar me sentí indigno. Tenía que comprender que la violencia no era el método adecuado y que si hasta el momento había podido fingir perfectamente una amistad que no existía, bien podía continuar algún tiempo más hasta lograr mi objetivo.

En las ocasiones en que me llegué hasta su residencia había podido observar a Eleanora y a Gertrud. En los días soleados las jóvenes hijas de Heinrich Haagen cosían y bordaban en el patio, acompañadas de los extraños sonidos que salían de la garganta de un pájaro exótico enjaulado. Tal vez aquel animal de vivas y coloreadas plumas proviniera de Persia o de otras de las lejanas tierras que había explorado Marco Polo, pero no tuve la inquietud de preguntarlo y siempre me quedará la duda de su procedencia. Así pues, mi llegada era recibida por aquellas dos criaturas que nada más verme aparecer se levantaban de sus asientos y venían a mi encuentro. Gertrud era más bien tímida y dejaba hacer a su hermana, que me acompañaba hasta el salón explicándome hechos banales que a nadie podían

interesar pero que en su vida escasa de emociones constituían su única distracción. Mi presencia parecía alentar su ánimo, y aquel rostro bien poco agraciado que tenía se iluminaba dándole un aspecto que llegaba a alcanzar el calificativo de gracioso y simpático. Pronto entendí que su interés hacia mí iba más lejos de la novedad y la presencia de un invitado. Su espíritu se consideraba digno del mío, y mis escasas atenciones para con ella eran tomadas como verdaderas ofrendas exagerando el tono y la intención.

Por otra parte, y con un aspecto menos agraciado aún que el de su hermana mayor, estaba Gertrud. Su rolliza figura la hacía comportarse como un temeroso animalillo de huidiza mirada. Y si Eleanora me entretenía hasta la llegada de su padre, ella nos seguía sin decir ni una sola palabra. Si tomábamos asiento junto al fuego ella se sentaba también y podía encontrarme en ocasiones con sus ojos que enseguida escapaban de los míos. Si Heinrich llegaba pronto, le cedía su asiento y se retiraba con su caminar pesado y torpe. Siempre pensé que se sentía desgraciada por poseer aquel cuerpo nada favorecido, y que en su imaginación deseaba ser diferente y enamorar a algún buen mozo. Su padre aún no había concertado su casamiento, pero tarde o temprano lo haría y seguramente con alguien que no sería del agrado de la joven Gertrud. Aquella muchacha de ojos tristes que contaba por entonces trece o catorce años vivía atrapada en un cuerpo que no deseaba y en unas costumbres que contemplaban en pocas ocasiones el matrimonio por amor. Esa particularidad provocaba comportamientos anómalos, y cualquier hombre al cual las mujeres como ella se sintieran mínimamente atraídas se convertía en objeto de su pleno deseo y devoción.

En aquel caso, y para las dos hermanas, lo fui yo. Nadie se percató de aquel secreto amor, ni Heinrich ni creo que ninguno de sus servidores. Pero mi intuición no me fallaba a aquel respecto porque fui el destinatario de dos sendas cartas en las que se reflejaban los distintos afectos que Eleanora y Gertrud por mí profesaban.

Me estaba involucrando demasiado en sus vidas. La única y verdadera razón por la que yo fingía amistad por el gobernador era la aviesa intención de dañar a quien a mí me había dañado, sólo esa, y por el contrario, aquella circunstancia se iba tornando complicada, con secretos aprecios y la manifiesta amistad que Heinrich me profesaba. El hecho de que a él no le constara que yo suponía su culpabilidad, seguramente le producía malestar y remordimiento. En su interior se debatiría entre la sanción a aquel conde sospechoso de tenencia de libros herejes y entre el conde que había sabido resurgir de sus propias cenizas y obsequiarle con su simpatía. Podrá parecer extraño este afecto que me profesó de forma repentina, pero siempre he creído que su inicial amabilidad estuvo condicionada al miedo que

tenía a la posibilidad de que yo practicara algún tipo de magia y la pudiera usar contra él. Más tarde olvidó sus aprensiones y me consideró digno de confianza, cosa que me sería sumamente útil para hallar su punto débil. Pero aquel afecto que me profesaban sus hijas iba a dificultar mi propósito.

Por el contenido de las cartas que recibí pude darme cuenta que ninguna sospechaba de la rivalidad de la otra, así como que ambas ignoraban la presencia de Clarisa en mi vida. Parecía ser que su padre no les había hablado de ella, a quien naturalmente conocía por haber cenado con nosotros en el castillo en alguna ocasión. Por lo tanto, la ingenuidad de las dos jóvenes las llevó a un gran equívoco en cuánto a mí y a mis visitas, que ambas creyeron fruto de mi inclinación hacia ellas. El hecho de que mi comportamiento fuera cortés en todo momento añadido a sus imaginaciones desbordadas, dio lugar a un aluvión de correspondencia y a un sinfín de detalles para con mi persona.

En ocasiones me encontraba con que el postre de mi comida había sido enviado como presente por una de aquellas criaturas, o recibía pequeños poemas que habían escrito con descuidada e irregular letra, puesto que su poco talento no se había inclinado por aprender las artes que hacían cultas y deseables a las mujeres. No habían sido enviadas a estudiar a un convento más que unos pocos años, requiriéndolas pronto su padre a su lado considerando que habían aprendido lo suficiente y que la demasiada inteligencia afeaba a las mujeres.

Clarisa iba conociendo todas aquellas situaciones y nada objetaba, aunque con el pasar de los días vi un ligero velo de celos en sus ojos. Conocía por mí el poco atractivo de las dos hermanas, pero también sabía del tesón propio de las mujeres, y que si se empeñaban en algo bien podían conseguirlo. Observó además que el amor venía por los caminos más insospechados y que uniones más extrañas se habían visto.

Naturalmente, rebatí su opinión insistiendo en la nula fascinación que yo sentía por Eleanora o por Gerturd, pero no logré que cediera en su idea. Veía peligrosas mis visitas e incluso llegó a amenazarme de desvelarles su presencia con el consiguiente escándalo por parte de las jóvenes, que enseguida retirarían su afecto y me enemistarían con su padre. Pero no hizo falta que los celos de Clarisa dieran al traste con aquella situación, puesto que fue el mismo Heinrich quien les comentó a sus hijas la belleza de la que era mi esposa. Lo hizo en una ocasión en que tras una buena jornada de caza denegué su invitación a cenar con ellos, por lo que entre risas comentó que era natural para cualquier hombre el querer regresar pronto a su castillo para encontrarse con una hermosa mujer.

Aquellas palabras cayeron como mazas sobre las jóvenes, que se disculparon con cualquier excusa y, primero una y luego la otra, se retiraron a toda prisa a sus habitaciones. Aquel comportamiento sorprendió a Heinrich, que se disculpó en su nombre aduciendo alguna indisposición. Se acabaron así las cartas y las notas por sorpresa; se acabaron los pequeños obsequios y sus sonrisas a mi llegada. Ambas se refugiaron en sí mismas para calmar el dolor que les había causado. Yo, que me había querido ganar su afecto para hallar el camino hacia el conocimiento de las debilidades de su padre, quedaba de momento apartado por aquel frente.

Pasaron muchos días. Días en los que me ocupé de revisar las labores de mis campesinos, y de tanto en tanto visitaba al maestro Heinz, a quien mi compañía le hacía mucho bien puesto que nuestras conversaciones, que giraban en torno a diversas ciencias y artes, agilizaban su mente, cosa que a la vez daba vigor a su cuerpo. Se levantaba ya de su cama y daba algunos paseos por su propiedad, aunque no demasiados porque, según me habló, también creía que aquella peste que inundaba la ciudad provenía del aire, que ya de ello habían hablado Tucídides y posteriormente Lucrecio.

CAPÍTULO XVI. En que Heinz dejó Deggendorf para vivir en mi castillo.

La creencia de que los gérmenes estaban en el aire era bastante común y de lejanos orígenes. El mal estaba, pues, en el cielo y en el agua también, por eso muchos viajeros temían su consumo en otras tierras que no eran las suyas de origen. Las corrientes transportaban las enfermedades de un lado a otro del mundo y la lluvia infectaba los campos y los frutos, e incluso el ganado. Por esa razón Heinz procuraba salir lo menos posible de casa, cosa de la que yo abominé, por creer impropia. Ya había yo expuesto mi teoría de que el mal provenía de algún animal infectado y que nuestra falta de higiene hacía empeorar las cosas, pero las antiguas creencias podían siempre más que las novedosas y más aún con la dificultad de convencer a un anciano como él. ¿Cómo iba a proponerle el hábito de bañarse al menos una vez por semana? ¿Cómo iba a convencerle de que era necesario airear su habitación más a menudo y cambiar algún otro de sus malos hábitos? Su mente estaba abierta para las teorías científicas, para las discusiones metafísicas y obscuras, pero su cuerpo se arraigaba en costumbres antiguas e insanas, como tantos otros.

Viendo que no había forma de persuadir al viejo Heinz y empezando a pensar en que mis visitas podían entrañar algún riesgo para mi propia salud, le propuse venir a vivir a mi castillo, donde dispondría de una amplia estancia y de todo tipo de atenciones. Yo mismo salía beneficiado con el cambio, ya que me ahorraba el viaje a la ciudad y las ocasiones de encontrarme con las procesiones y los carros colmados de víctimas de la epidemia. Cuando se lo propuse pareció dudar un instante, pues dejaba la casa donde había nacido y crecido, pero la opinión de que el aire del campo era mejor que el de la ciudad le convenció para hacer la mudanza. No tenía más enseres que llevarse que sus pocos libros y unos viejos arcones cerrados que contenían sus bártulos para la práctica de la alquimia. Días después, y con la conformidad de Clarisa en cuánto a mi propuesta, Heinz despidió a su doncella y cerró su casa. Por el camino hacia el castillo fue explicándome cómo había sido la peste de Atenas que describió Lucrecio, y que tanto me distrajo como me hizo reflexionar hasta la llegada, pues fue una de las peores pestes que ha vivido la humanidad.

"…Muchos cuerpos, derribados por la sed y revolcándose por las calles, yacían postrados junto al caño de las fuentes, ahogados por el exceso de la dulce bebida. A muchos también hubieras visto arrastrar sus lánguidos

miembros, medio muertos por las calles y lugares públicos, y morir horribles, cubiertos de hediondos andrajos y de suciedad, con sólo la piel sobre los huesos, sepultados ya casi por las llagas y la podredumbre…”

CAPÍTULO XVII. Del amor y del odio.

Si Amor no es, ¿qué es lo que yo siento?
Y si Amor, por Dios, ¿hay nada igual?
Si es bueno, ¿de dónde viene el efecto áspero y mortal?
Si es malo, ¿por qué es dulce su tormento?

Si ardo de agrado, ¿por qué me quejo y lamento?
Si a disgusto, ¿lamentarse de qué vale?
Oh viva muerte, oh deleitable mal,
¿Cómo me torturas tanto, sin consentimiento?

Y si te consiento, sin razón tengo pena.
En medio de los vientos, en una frágil barca,
me encuentro en alta mar, sin gobierno,

tan vacía de saber, de error tan llena,
que ni yo sé que quiero: lo incierto me marca;
y tiemblo en pleno verano, ardo en el invierno.[12]

Llegó el día en que festejamos mi aniversario. Nacido bajo el signo de *Scorpius* cumplía treinta años por aquellas fechas que anunciaban el invierno del año 1.349. Y seguía obsesionado con la idea de la muerte, por desafiar al destino. Me gustaba enfrentarme a los maestros para superarme a mí mismo y sucumbir a mis impulsos agresivos. Era tan capaz de trabajar en una tenebrosa actividad como de amar y de odiar con igual violencia. Me obsesionaban las incertezas y adoptaba posiciones radicales e incluso intolerantes para muchos. Me entregaba al mundo lleno de angustias, pero mi impaciencia metafísica, mi carga de sensualidad, mi voluntad obstinada, mi particular lucidez, me hacían un ser fuerte y dominante, sacando provecho de muchos de mis propios conflictos. Podía crear y destruir al unísono, podía ser melancólico e iracundo; podía dejarme llevar por la idea obsesiva de la muerte y de mi dolor por vivir.

Seguía investigando sin resultados positivos aún contando con la ayuda de Heinz, y muchas noches me retiraba al lecho, cansado y desalentado. Quería hallar y dar por finalizada la búsqueda de la piedra. Quería considerarme un genio, un privilegiado investigador, pero de momento no lo lograba y en ocasiones me sentía perdido entre aquella maraña de fórmulas, materias primas y complicados simbolismos. Me ayudaron mucho en aquella tarea algunos de los documentos, apuntes y manuscritos que el viejo maestro conservaba,

que de tan vetustos tenía que entregar a Clarisa para que con paciencia los restaurara.

En aquellas noches en que el desánimo me abrumaba me abrazaba a mi esposa y dejaba que me dijera cuánto que me quería, cuántas eran las veces que daba gracias a Dios por haberle permitido estar a mi lado. Venus nos rodeaba con sus amables brazos y nos susurraba su nombre. Por la mañana todo parecía más sencillo, la vida un lugar mucho más agradable.

Tras el desafortunado incidente con las hermanas Haagen no podía esperar más que recibir pronto una visita de su padre, enterado y molesto por lo sucedido. Y así sucedió, pero su enojo no fue demasiado lejos puesto que comprendía perfectamente el equívoco de sus hijas y asumía la culpa de no haberlas alertado en cuánto a mi condición. Lo que le preocupaba de veras era el estado de postración en que se encontraba la pequeña Gertrud, que apenas comía y se mostraba alicaída y con un color de piel muy apagado. Conocedor de los caldos y preparados de Helga osó pedirme algunas de las recetas que mi sirvienta empleaba para poder reanimar a su pequeña. Me habló de que le recordaba mucho a su querida esposa fallecida poco después del parto y poco más pudo decirme, pues se mostró tan entristecido por el recuerdo que con gran faena podía expresar palabra alguna. Le prometí que en breve le enviaríamos algunas de las hierbas que Helga empleaba para fortalecer el organismo, y así me despedí de Heinrich, viéndolo atravesar el patio cogiendo las bridas de su caballo negro, e iba yo pensando en que el recuerdo de su difunta esposa era su punto débil, sí, aquel era. Por ahí podía atacarle; por ahí y con la ayuda de Gertrud, que como me había dicho él, tanto se asemejaba a su madre. Por fin podía hacer daño a aquel que tanto me había hecho a mí.

Mientras se alejaba, yo pensaba en la posibilidad de sustituir algunas de las hierbas que uno de mis sirvientes le llevaría. Podría envenenar a la pequeña, hacerla morir lentamente, o tal vez de súbito si me lo proponía. Podría regocijarme así en el dolor que él sentiría por la pérdida. Podría ir a darle mi consuelo y ver su sufrimiento ante aquello que nunca más volvería a ver, como yo no iba a ver nunca más mis preciados libros. Ojo por ojo, pensaba yo, pero algún sentimiento bueno se me apoderaba del alma y me provocaba la idea de la injusticia, la idea de que aquella chiquilla poco agraciada no debía pagar por algo de lo que era totalmente inocente. Confuso me quedé hasta que el frío reinante me hizo entrar y seguir pensando junto al fuego.

Si así actuaba me convertiría en un vil traidor. Pero, ¿qué debía hacer? ¿No había sido mi objetivo la venganza? ¿Debía detenerme ahora que tenía una verdadera oportunidad? Me debatía entre el bien

y el mal, entre las fronteras que siempre han preocupado a la raza humana. ¿Dónde estaban los límites y la justicia? ¿Cómo debía cobrarme el daño que él me había causado?

En mi laboratorio tenía hierbas poderosas que podían causar la muerte instantánea, pero tal vez aquel no era el método más apropiado por ser demasiado fulminante y sospechoso. Si le causaba la muerte a la niña debía ser de una forma paulatina que se confundiera con cualquier enfermedad, tal vez con la que ya tenía, aunque yo pensaba que dadas las circunstancias tratábase sólo de melancolía. Hice una mezcla que no mencionaré aquí por la peligrosidad que comportaría y la puse en una bolsita que entregaría por la mañana al mensajero. Volví junto al fuego, donde Clarisa bordaba con una doncella uno de sus vestidos. Cantaban las dos suavemente y sus voces se mezclaban con mis pensamientos oscuros. Lo que iba a hacer podía ser algo monstruoso o un justo desquite. Recordé las palabras de amor que aquella chiquilla me había dirigido en una de sus misivas; también las de su hermana. Recordaba que aunque sin esperanza, aquella criatura era un ser que amaba y, por tanto, digno de aprecio. Pero no podía evitar el pensar en su padre, en su infame decisión de condenar sólo por unos rumores toda mi biblioteca, sin ni siquiera juzgarla por sí mismo. Además, ¿quién me aseguraba que la amistad que parecía profesarme no era sino una trampa para causarme un daño mayor?

Ya lo había explicado bien Esopo en una de sus fábulas, en aquella que celebrándose las bodas de Zeus todos los animales le ofrecieron presentes. La serpiente, trepando, subió con una rosa en la boca, pero Zeus al verla dijo: “De todos los demás, incluso de sus patas, acepto los regalos, pero de tu boca nada quiero.” Así expresaba que los favores de los malvados son de temer. Debía andar con mucho cuidado, pues, y me convencía de que yo amaba y odiaba con igual intensidad. Por unos instantes me perdí en pensamientos que me llevaron a aquella característica del sabio que yo quería considerarme algún día, un sabio que dominaba sus impulsos y era indulgente y misericordioso. Daba vueltas y vueltas a la conveniencia o no de sacrificar a Gertrud, por lo que mis sueños de aquella noche fueron inquietos y llenos de extraños significados, dirigidos a lo que sucedería el día siguiente. Sólo me consolé pensando en que tal y como dijo Herodoto, las acciones de los humanos dependen de la voluntad de los dioses.

CAPÍTULO XVIII. En que los remordimientos hacen que cambie de idea en cuánto al sacrificio de Gertrud.

Creen algunos que las almas existen desde siempre y sufren sucesivas reencarnaciones. Si ésta teoría es cierta podemos expiar nuestras culpas en diferentes vidas: si no es en una, será en la siguiente; el objetivo fundamental es purificarse. Con esto quiero expresar mis pensamientos aquella mañana en que me desperté con temor, con una intensa sensación de culpabilidad. La única manera de alejar de mí las dudas era justificarme, hallar una compensación a mi mala conducta. Tal vez podía llegar a pensar que en otra vida podría pagar mi pecado, y entonces quizás alcanzar un estado de consuelo, de alivio, pero por otra parte me indignaba al considerar que la venganza también tenía que tener un lugar en este mundo, un lugar que no estuviera supeditado al castigo y a la condena.

Bajé al laboratorio y tuve entre mis manos la bolsa que contenía la mezcla de hierbas sopesando a la vez la maldad y la confortación que mi alma sentiría al ser desagraviada. Subí las escaleras que me llevaban al piso superior casi arrastrando mis pasos, como si aquella bolsa pesara cientos de toneladas, y así lo hacía, pero sólo en mi alma. Subía peldaño tras peldaño y sentía poderosa aquella tela que estaba en contacto con mi piel. Puedo decir ahora que casi me quemaba, pero entonces nada sentía yo que aún trataba de discernir entre el bien y el mal. Me encontré con Karl e hice que llamara a uno de sus muchachos para hacer un encargo. Ya estaba hecho. Pronto entregaría aquella bolsa y en breve tiempo le llegaría el final a Gertrud. Su rolliza figura se iría tornando cada vez más enjuta, y demacrada se volvería su cara sonrosada. Se iría consumiendo hasta que un buen día no amaneciera más. Se habrían acabado sus días en este mundo.

Imaginé cómo se lamentaría su padre ante aquel hecho, cómo volvería a llorar otra muerte en su vida, otra ausencia de un ser querido. Imaginé su dolor, su sufrimiento, su sensación de pérdida, y aunque le quedara su otra hija siempre viviría con aquella amargura en el pecho. Durante un tiempo volvería a recordar a la esposa amada y los tiempos en que fueron felices; volvería a sumergirse en la pena tal y como yo deseaba.

El mensajero salió pronto con el encargo hacia la residencia del gobernador. Dentro de la bolsa de hierbas había incluida una nota en la que aclaré los términos en que debían ser usadas. Las medidas eran

justas para una muerte lenta y progresiva que no causaría dolor a la joven. Sencillamente se iría apagando como una lámpara con escasa reserva de aceite.

Ese día me ocupé de visitar a los campesinos que vivían alrededor del castillo. Algunos me habían solicitado permiso para contraer matrimonio y por ello debían pagar una tasa que no vendría nada mal para mis arcas. Gracias a esos impuestos y a los otros que también recaudaba generalmente en especies por el uso del molino o por la explotación de las tierras comunales, mi castillo iba alcanzando el auge de otros tiempos. Tenía la suerte de contar con personas voluntariosas que no se amedrentaban ante el mal tiempo o las enfermedades. Y mientras en las ciudades se culpaba a los judíos o a los leprosos de la propagación de la peste, en mis tierras se iba consiguiendo detener el avance.

Si bien algunas familias sufrieron pérdidas y se lamentaban porque tal vez los supervivientes también sucumbirían pronto, lo cierto es que se hicieron caso de muchas de mis advertencias, que aunque no fueron comprendidas del todo ayudaron a evitar mayor contagio. Proporcioné todas las ayudas necesarias a mis campesinos, pues quería que se sintieran a gusto a mi servicio y no me consideraran un tirano, un opresor. Sencillamente agradecía sus servicios, y aunque algunos de ellos habían conocido lo sucedido en el castillo y al principio recelaran de mi persona por si estaba relacionado con ciencias demoníacas, pronto se percataron de que los rumores habían sido injustos, y si alguno de ellos se atrevió a preguntarme acerca de mi opinión sobre aquellos que me habían causado el mal, yo sólo contestaba que algún día tendrían su merecido castigo, y que si no era así, su propia conciencia, si es que tenían, les mortificaría.

Uno de aquellos campesinos, no recuerdo si se llamaba Cyrill o Franz, representante de los demás cabezas de familia, me señaló el nombre del gobernador como posible conspirador en mi contra. Comentó que el gobernador Heinrich era considerado por las gentes de baja ralea como un burgués abusador, que sólo tenía a su lado a unos cuántos que se beneficiaban de sus propias maquinaciones y engaños. Ya me había hablado Heinz del rumor de que Heinrich hacía limar y refundir el oro, pero aquellos campesinos también lo hicieron, e incluso me confesaron que habían oído decir por aquella época que después del saqueo de mi biblioteca Heinrich se había procurado caballos nuevos y que sus hijas lucían vestidos caros y joyas que no habían usado hasta entonces. Parecía bastante clara cuál había sido su recompensa por mi castigo.

El dinero siempre ha envilecido al ser humano y lo ha llevado a los terrenos pantanosos de la codicia. Sediento de riquezas parecía estar el gobernador, pero la peste lo había relegado a un segundo plano,

alejándolo un tanto de sus funciones en la ciudad. Ahora se dedicaba más a disfrutar del entorno natural y de sus dos queridas hijas; se dedicaba a frecuentar mi compañía, que Dios sabrá porqué razón consideró de buen grado. Me comentaron aquellos amables campesinos que habían visto con extrañeza sus visitas al castillo, y por esa razón habían querido alertarme de las malas intenciones que pudiera llevar. Agradecí aquellas atenciones y prometí recompensarlas, pero les dejé claro que aún conociendo su culpabilidad el castigo aún no le llegaría. Todo llevaba su tiempo. Me sonrieron y se despidieron para seguir trabajando. Sospechaban que aquella calma en mi espíritu poco duraría, y aunque limitado era el pensamiento de aquellos hombres que nada conocían de mis verdaderas motivaciones, no puedo dejar de decir que andaban acertados en su parecer.

Cuando me quedé solo, viéndoles marchar, viéndoles pisar aquella tierra que era mía pero que ellos trabajaban, recordé al mensajero que ya habría llegado a su destino. Probablemente sería alguien del servicio de los Haagen quien llevara a cabo la preparación de la presumible medicina y entonces, en aquel preciso instante, pensé en la probabilidad de que aquella supuesta persona conociera aquel tipo poco usual de hierbas. Sintiendo algo parecido al miedo fui caminando hasta llegarme a las caballerizas, valorando los pros y los contras, las posibilidades que tenía mi plan de fallar, pero de nuevo algo en mi interior me advertía. La moral acechaba para garantizarme el perdón si me retiraba a tiempo de aquella infamia que se iba a cometer en mi nombre. Mis escasos escrúpulos protestaron ante aquel avance, pero la lucha que se debatió en mi interior llegó pronto a su fin.

Corrí al laboratorio donde Heinz calentaba unos recipientes a la vez que me preguntaba por mi acaloramiento y mi prisa. Pero nada contesté, y sólo busqué en mis botes de hierbas algunas que me sirvieran. Cuando encontré lo deseado volví a correr hasta los establos donde ensillé mi yegua preferida y la hice galopar hasta la residencia del gobernador.

Tal y como había imaginado, la enfermedad de Gertrud parecía más melancolía y languidez que otra cosa. En cuanto me vio aparecer en su habitación dejó escapar un desmayado suspiro y volvió su rostro para ocultarlo entre las mantas. Heinrich me comentaba allí mismo cómo en los últimos días no quería moverse de su lecho ni comer alimento alguno. Sólo bebía por pura necesidad vital, y de tanto en tanto accedía a tomar los vasos de leche caliente que su solícita doncella le preparaba.

Mis conocimientos de medicina indujeron al gobernador a requerir

mi parecer sobre el estado de su hija, y aunque yo me negara aduciendo que debía examinarla uno de los médicos de la ciudad, tuve que acceder a sus deseos. La niña, que oyó aquello, se echó a llorar y pidió que la dejasen sola, pero a una señal de su padre me acerqué y puse mi mano en aquella frente pálida y fina. Tenía fiebre, y se podía apreciar que su cuerpo era víctima de algún que otro escalofrío pese a hallarse bien abrigada y a la buena temperatura que el fuego encendido proporcionaba en aquella pieza. En voz alta atribuí su estado a algún enfriamiento y pronostiqué que la ausencia de tos era un buen augurio, por lo que con la ayuda de buenos alimentos, caldos calientes y la toma de otra clase de hierbas mucho más eficaces pronto sanaría. En mi interior sabía que aquellos síntomas eran debidos a que ya funcionaba mi preparado que precisamente vi sobre una mesa y me apresuré a cambiarlo por uno nuevo, totalmente inocuo y en verdad beneficioso.

De camino al castillo y al pie de un árbol, enterré aquella bolsa que a punto estuvo de ser mi perdición espiritual. La bondad volvía a residir en mi espíritu y me sentí liberado, porque no hay liberación mayor que la que proporciona la serenidad y la buena conciencia.

CAPÍTULO XIX. En que el destino juzga y condena a su modo.

A pesar de todo, la hebra que unía a Gertrud con este mundo se había quebrado en dos. Si las parcas Cloto, Láquesis y Átropos hilan desde siempre el destino de la vida de los hombres, es ésta última quien tiene la ingrata tarea de cortar el hilo de la existencia, y no pareció dudar un instante en poner punto y final a la vida de aquella muchacha.

Los engañosos síntomas que se le habían observado dieron paso a un progresivo aumento de la fiebre acompañada con frecuentes vómitos. Su hermana Eleanora también había sucumbido a los mismos síntomas de aquella extraña enfermedad y yacían así las dos en camas contiguas, siendo atendidas día y noche a petición de su padre que, en cuanto su hija mayor cayó también enferma, no dudó un instante en acudir a uno de los mejores médicos de Regensburg. Los diferentes tratamientos que se sugirieron no dieron apenas resultado, y sólo en Eleanora se apreciaba una ligera mejoría. Ambas sufrían de descomposición y deshidratación que intentaban paliar con manzanas hervidas y abundante agua.

Heinrich apremiaba al médico para que consultara sus libros tratando de llegar a una definitiva respuesta, a un definitivo tratamiento, pero los restablecimientos que se producían volvían a desembocar en recaídas aún peores. Gertrud, antaño dueña de un cuerpo poco adecuado a su edad, bien provisto de tejido adiposo, quedó reducido a una sombra de lo que fue; y su hermana Eleanora, ya de por sí enjuta y larguirucha, presentaba un aspecto de lo más deplorable. Sólo en una o dos ocasiones las visité, pero la visión de sus rostros permanecerá en mi para siempre. Si nunca aquellas jóvenes habían poseído facciones agradables y atractivas, ahora parecían la representación de la fealdad en la tierra.

Su padre estaba desesperado, cosa fácil de comprender. La ciencia no parecía saber con qué enfermedad estaba tratando y eran casi peores los remedios que se aplicaban. Y cuando todo parecía perdido, Gertrud sorprendió a todos levantándose de su lecho y diciendo que se encontraba mucho mejor, que tenía ánimos para hacer algún tipo de labor y que incluso tenía hambre. La llevaron a su cama para que no se cansara en exceso y le proporcionaron algo de comida, no demasiada para no fatigar su estómago aún resentido. Durante dos días bordó sentada en su cama, y aunque en sus ojos decían que podía

verse un profundo cansancio, lo cierto es que hasta tenía fuerzas para animar a su hermana explicándole algún que otro cuento o leyenda y dándole rienda suelta a su imaginación, que era mucha.

Para quienes vivieron aquellos días de mejora fue más duro comprender la nueva recaída, una recaída que desembocó en el descanso último y definitivo. Me dijeron que su hermana ni siquiera pudo llorar tal era su miedo a sufrir ella el mismo fin, que como era de prever, también llegó. Heinrich quedaba solo y sin más familia que el servicio.

Fueron enterradas en la misma finca, bajo un día claro y frío de invierno antes de que las nieves cubrieran los campos. No pude más que sentir compasión por aquel hombre que aunque de negocios turbios y moral un tanto particular, acababa de perder aquello que más quería en su vida: sus dos hijas, el fruto del amor que un día le dio su esposa.

No le vi en muchos días, pero algunos de mis campesinos me contaron que le habían visto cerca de mis tierras, caminando taciturno al lado de su caballo. Yo tenía obligaciones y bastante trabajo, y aplazaba siempre para el día siguiente una visita para ir a comprobar en qué estado se hallaba su dolor. Visto que el destino había querido castigar por su cuenta las acciones de Heinrich, no me quedaba otro remedio que admirarme por ello y confortarme en la verdad de que yo no había tenido nada que ver; o tal vez sí. Porque fueron mis propios deseos los que terminaron por cumplirse y concederme la gracia de ver a mi amigo-enemigo fuera de combate, hundido en su desgracia. No habían hecho falta conspiraciones; no habían hecho falta combates cuerpo a cuerpo ni juramentos a muerte. Mi sola perspicacia había adivinado, y el destino había juzgado y seguía juzgando, puesto que la tristeza y la soledad en que se encontraba aquel hombre confluyeron para dar lugar a la locura que les sobreviene a los afligidos y a los que se sienten abandonados por Dios. Heinrich quiso quebrar las leyes del orden, quiso cortar él mismo el hilo de su existencia.

Ya el poeta Lucrecio Caro a quien antes he citado, oprimido por el pesimismo y enloquecido por la influencia de un filtro amoroso, se había dado muerte con la espada. Si así podía actuar un poeta que hablaba de que después de la muerte no había dolor ni sufrimiento, cómo no procedería alguien derribado también por la desesperanza.

Encontraron el cuerpo de Heinrich Haagen tendido en la espesura. Su propia espada había atravesado su corazón y le había arrancado la vida. Y nada hay que yo deba añadir al respecto, ni creo que deba escribir nada más acerca de su muerte ni de sus motivos para ella. Hacerlo sería recrearme en el dolor que él sintió, y aunque hubiera sido un ser despreciable en bastantes sentidos ahora no corresponde

abrir viejas heridas ni viejos sucesos. Todos sabemos que tarde o temprano el dolor que se causa se vuelve a sentir en la propia carne y en los propios sentidos. Lo que sucedió, sucedió porque así estaba escrito.

CAPÍTULO XX. De los temores del hombre y de algunos personajes célebres.

Decía Epicuro que las causas de infelicidad para el hombre son el temor al destino, el temor a los dioses, el temor a la muerte y el temor al dolor. Y nada errado iba como sabio que era, puesto que aquellos cuatro factores eran los que siempre han confundido a la humanidad desde los tiempos de los tiempos.

De cuestiones como aquellas hablábamos Heinz y yo cuando el invierno nos obligaba a recluirnos en el castillo y pasar largas horas meditando ante el fuego. Lo cierto era que parecía un hombre nuevo, y de sus achaques no quedaban ya más que leves vestigios que se manifestaban muy de tanto en tanto. Su vida tenía ahora un sentido, un objetivo marcado, y ese mismo fin era el que le daba fuerza para afrontar su vejez desde un punto de vista diferente del que había tenido hasta el momento. El saber fomentaba en él la capacidad de ser, y olvidaba aquella saciedad de vivir que tiempo atrás casi le había acompañado hasta las puertas de la morada de Plutón.

Era apasionante tener a alguien con quien compartir plenamente puntos de vista y opiniones, pues aunque Clarisa entendía buena parte de mis estudios nunca se mostró excesivamente interesada. Por consiguiente, tenía la certeza de que aquel viejo amigo de mi padre y yo hallaríamos la piedra, y que nuestros estudios paralelos, complementarios o de simple curiosidad nos permitirían tal vez alcanzar fama de doctos.

No eran nada más que conjeturas a las que nuestra imaginación nos llevaba, pues bien sabíamos que en el pasado ambos habíamos sido castigados por la tenencia de libros considerados poco aptos para la moral cristiana y que por esa misma razón nuestros escritos y tratados podían estar influidos por dichas lecturas. No podíamos esperar, por tanto, que aquello que nosotros escribíamos algún día fuera puesto en circulación, divulgándose así nuestro parecer y nuestras conclusiones. Pero poco importaba por el momento, pues si de autores vetados nos habían llegado a nosotros sus ideas, no íbamos a ser Heinz y yo una excepción para el resto del mundo.

De una de las reuniones nocturnas que manteníamos recuerdo que tratamos el tema del que ha sido considerado el mayor mago de la historia, Apolonio de Tiana.

Apolonio, nacido en los primeros años de la era cristiana, era considerado por muchos como un gran hechicero, y por otros como un

ser intermedio entre los ángeles y los hombres, poseedor de poder y de gran sabiduría. Tenía el don de la profecía, de la curación, e incluso podía expulsar demonios de los cuerpos. Era venerado por emperadores y desprestigiado por autores que lo consideraban un charlatán que se ayudaba de los malos espíritus para sus obras que, de todas maneras, seguían maravillando a muchos y que incluso, superaban a las realizadas por el mismo Jesucristo. De las costumbres de este singular personaje podían destacarse el vegetarianismo, el uso de vestidos de lino y calzado de corteza por ser contrario al sacrificio de animales, además de la abstinencia carnal. Aunque eran muchos sus seguidores y partidarios no pudo evitar ser juzgado en Roma ante el emperador Domiciano. Fue acusado de conspirador y sacrílego, y sin querer declararse culpable manifestó así al soberano: "*Puedes detener mi cuerpo, pero no mi alma; y añado que ni siquiera mi cuerpo puedes detener*." Y desapareció del tribunal donde estaba siendo juzgado. Como el mismo Jesús, se apareció después a sus discípulos y conversó con ellos durante cuarenta días. Llegado el momento de su muerte entró en el templo, cuyas puertas se abrieron solas, y desapareció mientras se podía oír un canto glorioso. Los presentes quedaron maravillados, y todavía se apareció a algún descreído mientras dormía para revelarle la doctrina sobre la inmortalidad del alma. Como Sócrates, creía de veras que en la otra vida recibiríamos el premio de las buenas acciones que hubiéramos llevado a cabo en ésta.

No debíamos, pues, temer a la muerte. Ni a los dioses.

Fui yo quien sacó a colación la figura del papa Silvestre II, que presidió la misa del treinta y uno de diciembre del año novecientos noventa y nueve cuando Europa entera creía firmemente en la llegada del fin del mundo. Gerbert d´Aurillac, después papa, ya destacó en su juventud por diferentes sucesos, como aquel en el que extrajo oro del Jordán mediante una piel de oveja en cuyos vellones se enredaron las pepitas. Viajó a España, aprendió Matemáticas y Astrología en la Catalonia, y una vez en Córdoba, se dice que robó un valioso manuscrito, el *Abacum*, que explicaba los secretos del universo por medio de los números. Fue autor del *Tratado del astrolabio* y poseedor de extensos conocimientos que le llevaron a construir un artilugio peculiar que consistía en una cabeza de bronce que respondía sí o no a las preguntas que se le hacían. Para algunos aquel invento respondía a una imagen del diablo, como siempre ha sucedido cuando algo es incomprendido o fabuloso. De todas formas, viendo cerca su muerte confesó que había hecho un pacto con Lucifer y había prometido no cantar misa en Jerusalén a cambio de la vida eterna. Fue enterrado junto con aquel impresionante invento, y se decía que doscientos años después pasó a manos del alquimista Roger Bacon.

Admirados estábamos por la figura de aquel hombre que aún perteneciendo a la misma iglesia se había atrevido con prácticas calificadas de impuras, y que aún después de su muerte levantaba controversias a pesar de que muchos habían procurado borrar su memoria. Él siguió los pasos que su conciencia le dictaba seguir, y aunque sintió miedo como ser humano que era, se mantuvo firme como en aquella ocasión en que la profecía dictaba el fin de los tiempos, y todos los reunidos en la Basílica de San Pedro esperaban la señal, esperaban que el reloj terminase de dar sus repiques para anunciar el final; esperaban y esperaban, pero tras la duodécima campanada la vida y el tiempo seguían, y el *Te Deum laudamus* fue cantado con gran alegría.

No debíamos, pues, temer al destino.

Y, finalmente, mencionamos a San Esteban que, acusado por los judíos de haber blasfemado contra Moisés, fue lapidado, y mientras sufría en su carne la lluvia de piedras, podía ver cómo se le abrían las puertas del Paraíso.

No debíamos, pues, temer al dolor.

CAPÍTULO XXI. En que debido a un accidente he de permanecer unos días en la leprosería.

Aunque aquel invierno fue bastante duro no dejaba de aprovechar las tardes de sol para cabalgar selva a través. Me apasionaba notar el viento helado en mi rostro, pues sentía así despejarse las ideas que había tenido en ebullición durante toda la mañana y desde bien temprano. Pero desgraciadamente, y en una ocasión, el paseo no fue todo lo bien que tenía que haber ido y aunque en principio pareció una ingrata experiencia, pasó a ser un correctivo para algunos de mis pareceres en cuanto a una comunidad tan especial como es la de los leprosos.

Presto a dirigirme hacia el castillo por la proximidad del atardecer, espoleé a mi yegua y grité que se apresurara, pero sin esperar ni por un momento que en uno de los saltos que debía realizar por hallarse numerosos troncos derribados en el camino, fuera a errar en el impulso y la medida. Como así sucediera, me vi lanzado por los aires y precipitado contra unas zarzas que de tan espinosas aún conservo vivo el recuerdo. En la caída me fracturé la rodilla derecha, y aún ahora puedo sentir ahí molestias, sobretodo cuando la humedad es intensa o se aproxima una tormenta. El dolor que sentí fue muy intenso, y más aún cuando trataba de moverme para salir de aquellas malditas zarzas que me arañaron la cara y me hirieron las manos.

Ya había oscurecido cuando conseguí entre grandes sudores acomodarme al pie de un gran árbol. Con dos ramas anchas y fuertes y un pedazo de mis calzones rasgados improvisé una atadura para mantener recta la pierna. Confié en que la yegua habría corrido hasta el castillo, y que al verla, Karl o cualquier otro sirviente dedujesen que había tenido algún accidente. Pensaba que pronto llegarían, que aquel intenso dolor desaparecería, que la fría noche en pleno bosque no podía asustarme. Traté de no perder calor abrigándome bien con mi capa, pero el frío era demasiado intenso y el dolor demasiado acentuado como para no sumirme en un estado inconsciente, cosa que mi organismo no pudo evitar ya por más tiempo.

Cuando desperté me hallaba en un lecho estrecho y nada cómodo. Sentía punzadas en mi rodilla y un mareante sopor me obligaba a permanecer allí echado, sin ánimo alguno de averiguar dónde estaba. Sentía dulce mi paladar y lo atribuí a algún tipo de medicina, seguramente para paliar el sufrimiento que la fractura me causaba. Miraba a mi alrededor, pero con sólo una pequeña lámpara encendida

no podía apreciar bien cómo era aquella habitación, en qué clase de lugar me hallaba, porque ciertamente no estaba en mi castillo.

Después de un día entero desde mi llegada a aquel lugar amanecí bastante recuperado y, al ver en la puerta a un hombre vuelto de espaldas dispuesto a salir, le llamé y se volvió hacia mí. Mi sorpresa fue tremenda al ver equivocadamente en su rostro las huellas de la lepra y, viendo que se aproximaba, le ordené que no tratara de acercarse. Aquel desgraciado salió de la habitación sin pronunciar palabra y nadie volvió hasta bien entrada la tarde. A mi disposición tenía agua, pan y tocino, de los cuáles sólo probé lo primero y aún con reticencias, pero la sed es terrible cuando sobreviene y más aún en el estado en que yo me encontraba. Corrí las mantas que me cubrían, que eran bastantes porque en aquella habitación no había ningún fuego encendido, y pude comprobar que me habían realizado una buena cura en la pierna, pero que moverla todavía era un suplicio. Estaba claro que no iba poder marchar de allí sin ayuda, y esperaba que supieran quién era yo y que debía volver a mi castillo. Pensé en la preocupación que debía tener Clarisa y confié en que Karl me buscara allá donde fuese, aunque de veras creí que si yo me hallaba en la leprosería ése sería el último lugar dónde buscaría.

Por todos era conocido que los leprosos habían sido apartados del mundo, y que la profundidad del bosque era el mejor lugar para albergarlos. Si por necesidad iban a la ciudad estaban obligados a advertir su presencia y tenían terminantemente prohibido entrar en los edificios públicos. Sus únicos ingresos eran las limosnas que las gentes de buen corazón les tenían a bien dar, y aunque muy en el fondo eran compadecidos, lo cierto es que eran un objeto de hostilidad y antipatía considerables, y no se libraban de ser acusados de practicar la hechicería en sus particulares reductos.

Pasé una noche tremenda, despertándome poco después de haberme quedado dormido. Una y otra vez tenía sueños pavorosos donde se me aparecían figuras de aspecto tremendo con grandes narices y frentes abultadas por los extremos. Venían aquellos seres a tocarme con sus negras manos y yo retrocedía espantado tratando de evitar lo inevitable. Cuando, a pesar de mis esfuerzos, era alcanzado, notaba en mi piel tremendos picores que se me extendían por todo el cuerpo y me hacían gritar y llorar. Nadie había que me escuchase y viniese en mi ayuda, por lo que mi desesperación era aún mayor. Los picores aumentaban y presentía que de un momento a otro en mi cuerpo surgirían aquellas horrorosas protuberancias, y que mi nariz secretaría aquellas mucosidades contagiosas, y que las úlceras llenarían mi piel deformando mi rostro y mis miembros; que mis cejas desaparecerían y que hasta mis ojos se verían afectados por diversas enfermedades hasta alcanzar la ceguera.

Vi el amanecer desde mi posición y di gracias al Señor por no permitir que siguiera soñando de aquella manera tan terrible. Pero como notara que los picores continuaban hice a un lado las mantas que me cubrían y pude ver asqueado como dos cucarachas correteaban entonces hacia mí para desviarse después hacia la parte del lecho que tocaba con la pared y desaparecer por completo de mi vista. Deseé tanto, entonces, irme de allí... ¿Por qué maldito azar me veía condenado a restablecerme en un lugar infecto como aquel? No me dio tiempo a hacer más preguntas pues mirando por la ventana pude ver un día claro que me serenó por unos instantes antes de descubrir a grupos de leprosos trabajando en el patio.

De súbito, la puerta se abrió y entró un monje, viejo, muy viejo, que hablaba de forma tan lenta que exasperaba a cualquiera. Me dijo que él se dedicaba a dar ayuda espiritual a aquellos desgraciados y necesitados infelices. Su vejez y su alma caritativa le habían llevado a dedicar los últimos tiempos de su vida a tratar de llevar al reino de Dios a muchas de las almas descarriadas que allí habitaban, y que aquella mañana, antes de sus actividades cotidianas, había sido advertido de que tenían un huésped que, por precaución, había sido alojado en una de las habitaciones más alejadas del resto. Él, que había llegado la pasada noche de un corto viaje, no había sido avisado de mi presencia hasta escasos momentos antes, y se apresuró a revisar el vendaje de mi herida no sin causarme daño al hacerme mover la pierna. Y no pudiendo aguantar por más tiempo le expresé mi desagrado a seguir permaneciendo en aquel lugar impropio de mi condición; le exigí inmediatamente que alguien fuera a dar aviso al castillo, y que si aquella acción se llevaba a cabo lo más pronto posible serían bien recompensados.

Aquel monje no pudo reprimir un gesto de disgusto al oírme decir aquellas palabras, y me amonestó severamente por no apreciar la buena cura que me habían hecho, por no apreciar que tenía un lecho caliente y un techo donde refugiarme. Me recordó que me habían recogido en plena noche, en el bosque, donde corría el riesgo de morir congelado o de ser devorado por alguna fiera. Debía recordar que en mi estado inconsciente cualquier peligro se podía multiplicar por cien.

Aquel aire cansado que poseía pareció desaparecer por completo mientras me regañaba, y aunque comprendía que aquella habitación tal vez no era la más adecuada para alguien de mi naturaleza, era de la opinión de que todos, en algún momento de nuestra vida, perderíamos nuestros privilegios, ya fueran muchos o pocos, y que nos enfrentaríamos a situaciones que nos señalarían como verdaderos seres humanos, iguales y sin diferencias de ninguna clase.

Poco abierto estaba yo a aquella clase de sermones, y menos aún cuando recordaba los picores de aquella noche provocados por

aquellos sucios insectos. Exigí que se me trasladase de habitación, o que al menos la cama en que yo yacía fuera alejada de la pared, de donde parecía provenir el nido aquel; pero nada se me fue concedido. Mi insolencia parecía irritar a aquel hombre que de poca paciencia disponía, por lo que sin dar más explicaciones se retiró y dejó que el mismo leproso que yo había visto el día anterior me proveyese de agua fresca, de algunas frutas, de pan y de algunas verduras cocidas.

Estando aún en el quicio de la puerta y aunque viera mi expresión de desagrado en cuánto al leproso, no pareció querer aclararme nada: ni si aquel tipo de lepra era poco contagiosa o que la corta permanencia en la habitación no iba a infectarme. Una vez me quedé solo empecé a verme como en mis sueños, contagiado, tratando mi enfermedad con aceite de chaulmogra, alejado para siempre de Clarisa y recluido en alguna remota estancia del castillo, sufriendo parálisis en algunos de mis miembros; sintiendo el dolor en mi cuerpo y el dolor en mi alma.

Dormí y dormí para olvidar aquellos malos presagios, y si despertaba en plena noche me parecía oír los gemidos de los enfermos en sus lechos de muerte; me parecía sentir muy cerca el olor de la putrefacción y de la agonía. Consideraba que yo no estaba a salvo de nada de todo eso y empecé a pensar que la felicidad poco duraba, y que parecía escrito que en mi vida tenían que existir intervalos de gozo y de tristeza, que la dicha no era eterna. Echaba de menos mis libros, mis lecturas, la voz de Clarisa cerca de mí; echaba de menos la figura ligeramente encorvada de Heinz inmerso en los viejos tratados alquímicos. Me parecía ver cercana la muerte tal era mi depresión, y mi errada certeza en cuánto a ser contagiado por la enfermedad me provocaba lágrimas por todo lo que aún no había podido realizar.

Era aún joven y deseaba ver realizado el sueño de tener un hijo a quien transmitir mis pensamientos y mis trabajos; un hijo a quien legar mi fortuna y mi título. Si por un necio error del destino mi vida quedaba truncada en aquel desagradable lugar no habría valido entonces la pena afanarme ni luchar por nada. No podía evitar la idea de que era una gran jugarreta quedar contagiado por la lepra, pues me sentiría deshonrado, traicionado por aquella dignidad que siempre me había hecho creer en mi propia importancia, en la trascendencia de mi misión en el mundo. Tal vez eran mi orgullo y mi suficiencia los que me iban a llevar a la perdición.

Por la mañana todo fue diferente, y atribuí mis delirios y todo mi pesimismo al dolor que la pierna me causaba. El frasco con la medicina aún seguía allí, como toda la comida que yo había rechazado y continuaría rechazando aún sintiendo el rumor en mi estómago. Después de beber de aquel mejunje supuestamente beneficioso bebí también agua para deshacerme del sabor que me dejaba. Aún con mis

reticencias no podía hacer más que tratar de convencerme de que no tenía sentido pensar que alguien me deseaba algún perjuicio, después de todo me habían salvado de pasar una noche al raso en el bosque, y habían curado mis heridas. Sí, debía dar las gracias y dejar de quejarme, por eso cuando se abrió de nuevo la puerta y apareció el monje que ya conocía acompañado de otro, ofrecí mi cara más amable y pedí disculpas por mi comportamiento anterior. Asintieron los dos, comprendiendo el mal humor que el dolor me causaba. Enseguida el segundo monje se presentó como quien me había encontrado en el bosque y había curado mis heridas. ¡Cómo agradecí aquella aclaración! El pensar que había sido levantado del suelo, que había sido tocado por unas manos limpias, sin mácula, sin sombra alguna de enfermedad, me regalaba una alegría inesperada. Pregunté entonces quién era aquel leproso que yo había visto y que tanto disgusto me había traído su proximidad; pregunté el porqué de que fuera él quien me trajera los alimentos y la posibilidad de estar éstos infectados.

Ambos se extrañaron por desconocer de qué enfermo estaba hablando, hasta que el más viejo entendió y se echó a reír. No veía yo la gracia al asunto, pero pronto despejó mis dudas al explicar que aquel supuesto leproso no era tal, que se trataba simplemente de un hombre cuya piel sufría una enfermedad parecida a la lepra tuberculoide, con manchas rosadas y parduscas que ya sufría desde su nacimiento. En la leprosería había también personas con otro tipo de dolencias que por desagradables les hacían ser apartados de la sociedad, muchos ya desde pequeños. Algunos pocos, incluso, sufrían de trastornos de la mente, y aunque nada tuvieran que ver con los demás, eran abandonados a las mismas puertas del recinto, y la piedad que mostraban aquellos monjes era la única salida que veían a sus vidas deshechas por la incultura y el desprecio.

Aliviado por el convencimiento de que no había estado en contacto con ningún enfermo de lepra, recibí la noticia de que Karl me estaba esperando fuera y que debía sentarme en una silla que tenía unas pequeñas ruedas debajo para trasladarme hasta el exterior. Me la acercaron y me ayudaron a sentarme en ella. Las punzadas de dolor que aún sentía en mi pierna casi se me olvidaban al ver inminente mi marcha de aquel lugar.

Llegué hasta la entrada donde me esperaba Karl y fui recibido con un impetuoso abrazo y con sus entrecortadas palabras que querían expresarme cuánta había sido su zozobra ante la posibilidad de mi muerte. Mientras era subido al carruaje escuché sus explicaciones, su búsqueda desesperada e infructuosa, sus batidas de hombres por todo el bosque, el momento en que eran encontrados jirones de mi ropa que hacían pensar en lo peor. Durante el camino me contó que en cuanto un monje les comunicó mi presencia en la leprosería, Clarisa se

había desmayado de la emoción, y que bastante trabajo le costó a Helga volverla en sí de nuevo. De Heinz me dijo que también lo supo aliviado en cuanto conoció la buena noticia. Y él, bueno, él también daba gracias a Dios por haberme permitido conservar la vida y que aunque fuera un poco parco en palabras ya conocía yo su afecto por mi propia persona.

Recuerdo que miré a Karl y vi que había crecido no sólo físicamente sino también en su interior. Poco a poco se iría convirtiendo en un buen hombre, que si no señor, merecía más respeto que muchos. La ruda inteligencia que descubrí al conocerle había madurado de forma considerable, y sus maneras brutas y en ocasiones despiadadas, habían desaparecido por completo. Karl merecía mi total confianza y mi total respeto, y viendo que podía sacar mucho más provecho de él, le propuse enseñarle a leer y a escribir, cosa que apreció verdaderamente y se mostró muy inclinado a aceptar.

CAPÍTULO XXII. Dónde visita mi castillo Konrad von Megenberg y un particular discípulo suyo.

Mi convalecencia duró prácticamente el resto del invierno, pues si bien pude empezar a andar apoyado en un bastón con el que podía dirigirme al laboratorio y moverme de un lado a otro, me llevó bastante tiempo recuperarme por completo.

Una noche en que todos nos disponíamos a retirarnos a descansar, nos sorprendió la llegada de un viajero que debido a la fuerte lluvia pretendía alojamiento. Se presentó con el nombre de Konrad von Megenberg[13], oriundo de Mainberg, junto a Schweinfurt. Contaba por entonces unos cuarenta años, y venía acompañado por el que dijo era su discípulo. El mal tiempo les había impedido llegar a la hora prevista a Regensburg, donde pretendían quedarse algunos días antes de dirigirse hacia Nuremberg.

Ambos fueron alojados y obsequiados con una cena que Helga tuvo que improvisar, pero que por los elogios de la mañana siguiente se supo que les había resultado muy placentera y reconfortante. Conocí entonces, ya que von Megenberg parecía bastante dado a explicar sus aficiones, que era autor de diversas obras, y que sus estudios habían sido bastante completos y bien aprovechados, por lo que ahora podía dirigir la escuela de San Esteban en Viena. Él hablaba y yo escuchaba no sin cierta admiración, puesto que aquel hombre había sido contrario a las ideas del filósofo inglés William de Ockham, fallecido el año anterior. Fue también opositor a las Órdenes mendicantes y se mostró partidario de la lucha contra Ludovico el Bávaro, apoyando al pontificado. Me hubiera gustado saber si todo en él se reducía a ir a la contra, pero nada objeté a sus pensamientos ni proclamé en absoluto mi parecer.

Viendo que era clara su amistad con la iglesia procuré que no alargara su estancia ni que supiera de la existencia de mi laboratorio, por eso tuve buen cuidado de recomendar a Heinz discreción y cautela. No podíamos arriesgarnos a que conociera aquel aspecto de nuestro castillo y fuéramos acusados. En realidad me hubiera gustado saber si era partidario de la ciencia que a mí me apasionaba, porque en el fondo parecía un hombre abierto y de mente despejada, pero no, no podía exponerme a su incierto juicio y a su probable o no beneplácito.

Como la lluvia seguía cayendo sin cesar tuve que mostrarme amable y seguir ofreciéndole alojamiento el tiempo necesario. Aquel

hombre que llegaría a ser canónigo en la catedral de Regensburg gustaba de entrar en temas relacionados con la política, pero como viera que yo no mostraba atención pasó a interesarse por mis actividades, que suponía no se limitaban a las propias de un caballero, ya que vio en mí a alguien que usaba palabras cultas que nada tenían de remilgadas y presuntuosas como en muchos nobles se podían observar; palabras que dejaban entrever una verdadera erudición.

Camino de mi estudio pasé a explicarle que mi verdadera pasión eran los libros, y que aunque por un desafortunado accidente había perdido una buena cantidad, aún podía deleitarme con la lectura de unos cuantos que iban aumentando cada vez más, ya que diversos monasterios me proporcionaban copias, muchas de ellas pagadas casi a precio de oro. De entre los nuevos libros adquiridos podían destacarse el *Ars amatoria* y el extenso poema que constituía el *Metamorphoseon Libri*, ambos de Ovidio. Aclaré que las *Nouvelles* de Maria de Francia eran para mi esposa, así como diversos *Fabliaux*.

Echó von Megenberg una buena ojeada por todos los estantes, y como viera que yo no hacía ningún tipo de comentario acerca de lo ocurrido allí mismo, fue él quien sacó el tema no sin tacto y reserva en cuanto a que era inesperada mi reacción. Me dijo que en Regensburg había oído algo acerca de aquel robo, y que comprendía mis reticencias a destapar de nuevo aquel desagradable asunto. Me aclaró que como ya debía saber, yo no era el único que había sufrido aquel escarnio, y que si llegaba a oídos de la Iglesia que alguien poseía libros poco adecuados éstos debían ser destruidos para beneficio de la moral cristiana.

¿Moral cristiana?, pensaba yo, alterado. ¿Qué clase de moral era la que permitía enriquecerse a los clérigos, permitirles sucumbir a pasiones lujuriosas, a gulas incontroladas, a juicios sin razón? ¿Era ésa la moral que juzgaba impuros los libros que trataban de ciencias que no comprendía, o que temía? ¡Pero si hasta en el seno de la misma Iglesia se practicaba la magia! Gregorio VII había tenido fama de ser un reputado mago angélico; él, que fue una figura importante de la Iglesia y estableció el celibato para los clérigos. Y aunque muchos lo negarán, en el clero circulaban los *grimoires* latinos, entre los que seguro estaba una temprana versión de *Las Clavículas de Salomón* o el *Lemegeton*. ¿O no fueron acusados algunos eclesiásticos de consultar astrólogos y de invocar a los demonios? Por eso tuvieron que surgir aquellos que objetaron la práctica de la magia angélica, al contener los *grimoires* elementos heréticos. Así, aquellos que se oponían, empezaron a incluir en aquellos tratados elementos de magia negra que no figuraban en su original, por lo que de forma indigna quedaría demostrado que eran una práctica herética.

Ya en 1.314 el Papa Juan XXII promulgaba una bula para condenar

a ocho clérigos por "*utilizar las negras herramientas de la nigromancia, la geomancia y otras artes por el estilo y por poseer libros referidos a ellas; por haber consagrado ciertos espejos e imágenes de acuerdo a las ceremonias acusadas y porque colocándose en el centro de un círculo invocaron a los demonios, los que pueden contestar sus maldiciones referidas al pasado y al futuro*". En 1.326 promulgaba otra bula en la que amenazaba con la excomunión a todo el que practicara la magia angélica o la alquimia, a pesar de que corrieron rumores de que él mismo practicaba ésta última. A partir de entonces no lucharon contra la magia dentro del clero sino también fuera de sus contornos, y ahora puedo recordar a Peter d´Abano, un mago de gran prestigio que en cuánto murió, los inquisidores ordenaron desenterrar sus restos y quemarlos públicamente. Sus amigos hicieron desaparecer el cadáver para ahorrarle aquel ultraje, por lo que, a falta del cuerpo, la Inquisición exigió quemar su imagen. Tristes recuerdos son éstos, pero así era el mundo y todavía lo es.

De todos mis pensamientos ni uno solo llegó a oídos de Von Megenberg, del cual nunca sabré si trataba de cogerme en falso o sencillamente trataba de aleccionarme y hacerme comprender que aquel desagradable acto había sido por mi bien. Mi bien... Mi único bien era poder dedicarme a lo que yo quisiera mientras nadie saliera perjudicado. Mi bien estaba en la satisfacción de la curiosidad fuera donde fuese y también, desde luego, en el logro de la transmutación del oro.

Durante la comida de aquel día pude darme cuenta de que el discípulo que acompañaba a nuestro visitante era de lo más singular, pues si ya a su llegada la noche anterior no había pronunciado palabra, tampoco entonces lo hizo. Se aclaró que el joven no poseía el don de la voz, pero que por ello su inteligencia no dejaba de ser de lo más despierta. No lo dudé, pero de todas formas había algo en él que me resultaba chocante, ya fuera en su rostro fino y delicado, fuera en sus ojos suaves y fascinantes. Parecía muy interesado por lo que allí hablábamos y de vez en cuando asentía o hacía alguna señal que su maestro interpretaba perfectamente. De nuevo elogiaba Von Megenberg la comida que le ofrecíamos en el castillo, y que aunque había estado alojado en muchos y distinguidos lugares, en ninguno había podido probar salsas tan exquisitas ni carnes tan bien preparadas. Para el vino y para la cerveza tampoco escatimó cumplidos, y tal vez por aquella razón no dejaba de servirse él mismo en cuánto su copa se vaciaba. Su discípulo, en cambio, era más bien comedido en su apetito y en su sed, y en cuanto acabamos de comer se sentó junto al fuego y sacó una pequeña Biblia.

Konrad y yo jugamos al ajedrez, y pude comprobar que era un gran

contrincante que en varias ocasiones me hizo jaque y, distraído como yo estaba rememorando sus palabras de por la mañana en cuanto a su conocimiento de mi castigo, no pude evitar que me ganara aumentando así mi disgusto. La tormenta parecía amainar y tenía la esperanza de que a la mañana siguiente mis huéspedes pudieran proseguir su viaje hasta Regensburg, no fuera a ser que aquel curioso de Von Megenberg fuera a querer inspeccionar el castillo y llegara a descubrir el laboratorio.

Cuando se presentó la hora de dormir, Clarisa y yo hablamos acerca de aquel joven de habla inexistente que con sus ojos verde esmeralda parecían querer penetrar en los secretos de su maestro, tal era la admiración que mostraba cuando le miraba. Conociendo ambos los pecados que también en el seno de la Iglesia podían descubrirse, expresamos nuestro temor a acoger a alguien de quien entonces dudábamos de si tendría inclinaciones sodomitas y un tanto desviadas por cuanto se apreciaba mucha juventud y candidez en el rostro del discípulo aquel. El hecho de haberlos alojado en una misma habitación nos preocupó aún más, pero como era natural, la noche anterior en que llegaron nada podíamos nosotros saber.

Como aquellas cavilaciones parecían no querer abandonarnos en toda la noche y amenazarnos con el desvelo, Clarisa se ofreció para dirigirse sigilosa hasta la puerta tras la que ellos dormían y tratar de averiguar lo que fuera. Mi forma de ser un tanto recelosa le prohibió hacer aquello. Por una parte tenía el temor de que fuera descubierta, y por otra no quería que fuera ella quien desenmascarase aquella desagradable acusación que nos imaginábamos, así que yo mismo me dirigí acompañado de una lámpara de aceite y del bastón que aún me ayudaba a andar hasta el piso donde estaba alojada la pareja.

Bajo la puerta no pude apreciar ninguna rendija de luz, por lo que supuse que ya dormirían. Acerqué mi oído y no oí nada, absolutamente nada que no fuera el viento en el exterior y los crujidos de las vigas. Estuve así un rato más hasta que cansado y apreciando ya de veras el frío, oí una voz de mujer que decía: “Konrad, Konrad, ¿estás despierto?” Lo siguiente que habló, así cómo la respuesta de Von Megenberg no pude escucharlo con claridad, pero me daba una idea de la situación. Me dirigí de nuevo hacia mi habitación, donde Clarisa leía para mantenerse despierta, y en cuanto me vio aparecer dejó el libro a un lado, se levantó, cerró la puerta deprisa y me ayudó a desvestirme y a entrar en la cama. Durante todo aquel tiempo no dejó de hacerme preguntas acerca de mis averiguaciones, y como viera que yo sólo quería entrar en calor antes de explicar nada, tuvo la paciencia de esperar. Una vez le aclaré la verdadera identidad de aquel joven que se hacía pasar por mudo para no revelar su condición de mujer, ella quedó sorprendida, y viendo que mi preocupación había

desaparecido por estar vencido por el sueño y el frío, decidió indagar por su cuenta para satisfacer su innata curiosidad de mujer.

Bien temprano se dirigió a la habitación contigua a la que nuestros huéspedes ocupaban y esperó allí hasta que oyó que Konrad decía que bajaba ya a desayunar, mientras que una voz de mujer le contestaba que bajaría ella también enseguida. Cuando Clarisa advirtió que la puerta se cerraba y los pasos del hombre se dirigían hacia las escaleras, salió de su escondite y llamó a la puerta para entrar enseguida sin esperar a oír la invitación a pasar, ya que supuso que la joven creería que era el mismo Von Megenberg que se habría descuidado algo.

Según me contó mi querida esposa aquella misma mañana, su entrada en la habitación estuvo seguida de un grito ahogado de sorpresa por parte de aquella joven. Fue descubierta justo cuando trataba de ocultar sus largos rizos bajo el cabello postizo que todos habíamos visto, y no tuvo más remedio que contestar a las preguntas de Clarisa. Al parecer, la joven se sentó y se echó a llorar desconsoladamente, pues era la primera vez que había sido descubierta y temía despertar las iras de su preceptor por su torpeza. Confesó que era hija de un hermano del padre de Konrad, y que viajaba con él para ver mundo y aprender cosas que como mujer no podía hacer sin despertar recelos; además, con su fingida condición de muda podía ocultar su voz y evitaba dar opiniones que con su aún escaso conocimiento pudieran rebajar la reputación de Von Megenberg. Se limitaba así a acompañarlo en algunos de sus viajes y a aprender todo lo que bien pudiera. Pero Clarisa ahondó aún más y quiso saber si no había otra razón por la que había decidido abandonar su casa y sus comodidades para seguir a alguien, renunciando a su propia condición de mujer, escondiéndose bajo un disfraz que le dificultaba toda posibilidad de conocer en el transcurso de aquel tiempo algún buen hombre que la pidiera en matrimonio.

Y como ya esperaba, la respuesta llegó en forma de sollozo, pues al reconocer el amor que sentía por Konrad pese a la considerable diferencia de edad, se le desbordaron los sentimientos que tenía bien guardados en su corazón, y no pudo más que justificarse en nombre del amor imposible y pedir perdón por habernos engañado a nosotros y a tanta otra gente.

Como viera Von Megenberg que su particular discípulo se retrasaba en bajar a desayunar, procuré tranquilizarle y entretenerle mostrándome interesado por las obras que él había escrito, en concreto las de tipo científico. Como todo autor, se sintió halagado y no escatimó palabras que hicieron se olvidase del tiempo e incluso de reprender a su joven acompañante cuando ésta llegó. Minutos después vino Clarisa con una sonrisa de triunfo, por lo que supuse que había

tenido éxito en su averiguación.

Marcharon nuestros huéspedes aquella misma mañana no sin prometer otra visita que no había sido requerida, pero es que la cocina de mi castillo era irresistible y prometía a los paladares nuevas emociones.

Durante la tarde, mi esposa y yo comentamos aquella peculiar circunstancia en que la joven de quien desconocíamos el nombre se encontraba. Pero como siempre, y en muchas ocasiones, condescendíamos y comprendíamos. Nosotros mismos habíamos actuado muchas veces sin demasiado acierto dirigidos por las locas pautas de aquel gran sentimiento llamado Amor, por lo que todas las situaciones que él generara eran simplemente entendidas y bien halladas.

CAPÍTULO XXIII. De nuevo sobre la alquimia.

Las diversas circunstancias habían ocasionado a mis investigaciones un considerable retraso, y con la visita de Von Megenberg hasta Heinz había tenido que anular unos procedimientos que tenía previstos, no sin el consiguiente enojo por su parte, que veía truncados muchos días de estudio. Pero es que toda precaución era poca cuando era alguien extraño quien nos visitaba, y sobretodo teniendo en cuenta que tenía simpatías con representantes de la Iglesia.

La Alquimia seguía apasionándome cada vez más. Aquel mundo de símbolos, de insólitas instrucciones, de textos oscuros, de dragones, de serpientes mordiéndose la cola, de leones rojos y verdes, era apasionante pero muy complicado, y más aún, pues debíamos entender todas aquellas disposiciones para llegar a comprender que sólo había que descifrar el texto que se escribió en su día en la Tabula Smaradigna. El oro que un día podríamos transformar ya no sería oro, sería más que eso. Si la piedra que un día encontraríamos transformaba el metal, también transformaría nuestros respectivos interiores, porque ya estaba dicho que para lograrlo se necesitaba el más alto grado de perfección espiritual. Y tal y como decía Aristóteles, "*todos los seres tienden a alcanzar la perfección que les es propia*", y eso era lo justo y lo acertado. El oro no era lo verdaderamente importante; era el trabajo de cada día y la ilusión personal lo que nos iba a llevar al éxito. Estábamos convencidos de ello, por eso las desilusiones y los contratiempos eran bien pocos e incluso nos alentaban todavía más.

El horno siempre estaba encendido, bien alimentado con leña o también con carbones encendidos recubiertos con ceniza de jengibre, que conservaba el fuego durante más días; y en las rodillas de Heinz se abría el *Pemandre*, uno de los libros herméticos. En la práctica de este arte se necesitaba calma y un relativo aislamiento que se vería beneficiado con la presencia de algún verdadero amigo y mejor aún de una compañera. El clima debía ser templado, siendo favorables los lugares donde crece la vid.

Los tratados de la Gran Obra estaban dirigidos en primer lugar a otros alquimistas, es decir, a aquellos que eran capaces de comprender la técnica, pero existía un buen número de iniciados que se desanimaban al no hallar luz en la oscuridad de los textos. Algunos creían interpretar fácilmente, pero lo único que lograban era alejarse cada vez más del verdadero significado. El conocimiento implicaba empezar olvidando lo que se creía saber, abriendo el propio ser, pues

no se abría el metal si no se abría lo mental. Y había que leer y leer: *Ora lege, lege, relege*, *labora et invenies*[14]*;* reflexionar sobre lo leído hasta alcanzar la comprensión y poder llamarse Adepto[15]. Porque éstos eran los que habían recibido el don de Dios, siendo sus libros dictados por el Espíritu. Había quien renegaba de esos tratados, calificándolos de perniciosos para con la Obra, obstaculizándola, y aseguraban que si se seguía el camino marcado por los libros nunca se conseguiría el objetivo deseado. Otros decían que el único modo de avanzar era, como ya se ha dicho, por revelación divina, pero también con la ayuda de un buen maestro, siendo éstos últimos escasos, pues como Dios otorga a pocos el secreto, pocos son los que lo pueden enseñar. Y es que ya lo dicen las Sagradas Escrituras: *Habenti dabitur; ab eo autem qui non habet, etiam quod habet auferatur ab eo.*[16]

Aún con todo, en los libros podía encontrarse a menudo la unión entre el mercurio y el azufre comparada con la de un matrimonio, siendo el Mercurio la hembra, pasivo y volátil; siendo el azufre el macho, activo y fijo. Bajo un arco iris que recibía el poderoso resplandor de una nube, un obispo bendecía la unión entre el rey y la reina de la Obra, por encima de los cuales brillaban el Sol y la Luna. Esta pareja quedaba unida por la energía de la Sal, ya que ésta no era un principio, sino una consecuencia de la unión del Azufre y del Mercurio.

Y así, la alquimia era calificada de Arte de Amor, pues se glorificaba a la Naturaleza ayudándola a realizar la unión de naturalezas contrarias. El artista preparaba a la hembra de la Obra para recibir la semilla del macho, llegada de lo alto, pues ya lo había dejado escrito Hermes: "*Lo que está abajo es como lo que está arriba, y lo que está arriba es como lo que está abajo; mediante esas cosas se hacen los milagros de una sola cosa*." Se unían así, bajo criterios de amor, la naturaleza inferior y la superior. Pero todos estos términos no debían ser interpretados al pie de la letra, ni debía uno perderse por el exceso de alegorías o imágenes. Debíamos, eso sí, seguir el lema, *solve et coagula*, disuelve y coagula, espiritualiza la materia materializando el espíritu; en consecuencia, liberando conjuntamente el espíritu y la materia.

Solos en nuestro laboratorio, estudiando lo desconocido, proyectábamos sobre los misterios físicos nuestros propios misterios psicológicos. Heinz estaba convencido de que el modo de hacer el Magisterio no era muy diferente de la forma en que el Gran Arquitecto había creado al Hombre. Pero entonces, ¿cómo lograríamos el *secretum secretorum*, el secreto de los secretos? ¿Debíamos, pues, convertirnos en dioses? Ésa parecía ser la clave, pero la misma respuesta nos llevaba a terrenos inexplorados. Podíamos ver surgir el miedo como si de un oscuro manantial se tratase. El miedo al poder nos inundaba y

nos alejaba del éxito sin darnos cuenta.

CAPÍTULO XXIV. De algunos conflictos de la época y de cómo Karl aprendió a leer y a escribir.

El hecho de que tuviéramos que estar en cierto modo aislados del mundo no era demasiado inconveniente, y como Epicuro, considerábamos a la sociedad un mal necesario. También Hippias había defendido en su tiempo la autarquía, la independencia del individuo frente a la comunidad, pues su ideal era que el hombre era libre y se bastaba a sí mismo, no siendo un mero reflejo del colectivo social. Tal vez fuera aquel pensamiento el que llevara a Hippias a ser asesinado.

Para aclarar un poco aquel deseo de alejamiento explicaré que en muchas ciudades de Alemania, así como en diversas partes de Europa, fue calando hondo el odio hacia los judíos, a quienes se les consideraba culpables de la devastadora epidemia de peste. Sufrieron violentas persecuciones instigadas por la Iglesia y secundadas después por el mismo pueblo que escuchaba aquellas acusaciones sin fundamento, y así juzgaba y condenaba sin apenas dudas. El pueblo semita, apartado de las propiedades de la tierra, estaba dedicado casi exclusivamente al comercio, a la joyería o a la usura, y aún viviendo en barrios exclusivos eran víctimas de todo tipo de acusaciones y antipatías, más aún cuando muchos se dedicaban a la recaudación de los impuestos. Ya desde un principio, culpados de la muerte de Jesucristo, no podían librarse de la ira popular, y aunque muchos recurrían a sus servicios, eran acusados una y otra vez de ir en contra de la Iglesia al no abandonar sus hábitos, su lengua ni sus creencias. Supe de matanzas en Regensburg y en Munich; supe también de aquel profundo odio que sólo el racismo, el fanatismo y la ignorancia podían hacerme entender.

Había mucho desorden por doquier, y el seno de la Iglesia no era una excepción. El miedo a ser contagiados llevó a muchos clérigos a abandonar sus parroquias y retirarse al campo, olvidando que su deber era asistir a sus fieles en el momento de la muerte. Y aún más, pues predicando la pobreza amaban con desatino el dinero y los ricos objetos; amaban también la compañía de concubinas muchas de ellas conocidas hasta públicamente, pero no era ése un verdadero problema, pues allá ellos con sus conciencias. El conflicto radicaba en aquella absoluta falta de ética, incomprensible para mí, porque hasta en el palacio de los papas en Avignón la corrupción era moneda

corriente. Y a todo esto, el papa Clemente VI, instalado allí, no era total objeto de mi desagrado, pues parecía ser que favorecía las artes y además, según me habían dicho, estaba dando muestras de una extraordinaria caridad en medio de la locura de la peste. Lleno de coraje y valentía, había proporcionado refugio a judíos que habían sido acusados de la plaga.

Existía una total confusión de la que yo mismo no me libraba, pero para evitar profundos dilemas que me distraían de mis tareas, opté -optamos- por olvidar todo aquello y tratar de que a nuestro alrededor todo fuera lo más placentero posible, formando de esa manera un pequeño reducto de bienestar.

Conseguí por aquel entonces una copia que hacía tiempo había encargado del *Satiricón* de Petronio. Comencé el año nuevo leyendo la obra de aquel hombre de quien se creía que los fragmentos que habían quedado de su obra procedían del acta que escribió antes de morir. Al parecer, acusado de haber tomado parte en la conjuración de los Pisones, vio que no teniendo salida ni defensa posible era mejor poner él mismo punto y final a su vida. Se abrió las venas y se las ató después para no morir enseguida. Habló con sus amigos y castigó y premió a algunos de sus esclavos. Siendo frecuente la adulación al emperador en los testamentos, hizo él lo contrario, relatando las vergüenzas de Nerón. Pero aquella obra era imposible que la hubiera escrito momentos antes de su muerte, pues ni aún atadas sus venas era comprensible que consiguiera una fuerza tal como la que conllevaba escribir durante largo tiempo venciendo a la debilidad y al propio dolor, así que con toda probabilidad era anterior. Encontré en aquella obra historias, poemas, parodias, caricaturas y críticas literarias, alternándose un variado estilo con el latín culto y el lenguaje popular.

Mi esposa había decidido hacer algunas copias de los libros que poseíamos y guardarlas en alguna estancia oculta. Amaba tanto como yo el saber y aunque entonces era bastante improbable un ataque al castillo gracias a la cantidad de servicio y vasallos a nuestro favor, nunca estaba de más reservar los más preciosos ejemplares, más aún si existía el riesgo de ser visitado por algún miembro de la Inquisición. Fue un trabajo que tomó con ganas y con el ímpetu de cualquier buen amanuense, y aunque por las mañanas se dedicaba a dirigir el servicio y a seguir cuidando de la buena marcha del castillo ayudándome en muchos quehaceres administrativos, las tardes e incluso algunas noches subía al torreón y copiaba manuscritos con su cuidada letra. Era una tarea que requería tiempo y concentración, pero como todo aquello que realizamos gustosamente porque nos sale del interior, no podía ser calificado como un arduo trabajo.

Por otra parte, habíamos designado unas horas a la semana a

enseñar a Karl a leer y a escribir, y aunque en principio fue la misma Clarisa quien se dedicó a abrirle los ojos hacia un nuevo mundo, fui yo quien él verdaderamente deseaba como maestro. Su vergüenza ante sus faltas y su dificultad con la pronunciación y la lectura hacía que prefiriese ser corregido por un hombre como él, pues su nula educación le llevaba a tener conceptos equivocados del hombre y de la mujer. Mis ocupaciones y las suyas no nos dejaban demasiado tiempo libre, pero aún así logré que en poco tiempo leyera de forma bastante correcta. No se libraba de las dudas ante una u otra palabra, pero salvaba los obstáculos con valentía y aplomo. Yo sabía que antes de dormir leía en voz alta para poder mejorar el próximo día que yo le preguntara, y aquel interés me agradó no ya por los progresos, sino por la inteligencia que se podía apreciar en aquel muchacho que ya había llegado a los diecisiete años y parecía bastante inclinado hacia una de las sirvientas. Pero antes de explicar aspectos de la vida sentimental de Karl me gustaría relatar algunas cuestiones más de su proceso de aprendizaje y de su consiguiente alejamiento de la tosquedad y el analfabetismo en los que había estado hasta el momento.

La primera frase que le insté a copiar una y otra vez hasta que cogiera el ritmo en la escritura fue la siguiente: "*Malos testigos son los ojos y los oídos de quienes tienen alma de bárbaro.*" Leyó primero las palabras de Heráclito y las volvió a repetir de nuevo en voz alta. Después, me miró y me preguntó si creía que él tenía alma de bárbaro, pues a veces había oído en mis conversaciones con Heinz que yo había manifestado la idea de que la ignorancia hacía bárbaros y brutos. No pude más que sonreírme ante la inocencia y la preocupación con que me preguntaba, y antes de que yo pudiera responderle, quiso aclararme que su verdadero deseo era aprender muchas de las cosas que a mí me habían hecho un hombre cultivado, y que se aplicaría cuanto fuera necesario. Añadió que se arrepentía de muchos de los actos que había cometido, sobretodo con los animales, y que seguro que a partir de entonces si la cultura entraba en su corazón se comportaría mejor y más dignamente, cosa que también repercutiría en mi favor, pues tendría a mi lado un siervo a quien apreciaría más.

Yo le escuchaba hablar y me parecía no entender bien tantas palabras seguidas pronunciadas por su boca escasa de ellas. Vi que aquel día en que decidí llevármelo al castillo no había estado en absoluto errado, pues la dicotomía en que mi opinión se halló en aquel momento debido a su apariencia desarrapada y su mirada huidiza, se decantó finalmente por la impresión que causaba, la confianza que su misma presencia influía.

Y entonces le tenía allí, sentado ante un libro, con una pluma de oca entre los dedos y un pergamino donde copiar una sentencia de

Heráclito; pero es que él mismo ya lo había dicho: "*Todo fluye, nada permanece*." Y el espíritu de mi sirviente Karl no iba a ser menos, y así, con más edad, experiencia, conocimientos y mi influencia, iba a convertirse en el hombre de bien que sería años después.

CAPÍTULO XXV. En que relato la buena noticia que supuso el conocimiento de que iba a ser padre.

La salud de Clarisa no era todo lo buena que podía desear. Una mañana, nada más levantarse, se vio asaltada por los vómitos, y estando indispuesta todo el día tuvo que permanecer en la cama sin probar ningún alimento, pues la comida le hacía venir más náuseas. Su cara estaba pálida y ojerosa, cosa que me preocupó tanto a mí como a Helga, que enseguida se prestó a prepararle una infusión de caléndula. Al día siguiente, y viendo que sus molestias no mejoraban, empecé a preocuparme de veras llegando a considerar un viaje hasta Regensburg para localizar un buen médico. Mi esposa lo era todo para mí y no quería correr ningún tipo de riesgo innecesario, sobretodo cuando contaba con medios más que suficientes para recompensar generosamente el trabajo de un buen especialista.

Me hallaba yo en la biblioteca, leyendo cualquier pasaje de cualquier manuscrito que ahora mismo no recuerdo, cuando oí los pasos de alguien que subía en dirección al torreón. La puerta se hallaba entreabierta y pude distinguir el ascenso de Helga, un poco fatigada por la profusión de escaleras. Llegó al rellano y con voz algo jadeante vino a comunicarme la gran noticia: Iba a ser padre. Las molestias de Clarisa eran simplemente debidas a su embarazo que, seguramente, y por lo que su experiencia le dictaba, debía andar ya por el segundo o el tercer mes. Yo miraba a aquella mujer, sin verla, porque en mi mirada sólo encontraba una imagen que trataba de definir. Intentaba imaginar cómo sería mi vástago, mi pequeño que un día heredaría todo lo que yo tenía y todo por lo que yo había trabajado. Ya soñaba con enseñarle miles de cosas, con mandarle a estudiar a Oxford o a París. Imaginaba un muchacho fuerte y de ojos grandes y despiertos; un joven apuesto cuya inteligencia y talento le abrirían las puertas del mundo. Mi fortuna respaldaría sus acciones, y sus pensamientos serían parte de los míos propios. Imaginaba un muchacho que ya desde bien niño manifestaría su amor por la naturaleza y por los animales, que me preguntaría acerca de todo y sus continuos porqués serían una bendición para mí.

Helga me apartó de mi ensimismamiento y me recordó que Clarisa deseaba verme enseguida. No hizo falta que me lo repitiera dos veces porque yo ya corría escaleras abajo, saltando incluso algunos peldaños y olvidando el dolor que mi rodilla me causaba si la apoyaba en exceso, para llegar cuanto antes a nuestra habitación. Abracé a mi

estimada esposa y vi que su alegría era igual o superior a la mía. Expresamos suavemente palabras y expresiones que no puedo escribir aquí pero que el lector conocerá y entenderá si es que se ha visto en alguna situación parecida o ha amado con la misma intensidad.

Sin saber porqué, ambos confiábamos en que nuestro futuro hijo fuera varón para que heredara directamente nuestras posesiones, e incluso empezamos a pensar en diversos nombres. Cité yo uno, al azar, que vino a ser el que tenía el padre de Clarisa. Me miró y negó con la cabeza, casi echándose a llorar. Al percatarme de mi poco tacto le pedí excusas y la consolé como pude, pero ella empezó a recordarme su procedencia, su fuga, y me aseguró que sentía mucho el daño que había causado en su familia que seguro la llorarían en muchas ocasiones. Parecía querer darme a entender la posibilidad de escribir a su padre y explicarle todo lo sucedido, que aunque hubiera el riesgo de despertar sus iras era mejor eso que ocultar para siempre jamás su presencia y en consecuencia la de sus futuros hijos, los correspondientes nietos del archiduque.

La severidad que decía tenía su padre seguramente se vería aplacada con la presencia de un descendiente, pero yo no lo veía tan claro, y a la vez me parecía extraño que después de tanto tiempo quisiera Clarisa retornar a sus orígenes, saber de su familia. Tal vez no era lo correcto, pero traté por todos los medios de disuadirla de aquellas intenciones y que, en todo caso, volveríamos a hablar de ello una vez hubiera nacido nuestro primer hijo. Mi miedo principal era enfrentarme a las supuestas iras de un hombre que no comprendería nuestro amor y nuestro deseo de alejamiento del mundo. Si la causa fundamental de la fuga de Clarisa era el pavor a un matrimonio sin amor pactado por su padre, cabía imaginar que éste no comprendiera nuestras razones: La de su hija de hacerse pasar por muerta, y la mía de querer ocultarla cambiando su nombre. Ya el día de nuestra boda se había hecho constar que su nombre era Clarisa de Constanza, después llamada Clarisa von Nettesheim. Porque aunque aquel capellán era de confianza y la ceremonia se realizó en la intimidad, debía de asegurarme que en absoluto su nombre verdadero constara en los documentos. De todas formas, decidimos olvidar aquel peliagudo asunto y centrarnos en la ilusión que nos traía la llegada de nuestro hijo.

CAPÍTULO XXVI. Dónde Karl cae en las redes del amor.

Ya he mencionado antes que Karl parecía haber entrado en el reino de los que suspiran al dios Eros. Y aunque sus ocupaciones eran numerosas y seguía cumpliéndolas eficazmente, encontró lugar en las reducidas horas del día para admirar las cualidades de una de las doncellas del castillo. Con la excusa de tener el apetito siempre abierto y presto a saborear y dar su opinión a nuevos manjares, se dejaba caer por la cocina donde trabajaba Ludmila para tratar de ser agradable a sus ojos. Yo puedo relatar lo siguiente porque fue el propio Karl quien me lo refirió, pidiéndome después consejo y, aunque en un principio me sentí algo turbado, no pude más que comprender que los sentimientos del hombre son complejos, y que cada cual los interpreta y los siente a su manera. Además, la confianza que su revelación conllevaba parecía abrir entre nosotros un espacio mucho más amplio y daba a nuestra relación una dimensión que bien pudiera calificarse de fraternal.

Sucedió, pues, que una noche en que la doncella salió de la cocina para dirigirse a la planta donde dormía la servidumbre, fuera espiada por Karl hasta que la viera entrar en el dormitorio que compartía con otra muchacha del servicio. Quiso el azar que en esa ocasión tuviese que dormir sola, pues su compañera, debido a unos problemas familiares, había partido el día anterior hacia Straubing. Imaginando Karl que ya la muchacha debía estar despojándose de sus ropas y muy interesado en ver qué podía descubrir de su cuerpo, penetró de súbito en la habitación. Nada vio que no fuera aquella joven cepillándose el cabello, por lo que murmuró una débil excusa y pasó a preguntar por la compañera ausente, simulando no saber de su partida. Ludmila respondió de forma vaga, e incluso pareció mostrarse algo molesta por aquel repentino interés que por Margret mostraba Karl. Éste, nervioso porque la muchacha parecía impaciente, resolvió marchar tan impetuosamente como había llegado, y en su corazón podía notar el daño que él mismo se había causado con aquel comportamiento tan torpe y ridículo a los ojos de Ludmila.

Sin poder conciliar el sueño en toda la noche, presa del nerviosismo, se levantó del lecho mucho antes del alba y se dirigió al granero, donde se sentó y pensó de nuevo en la muchacha de sus sueños, en cómo podría de nuevo abordarla sin pensar en sus inhábiles palabras y en el chasco de la noche pasada. Oyó que los gemelos ya

caminaban con su charla animada hacia los establos y comprendió que el sol ya había salido y que debía ponerse a trabajar. Era su costumbre beber un vaso de leche de cabra que él mismo ordeñaba, y yendo presto hacia el corral se sentó en su pequeño taburete para comenzar a apretar con sus manos las ubres de uno de aquellos animales. Ya llenaba su cuenco cuando al ir a levantarse vio que en la entrada, de pie y con un par de escudillas, Ludmila esperaba. Miró hacia el suelo, vio la paja amarilla sobre la que caminaba y pasó por el lado de la joven para marcharse de allí sin dirigirle palabra alguna.

Karl cruzó el patio con su cuenco de leche entre las manos, como si nada más fuera importante, pero su rabia interior, la que abominaba de aquella impotencia, hizo que venciera sus miedos y diese media vuelta. Ludmila aún estaba de pie en el mismo sitio, pues se había quedado mirando los pasos de Karl casi huyendo de ella y de su vergüenza por el día anterior.

Siempre he creído que la mujer posee un sexto sentido dirigido a conocer cuando un hombre se interesa por ella pero no se atreve a revelárselo claramente, y aquel caso no iba a ser una excepción. Karl se acercó a Ludmila y tímidamente pidió disculpas por su comportamiento y manifestó su arrobo y su embeleso ante su presencia, y que ellos mismos le impedían actuar con normalidad. No quiso saber más la muchacha, porque atrevida como era, se creció en su poder de fémina y le emplazó a una hora determinada llegada la oscuridad y la noche.

El resto del día pasó como una exhalación. Toda tarea que emprendía Karl era sobrellevada con el mejor ánimo posible, aunque no se libraba de ciertos despistes y fallos debido a su imaginación y su excitación extremas. Imaginaba las diversas maneras en que podía transcurrir su cita, los diversos modos en que podría manifestar su inclinación hacia la muchacha. Sólo temía que su lengua se trabara inoportunamente y no expresara propia y convenientemente sus sentimientos.

La cita era después de completas, cuando prácticamente todos dormíamos y sólo el frío de la noche y el fulgor de la luna eran testigos del encuentro. ¿Debo citar aquí todo lo que me refirió Karl? ¿O debo dejar para la imaginación del posible lector lo que aquella noche sucedió entre los dos? Acaso los curiosos o los insanos de espíritu quieran fantasear a mi costa, ayudándoles con mis palabras y con mis sabias descripciones, pero a esos no les complaceré pues ya tienen a sus alborotadas mentes para entretenerse con esos juegos; y, por otra parte, a los que simplemente desean algún detalle con que imaginarse la escena les diré que los enamorados de todos los tiempos han protagonizado actos de ese tipo, y que nada habría que añadir o quitar al respecto. Por consiguiente, dejo al libre albedrío de cada uno

lo sucedido, y si el lector es sensiblero, se figurará las tiernas palabras que los amantes se dirigieron; si el lector es ardiente y apasionado, verá fuego en los ojos de los dos jóvenes, o quizás también en sus manos y en su cuerpo. En cambio, si quien sigue estas palabras es idealista o un tanto novelesco, podrá descubrir asimismo aspectos de la escena que le lleven a sorprenderse, a pensar, a descubrir diálogos con gracia no exentos de devoción. ¡Cuántas y diversas formas de encuentro pueden descubrirse cuando un hombre y una mujer se sienten atraídos! Así pues, nada hay que yo deba añadir, y que cada cual imagine a su gusto la manera en Karl y Ludmila decidieron comprometerse por un tiempo que, por suerte o por desgracia, no fue muy prolongado.

CAPÍTULO XXVII. En que se recibe la visita de unos monjes franciscanos con la consiguiente idea de la construcción de una iglesia fuera del recinto principal del castillo.

Por entonces pasaban los días muy rápidamente y casi sin darnos cuenta nos encontramos con la llegada de un nuevo año y con él su primavera llena de bonanza. Los días estaban repletos de luz y de colores que la naturaleza regalaba al paraje donde yo residía. Y quiso el destino o el azar que por allí se acercaran unos monjes a pedir alojamiento durante la noche, y conociendo su presencia y su condición de franciscanos por su hábito, les convidé a cenar convenientemente, que no por predicar el evangelio y ser una orden mendicante dejaban de poseer cuerpos necesitados de buenos alimentos.

Fray Arnaldo y Fray Pietro dieron buena cuenta de los asados que les ofrecimos y no rechazaron el vino y la cerveza que se les servía de continuo. No cesaron tampoco de alabar al Señor por haberles hecho llegar hasta tan buen lugar, ellos que siempre se dirigían allá donde les guiara su luz, de tal forma que me ensalzaban a mí también por la hospitalidad con que les obsequiaba. Quisieron aquellos frailes permanecer un tiempo en el castillo para instruir en la fe de Dios a muchos de nuestros sirvientes, que seguro eran aún brutos que ignoraban de la piedad y de la salvación divina que se les podía ofrecer.

Acepté de buen grado, y aunque me solicitaron aposentos que no fueran en exceso confortables por mantener sus reglas de humildad y austeridad, procuré que no les faltaran mantas y que su estancia en el castillo no significara para ellos penitencia. Consideré que aunque estaban acostumbrados a caminar muchas leguas, pasar frío o el más riguroso calor y mendigando mendrugos de pan, no tenían necesidad de más sacrificio, al menos durante el tiempo que estuvieran bajo mi techo. Durante la cena me hablaron del fundador de su orden, por esa razón conocí las santas cualidades con que se hallaba dotado san Francisco, aquel virtuoso hombre que se consideraba el ser más vil, abyecto y pecador sobre la faz de la tierra. Me contaron de sus visiones, de su discurso a los pájaros, de su sabiduría en amansar las fieras; también de cómo convertía a los más ruines pecadores, cómo podía sacarles el demonio de sus almas y cómo sanaba enfermos. Me

contaron en sucesivos días de sus éxtasis, de cómo había sido tentado por meretrices; de cómo alegraban el ánimo y sanaban las conciencias sus sermones. Y aún con todo eso se creía el más grande de los miserables, merecedor de cualquier desgracia que pudiera acaecerle, pues éstas acrecentaban aún más su amor por el Altísimo. Bien sorprendido quedaba yo por aquella figura excepcional, pero lo cierto es que me hizo comprender que también existían hombres de bien en el seno de la Iglesia y que su benéfica influencia sería de mucha ayuda tanto para los conversos como para los fieles que dudaban como en ocasiones lo hacía yo.

...In nómine Patris, et Filii, et Spíritus Sancti... Pude escuchar las plegarias que aquellos frailes realizaban en una sala que dispuse a tal efecto. Se reunían allí aquellos que lo deseaban para escuchar las enseñanzas de Cristo y aunque al principio fueron pocos, lo cierto es que el verbo de Fray Arnaldo era ágil y no exento de gracia, por lo que sabía atraerse pronto las simpatías de la gente. Y fuera porque me había sentido muy admirado por la figura de san Francisco o fuera porque en mí se había abierto un caudal de fe, consideré la construcción de una iglesia lindante con el edificio principal del castillo. Imaginé que sería si no una construcción vasta, si bien provista de elementos imponentes.

Y aquella obra que empezaba yo a edificar en mi imaginación debía ser ejecutada por un buen arquitecto de los que podía encontrar en Regensburg, en Munich o tal vez en Frankfurt o en Colonia. No es que deseara yo una obra como la catedral de ésta última ciudad, pero sí aspiraba a una cimentación sólida y a la estética que el arte gótico podía ofrecer. Usaríamos entonces el arco apuntado y la bóveda de crucería que ya había podido ver en muchas de las iglesias y catedrales de aquel estilo; y reforzaríamos las paredes con los arbotantes y los contrafuertes. La altura de la iglesia sería destacable, y sería de tres naves y habría tres puertas en la fachada con su correspondiente rosetón. Tal vez, el templo de mi castillo sería una mezcla de la iglesia del monasterio de Saint Denis de Francia con alguna característica de las catedrales de Notredâme y Friburgo, y también, porqué no, con algún detalle que pudieran aportar las *Hallenkirchen*[17]. Me imaginaba ya los frescos que encargaría pintar a algún joven artista pero seguro de gran talento. En aquellas cavilaciones andaba yo cuando me vi interrumpido por una agradable idea.

Con la construcción de la iglesia me ganaría una buena dosis de respeto por parte de algunos miembros de la misma. Aquellos que seguramente dudaban de mí gracias a las posibles artimañas del difunto gobernador Heinrich, podrían comprobar que yo rendía culto

al Creador. Si, como temía en lo más profundo de mi alma, el asunto del robo había llegado de las más altas esferas de la Iglesia, bien podía esperar algún tipo de juicio o de examen en cuanto a las obras que poseía. Bien podía ser visitado por algún juez de la Inquisición y obligado a rendir cuentas. Ya la visita de Konrad von Megenberg me había puesto sobreaviso, pues tal y como me dijo, no sóo él sabía del robo y de la probable existencia en mi castillo de obras impías. De momento me salvaban mi noble condición y tal vez el factor suerte, pero debía estar preparado para alguna sorpresiva visita. Aunque ya hacía tiempo de todo aquel asunto no debía dejar de lado la idea de que Von Megenberg podía haberme visitado con el pretexto de examinar la calidad de mis libros y la impecable calidad de mis ideas. Si era así, podía contar con la buena impresión que seguro le causé, pero no podía eludirse aún la posibilidad de que hubiera sido abierta alguna causa contra mí como sospechoso de herejía. Aún no había sido citado a comparecencia, pero tal vez se esperaba un nuevo rumor o algún testigo que confirmara las sospechas. La presencia de Heinz en el castillo también podía constituir un elemento de riesgo y me hacía volver a dudar.

Todas aquellas conjeturas que bien podían carecer de sólida base y sólo estar fundamentadas en mis miedos, acaso serían olvidadas con la construcción de una iglesia. Empecé a creer que así se alejarían todas las desconfianzas que pudiera haber en cuanto a mí y, de todas formas, estaba dispuesto a lo que fuera con tal de defender mis propósitos que nada tenían de reprobables.

Huí de mis preocupaciones y especulaciones proyectando un viaje. Necesitaba espacio y alejarme un tiempo de mis obligaciones. Dejaría en manos de Clarisa el gobierno del castillo y en manos de Heinz los crisoles con las diferentes mezclas que seguían sin dar el resultado deseado. Me dedicaría a ver cómo se desarrollaba la vida en las ciudades y trataría de aprender de todo aquello que vería para volver recuperado del cansancio que me hacía fluctuar en diferentes estados de ánimo. Me daba cuenta de que había estudiado con ahínco, que había trabajado mucho para sacar a flote el castillo, había conseguido una maravillosa esposa y para después del verano tendría el fruto de nuestro amor.

Había investigado noches enteras sobre los más enrevesados tratados alquímicos y había descifrado lo que para muchos era indescifrable; pero no había descansado. El trabajo existe como complemento del descanso y del asueto, y yo no había reparado hasta el momento en ello. Las pausas en las frías noches delante del fuego eran sólo eso, pausas, pero no verdadero reposo. Necesitaba airear mi mente y el mejor modo era viajando. La progresiva retirada del frío y la llegada de la primavera me ayudarían en mi camino, y sólo contaría

con la compañía de Karl, que había visto poco más que la aldea en la que nació y los alrededores del castillo.

El maestro Heinz se mostró en un principio disconforme con mi partida. Decía que habíamos trabajado mucho y que tal vez estábamos cerca de nuestro éxito. Yo lo dudaba, y traté de que se enojara lo menos posible prometiéndole que trataría de contactar con algún alquimista con quien cambiar impresiones; además, a mi vuelta tendría más fuerzas, el ánimo renovado para trabajar con más ahínco. Él, de todas formas, dijo que seguiría trabajando y me deseó un buen viaje.

Así, con buen ánimo y la promesa de un pronto regreso, partimos Karl y yo una mañana de abril. Fue Regensburg con su riqueza en arte románico, su catedral obra maestra de la arquitectura gótica bavaresa o la iglesia de la abadía de Sankt Emmeran, nuestro primer objetivo; pero fue ya en Frankfurt donde el destino nos llevó por caminos que nunca hubiéramos imaginado.

CAPÍTULO XXVIII. En que visitamos Frankfurt y de lo que allí acaeció.

El núcleo de la ciudad de Frankfurt se extiende a la derecha del río Main, entre la Hirschgraben al Oeste y la Wollgraben al Este, y junto a este río caminábamos Karl y yo después de un copioso desayuno en la hostería. Aunque Clemente VI había prohibido las procesiones de flagelantes, nosotros tuvimos la ocasión de verles. Aquellos hombres aseguraban que la sangre que derramaban durante sus disciplinas tenía santas virtudes, pero poco de santidad veía yo en sus actos, pues atacaban a los judíos culpándoles de todos los males que ellos trataban de exorcizar causándose terribles heridas en sus cuerpos.

Cerca de la torre de la catedral que se había empezado a construir treinta y seis años atrás, y mientras yo atendía a detalles de la construcción, Karl fue alejándose de mi lado atraído por los ojos de una mujer. Justo me di cuenta cuando al requerir su opinión me volví y pude ver que entraba en una callejuela y allí desaparecía por completo de mi vista. Seguí sus pasos y vi que en aquella estrecha calle había varias puertas, todas cerradas. Preguntándome porqué razón mi sirviente me habría abandonado de aquel modo, mi instinto me fue guiando hasta la entrada de una casa más estrecha y baja que las demás. No había otro guardián allí que un gato negro que salía justo en aquel momento por una rendija de la puerta entreabierta, y cuando éste se escurrió entre mis piernas para alejarse renqueante por aquel callejón, me dispuse a entrar sin sospechar nada de lo que vi a continuación.

Hay ocasiones en las que el hombre se deja llevar por sus más inmediatos impulsos sin calibrar ninguna consecuencia, y es entonces cuando pueden ocurrir sucesos como los que Karl vivió, pues atraído por los hermosos ojos de una muchacha y por los gestos que ésta le hacía para que la siguiera, olvidó mi compañía y olvidó que todo viajero debe ser cauto si es que quiere regresar sano y salvo a su lugar de origen.

Entraba yo en el pequeño y vacío vestíbulo de aquella casa de olor extraño, cuando subiendo por las oscuras escaleras podía oír el murmullo de una voz femenina y algún que otro rumor que me llevaba a reconocer la presencia de Karl en el piso superior. Una vez allí, quieto en medio del descansillo, escuché más claramente las voces, y gracias también a que la puerta de la primera habitación no estaba cerrada del todo pude ver un poco de la escena que allí se

estaba desarrollando.

El olor que se sentía ya desde abajo podía ser mejor identificado, pues de allí manaba, y resultó ser incienso que tal vez estaba mezclado con alguna otra sustancia sumamente agradable al sentido del olfato. Desde mi estrecho ángulo de visión podía ver que, separados por una pequeña mesa redonda, Karl y una muchacha de ojos extremadamente bellos conversaban. Ella tenía unas cartas en la mano y las extendía en la mesa. Miraba después a Karl y le decía que pronto encontraría a la mujer de su vida. Le hablaba él de Ludmila y entonces ella asentía y decía: “Sí, es verdad; aquí está…”, y señalaba una de aquellas cartas con ilustraciones que apenas podía distinguir. Como mi compañero se mostrara un poco apesadumbrado ella le consolaba diciendo que si quería podía darle un filtro amoroso para que la muchacha de sus desvelos le quisiera para el resto de sus días, a lo que él accedió con mucho gusto y contento. La mujer se levantó y se apartó de mi vista por unos instantes hasta que regresó y de nuevo se sentó a la mesa. Sostenía un recipiente cuyo interior era de color verdoso y que Karl miraba con ojos interrogantes. Ella recomendaba tomar en aquel mismo momento el bebedizo, pues era de lentos efectos pero harto beneficiosos. Poseedora de unos ojos hipnotizantes y de una voz cautivadora convenció sin más palabras a mi querido e incauto amigo que bebió y bebió hasta acabar con todo el contenido de la botella.

En aquel momento mi atención se vio requerida por unos ruidos que oí en la planta inferior, por lo que me escondí en la habitación contigua y mantuve la puerta entreabierta para oír bien lo que sucedía. Parecía que alguien arrastraba un pesado bulto y se quejaba de su peso al subir aquellas angostas escaleras. La voz era de una mujer mayor, bastante malcarada y poco diestra en el uso correcto de las palabras, por lo que me dio a entender que sería extranjera, tal vez italiana. Intuyendo que ya debería estar llegando al último escalón, me di cuenta que en aquel rellano sólo había dos estancias a parte de la que se hallaba Karl, y que bien podía aquella mujer entrar en la que yo me escondía. Dándome la vuelta y aunque la oscuridad era importante, pude distinguir un oportuno y gran armario que podía ocultarme llegado el caso, pero por fortuna no hizo falta, pues las blasfemias de la boca de aquella vieja y sus pasos la llevaron a la habitación situada enfrente de la mía, y si yo miraba por el resquicio de la puerta podía descubrir una sala que poco a poco fue iluminándose gracias a las lámparas de aceite que iba encendiendo entre sus continuas quejas. A todo esto, me extrañó no oír la voz de Karl, pues las paredes de aquella casa no me parecían gruesas en exceso, más bien al contrario, pero mi curiosidad por ver que era lo que la vieja aquella llevaba en la bolsa me llevó a quedarme donde

estaba unos minutos más.

Seguía percibiendo en el ambiente aquel agradable olor y me arriesgué a abrir un poco más la puerta para poder ver mejor lo que la arpía aquella había colocado encima de una gran mesa rectangular. Fue sacando cosas de una naturaleza tal que cualquiera podría decirme que yo me hallaba bajo los efectos de alguna sustancia alucinatoria, pero estoy bien seguro de lo que vi y por eso lo escribo ahora.

Cuando aquellas manos arrugadas se introducían en el saco y se perdían en su oscuridad, volvían a la luz para dejarme ver huesos y calaveras humanas. Estaba realmente asombrado y no me daba cuenta del tiempo que transcurría observando la forma en que la mujer los iba disponiendo a la vez que los rodeaba de velas blancas y rojas. Era clara la preparación de un hechizo de magia negra, cosa que me desagradó sobremanera pues siempre he estado en contra de aquellos sortilegios destinados a dañar al prójimo o a solicitar cosas que sólo las potencias infernales pueden conseguir. Porque nada tiene que ver la magia negra con la magia blanca, pues ésta última trata de las influencias celestes y benéficas y de toda obra que presida las ideas de amor y de bondad.

La hechicera aquella efectuó una serie de gestos con la mano izquierda que me convencía aún más del tipo de magia que estaba realizando[18] y, entonces, repentinamente, un soplo de aire cerró la puerta y nada más pude ver de lo que estaba realizando. Ignoraba el lapso de tiempo transcurrido, pero comprendí que era urgente salir de aquella casa, alejarnos lo más posible de los influjos que de allí se podían derivar. Así que me apresuré a salir de mi escondrijo y sin más preámbulos entré en la habitación donde se hallaba Karl, y vi que estaba solo y dormido en la silla y que no respondía a mis zarandeos.

Aquella estancia era pequeña y llena a rebosar de los más variados objetos, desde talismanes de diversas formas y colores hasta largas cabelleras colgadas por las paredes. Reparé en una jarra con agua y no pensé más que en mojar a Karl con ella para que despertase de su inconsciencia, pues no había más opción que esa o la de cargar con él escaleras abajo. Pero como la frescura del agua lo reanimara enseguida, procuré que despabilase y que marcháramos de allí lo antes posible. Ya sospechaba yo que los bolsillos de mi compañero debían de estar vacíos, y que seguramente la bolsa que llevaba al cuello con un par de antiguas monedas de oro que le había regalado, habrían desaparecido también. Y así fue, en efecto. Aquella mujer había visto en Karl la posibilidad de encontrar moneda fresca ya fuera por su buen aspecto o por su agradable rostro, o ya fuese porque ella poseía la facultad de ver el inmediato futuro.

El pobre muchacho se mostró muy arrepentido por no haber sido

más cauto cuando una desconocida lo llamaba, y se excusaba una y otra vez diciéndome la fuerza con que aquellos ojos le habían atraído, cosa que me hizo pensar en la influencia que determinadas personas ejercen sobre otras por medio de la mirada, pues, según algunos aseguran, es posible influenciar con el poder de los ojos, calificándose este fenómeno de magia como *jettatura*. Se dice que esta técnica es bastante usada por los que están dominados por el odio hacia alguna persona, y su mirada influye de forma negativa en aquel que ha sido objeto de su rencor.

Y acompañados de mis meditaciones llegamos a la hostería, donde nos sirvieron enseguida dos grandes jarras de cerveza que refrescó nuestras gargantas y aclaró un poco nuestros ánimos. Después de comer Karl se retiró a descansar, pues los efectos de aquel bebedizo y de la copiosa comida parecían amenazarle de nuevo con quedarse dormido. Yo paseé por aquella ciudad que, habiendo nacido en torno a un fuerte romano, fue ampliada por los carolingios para llegar a ser la primera capital de la Franconia oriental. Libre desde 1.254, había sido elegida para la elección y la coronación imperial.

Había mucha animación en las plazas debido a la actividad comercial, pero preferí perderme por lugares poco frecuentados, e incluso hice algunas paradas en tabernas que seguro pocos recomendarían. Gustaba en ocasiones de saborear las vidas de aquellos menos agraciados, de los que tenían dificultades para mantenerse dignamente en el lugar donde les correspondía vivir. Gustaba de sentarme y ver cómo los borrachos se tambaleaban y cómo los sacaban a patadas del establecimiento. Gustaba de ver algún loco que hablaba sin cesar y sus palabras se perdían entre los sorbos y la indiferencia de los demás. Podía ver así las diferencias existentes entre uno y otro mundo: el mío y el del resto.

Porque en mi mundo la vida se ampliaba y quedaba protegida por la inteligencia, por la cultura, por el poder, por el patrimonio y por la riqueza. Y en cambio, aquel mundo que veía en las calles más oscuras y en las tabernas más sórdidas estaba reducido a aquella propia sordidez y bajeza, y las salidas que pudiera alguno encontrar lo volvían a llevar al mismo punto. La pobreza llevaba a más pobreza; la locura a más locura. Un borracho no dejaría de serlo si yo le proporcionaba monedas para alimentarle mejor y dar un mejor techo a su familia, porque cuando aquellas se acabaran volvería el hombre a la taberna y se lamentaría de su suerte, y sus hijos volverían a llorar y su mujer a rogar a Dios. Todo era una rueda; la rueda de la fortuna: Un gran círculo que giraba en torno al mismo centro. Pero la fortuna ayuda si uno mismo se ayuda, de eso estoy seguro. Sólo la desidia nos puede hacer perder el rumbo de nuestro propio destino, y el nuestro

nos llevó a dejar aquella ciudad y a dirigirnos hacia Colonia.

CAPÍTULO XXIX. En que visitamos Colonia, nos alojamos en casa del barón von Rochelis y aparece la peculiar figura del arquitecto Lorenzo dal Moschio.

Fundada por Claudio en el año 50 d. C con el nombre de *Colonia Claudia Ara Agrippinense*, la ciudad es un importante centro mercantil situado a la izquierda del Rhin. La catedral se comenzó a construir en 1.248 y pueden destacarse sus enormes vidrieras, la cruz de san Gereón y diversas e importantes piezas de orfebrería además del Arca de las reliquias de los Reyes de Oriente, que el arzobispo Reinald von Dassel trasladó desde Milán a Colonia en el año 1.164, después de la conquista de la ciudad italiana por los ejércitos de Federico Barbara. El creador del proyecto de la catedral fue el arzobispo Konrad von Hostaden, que decoró la construcción con elementos de contenido tanto místico como esotérico. Buscó inspirarse en otras grandes obras, como las catedrales de Reims y Amiens, para encontrar las formas que convenían a su gusto. Corrieron rumores de que el arzobispo había realizado un pacto con el diablo para que la catedral mantuviera siempre su solidez, y que cuando finalizara su construcción llegaría el final de los tiempos.

Visité también algunas de las iglesias de la ciudad, las de San Jorge, San Gereón y la de los Santos Apóstoles. Tal vez recorrí alguna otra, pues en aquellos días la lluvia nos retuvo en la ciudad más tiempo del que habíamos previsto.

Nos alojábamos en las habitaciones que para nosotros había dispuesto el barón Gustav von Rochelis en su hermosa residencia de la ciudad, y como el tiempo no nos acompañaba, pasamos muchos ratos conversando y regocijándonos con el placer del vino y de la buena comida con que nos obsequiaba. Habiendo quedado viudo recientemente, contaba que pretendía a una dama casada con la que por el momento sólo podía encontrarse en muy contadas ocasiones y siempre aprovechando la ausencia del marido. Veíale yo brillo en los ojos a pesar de la distancia que lo separaba de su amante, pues en cuántas ocasiones ésta es aún mayor portadora de ilusiones, de promesas y de soñados deseos. Me hablaba de su dama como un clérigo hablaba del Salvador, y sus manos se movían en gestos inquietos como inquietos estaban sus ojos por volverla a ver. Decía el barón que la correspondencia era abundante, aunque siempre bajo términos de discreción, pero las palabras encendían todavía más su

pasión y no veía el momento de que el señor duque marchara para poderse materializar el tan ansiado reencuentro.

Era el barón un hombre bastante cultivado que poseía libros de interés. Sus gustos eran variados, y bien se decantaba por la literatura latina como por la épica de influjo francés o la epopeya popular. Aficionado a la música, tocaba con destreza la cítara, y no dejó de ofrecernos un pequeño concierto en su recámara. Ciertamente me encontraba bien cómodo y a gusto en compañía de Gustav, y aunque en ocasiones discrepábamos y nuestros puntos de vista se alejaban un tanto, la natural simpatía que nos unía hacía alejar todo enfado o disgusto. Recuerdo la ocasión en que habiendo cenado copiosamente, dije que habiendo ya rendido los honores a Baco correspondía rendirlos a Morfeo, a lo que el barón replicó que el considerar a Dyonisos-Baco como dios del vino era propio del vulgo, y que había que mantener su dignidad como dios de la vegetación, o como el dios de las almas y de la resurrección, que así también era considerado. Yo, que andaba un tanto acalorado por el exceso de licores, asentí sin más problemas y aseguré que por una cuestión como aquella no íbamos a discutir, y que fuera Baco dios de lo que fuese, nosotros siempre seríamos amigos y que me vería muy honrado de poder recibirle en mi castillo en un día no muy lejano. Le acompañé hasta su habitación, pues su paso era confuso y su mirada turbia, y hasta tuve que acomodarlo en la cama y llamar a su criado para que lo desvistiera. Y una vez estuvo dispuesto e iba yo a retirarme, ya en la puerta oí que pronunciaba un nombre de mujer. Sonreí y lo dejé en brazos de Morfeo, que seguro le traería a su amada durante la noche y la resaca de la mañana sería menos enojosa.

En los siguientes días el barón prometió presentarme un arquitecto que vivía cerca de allí para que hablásemos acerca de la construcción de la iglesia de mi castillo, y así lo hizo y comprendí su buena voluntad, pero aquel personaje que parecía salido de la cripta de un camposanto no me agradó en absoluto y, tras una entrevista que duró desde nona hasta casi completas, pude conocer a alguien cuyo recuerdo aún perdura bien vivo en mi memoria.

Era aquel supuesto experto en construcciones un sujeto oscuro tanto de apariencia como de intelecto. Poseedor de unos ojos grises y rasgados que hacían su mirada torva y desconfiada, se movía de forma incesante de un lado al otro de la estancia donde nos hallábamos. Pude observar que su nariz era fina como sus dedos, largos y huesudos, deslizándose ligeros a cada gesto de sus grandes manos sobre los planos que había puesto sobre la mesa. Nos sobrepasaba a todos en altura, y aún contando con que la de Karl y la mía no tenía nada de despreciable. Si bien en un principio sus teorías sobre la edificación, la ornamentación, y el realce del nuevo arte me

interesaron, me vi inevitablemente distraído por su elaborado y altivo modo de hablar, su entonación nasal y aquella figura espigada que atraía mi mirada una y otra vez, de tal forma que las palabras de aquel hombre llamado Lorenzo dal Moschio hablando de la verticalidad, de los grandes espacios, de los contrafuertes y de las coloreadas vidrieras, pasaron a un segundo plano para dar lugar a una situación que para mí fue sorprendente y desusada, ya que pocas veces me he dejado arrastrar por la impresión que algunas personas son capaces de comunicar.

Dado por concluido aquel encuentro en el que casi había participado más el barón que yo mismo, quedamos para reunirnos de nuevo al día siguiente a la hora de la comida. Pero como dal Moschio pareciera haberse dado cuenta de la fascinación que producía en mí, osó invitarme a dar un paseo por las calles de la ciudad que, como todas, ofrecía un aspecto muy diferente durante la noche. Su objetivo era visitar una taberna que siempre abría hasta tarde y de la que él era asiduo parroquiano. Mientras caminábamos iba elogiando la cerveza negra que allí servían y hablaba asimismo de otros temas intrascendentes, pero aquellas palabras amigables se me antojaban oscuras y encubridoras de algo que aún no podía discernir.

Ya llegábamos al lugar deseado cuando pude distinguir en la oscuridad lo que me pareció un cuervo revoloteando no lejos de nuestras cabezas, y un escalofrío me recorrió la espalda no sé si por la humedad y el frío, o por posarse el pájaro aquel sobre el tejado de la casa donde íbamos a entrar. Conocido es por todos que el cuervo es un animal de mal agüero que posado de aquel modo señalaba la próxima muerte de alguien en aquel lugar, por lo que convenía matarlo para eliminar aquel mal presagio. Miraba yo a mi lado y veía a Lorenzo ligeramente encorvado refugiándose en su capa negra, y la escasa luz me hacía ver semejanzas entre él y el grajo, cosa que me hizo desear no poseer una mente tan imaginativa, fantaseadora e influenciable por las tradiciones y los mitos del pueblo. Pero mientras yo me reprendía interiormente ya entrábamos en aquella casa y, después de atravesar la antesala donde algunos bebían y se hacían acompañar por mujeres poco virtuosas, nos dirigimos hacia una pieza interior en la que encontramos congregados unos treinta hombres de diversas edades y procedencias. Hablaban de forma animada, pero allí nadie bebía ni reía a grandes carcajadas; tampoco las mujeres daban colorido a la reunión.

Y al percatarse de la presencia de dal Moschio todos callaron y ocuparon los asientos que habían dispuesto en torno a una mesa principal. Fui invitado a sentarme cerca de aquella especie de púlpito y vi que los allí congregados esperaban ansiosos lo que parecía iba a ser un discurso. Pensaba yo que aquellos hombres serían arquitectos

como él, y que aquella asamblea versaría sobre aspectos que Lorenzo creía oportuno que yo conociera. Pero pronto quedé desconcertado al ver como ocultaba sus ropas mundanas con un hábito níveo y cubría su cabeza con un birrete blanco también. Pronunció entonces unas palabras en latín y todos los congregados respondieron con la fórmula pertinente. Prosiguió entonces Lorenzo con una retahíla de salmos que todos cantaban, pero aquellas composiciones nada tenían que ver con el oficio cristiano, pues los textos eran diferentes y algunas de las letras pude juzgarlas irreverentes con la moral al uso. Al parecer me hallaba en una reunión de una sociedad secreta que presidía aquel peculiar maestro de obras.

Sentado estaba yo escuchando el sermón que siguió a los cantos y a las alabanzas, que comenzaba con las siguientes palabras de Pitágoras: "*Despreciar a los sueños es despreciar a los dioses que nos los envían*". Y así se inició una extensa disertación sobre el mundo onírico que había atraído a los pensadores incluso antes de la venida de Cristo. Los egipcios creían firmemente en las visiones nocturnas y les daban interpretación siempre divina. Hipócrates se valía de los sueños para curar las enfermedades de sus pacientes, pues al parecer se esforzaba en soñar sobre el tema que le preocupaba y por la mañana hallaba la respuesta. Así, este sabio, consideraba sólo en parte que aquellas revelaciones eran mensajes enviados por los dioses. Artemidorus de Daldis constituyó técnicas para la interpretación en su *Onirocrítica*, y en el libro de los Vedas[19] también se podían encontrar instrucciones para su comprensión. Y tanto Platón como Aristóteles también habían dado sus explicaciones a este tema, llegando a escribir éste último un curioso tratado sobre la adivinación por medio de los sueños.

Tras una pausa en la que se sirvió una particular bebida que parecía hecha de hierbas y extractos de frutas, Lorenzo dal Moschio prosiguió su disertación citando a mi lejano antepasado Alberto Magno, pues éste consideraba la interpretación de los sueños como asunto de la magia, y que eran necesarios conocimientos de astronomía para su entendimiento. Llegado este punto, los allí convocados manifestaron sus contrarias opiniones, pues el hombre se hallaba perfectamente dotado de una inteligencia que tanto podía interpretar el mundo del sueño como otros de los enigmas que desde el principio de los siglos han hecho interrogarse a la humanidad.

Dal Moschio les llamó a la calma, pero vi que en sus ojos brillaba una chispa de regocijo por crear una controversia que pronto aumentó cuando preguntó si alguno de los reunidos tenía o había tenido relación con el mundo de la magia, o si alguien era capaz de vislumbrar advenimientos futuros con sus sueños. Alzaba su voz y en la sala aquella crecían los murmullos. Me acordé del cuervo posado en el techo de aquella casa y pensé si todavía seguiría allí; si su presencia

presagiaba terribles disputas en aquella asamblea.

Y no sé por qué razón me vino a la mente lo que a menudo se ha contado acerca de arquitectos que eran emparedados en sus propias obras, desde los de las pirámides del lejano Egipto hasta Dédalo, el constructor del laberinto de Creta. Tal vez, aquella extraña y singular personalidad que configuraba la figura del arquitecto disertador, me llevaba a ser de la opinión de que su vida oscilaba entre la excentricidad y un apetito desmedido por ser ídolo de unos cuántos hombres aún ignorando el límite de la tolerancia que de éstos podía recibir. Comprendí que por su sonrisa de satisfacción conocía bien a los convocados, y que aunque alguno fuera más exaltado que otro, nada tenía que temer. Aquella sólida colectividad tenía creencias arraigadas en la exaltación del hombre y su propio poder, por lo que aún contando con las discusiones que uno u otro podía inducir o provocar, todos estaban de acuerdo en la superioridad del Ser.

Y elevándose una voz de entre aquellos murmullos, pude oír la explicación de un hombre de larga barba que al parecer aseguraba poder vislumbrar el porvenir si por la noche pensaba con fuerza en la pregunta para la que se deseaba respuesta. Y aunque aquella aseveración podía carecer de fundamento para muchos y sobre todo para mí, lo cierto era que en la reunión se aceptaban y agradecían diferentes exposiciones y argumentos que pudieran dar lugar a más polémica.

Lorenzo simuló admiración y le interrogó sobre los logros conseguidos; una cascada de preguntas con el disfraz de la fascinación caía sobre el interpelado que no dudaba en responder incautamente mientras algunas risas se oían en el fondo y algunos gestos calificaban de loco al osado aquel. Pero éste, y aunque en un principio había manifestado un verdadero entusiasmo por relatar sus oníricas experiencias, no pudo dejar a un lado las voces que se levantaron en su contra y se volvió para condenar aquellos improperios.

Me ví inmerso en las disputas de un sorprendente grupo liderado por Lorenzo, que observaba mi pasividad con asombro, pues según más tarde me dijo, creía que yo reaccionaría tomando parte en la discusión y dando mi parecer. Preguntándole porqué creía él que yo podía tener información alguna sobre el tema, me aseguró que podía ver más allá de lo que las apariencias mostraban, y que mi inclinación por la magia era innata como lo había sido en mi padre. Si su intención había sido impresionarme con sus palabras de cierto que lo había conseguido.

Dando por acabada la reunión y emplazándoles a todos para una nueva cita la próxima semana en la que se proseguiría el tema, Lorenzo se quitó el hábito y lo entregó a un muchacho para lo que guardara. Con un gesto me indicó que nos marchábamos, y fuimos

sorteando a todos aquellos que protestaban y deseaban más tiempo para poder exponer teorías y opiniones. Aquellas protestas de nada sirvieron, y fueron apagándose las luces para que nadie quedara en el recinto. Algunos pretendían quedarse en la antesala, pero ya nadie quedaba allí para servir bebidas, así que salieron todos para ir retirándose hacia sus casas. En la calle aún quedamos el arquitecto y yo, pues se veía abrumado tanto por las felicitaciones como por las quejas de los que opinaban que el acto había sido demasiado corto; éstos eran consolados rápidamente con la promesa de una pronta reunión.

Caminábamos ya hacia la casa del barón cuando el sonido de un aleteo hizo que me volviera para ver cómo el cuervo que descubriera horas atrás encaramado en lo alto de la casa volaba hasta posarse en el hombro de dal Moschio. Éste lo señaló como un fiel compañero que siempre le acompañaba desde que lo salvara siendo aún una cría de las garras de un gato, animal que consideraba digno de brujas y hechiceras.

Nuestros pasos iban despacio y nos deteníamos a menudo para considerar aspectos del tema que entonces no tuve reparo en discutir. Pero lo que más me preocupaba era la cuestión de su extraordinaria facultad, tal vez la raíz de mi aversión hacia él, pues cada vez que me miraba me sentía despojado de una parte de mí, como si con cada mirada él pudiera analizar cualquier aspecto de mi persona. Tenía la sensación de que él ya sabía lo que iba a decir en cada momento, pero ninguno de aquellos temores le revelé. A su juicio, aquella reunión había sido un éxito, pues en cuántas ocasiones había visto que muchos de los convocados salían de la sala aburridos por disertaciones en materias que a pocos interesaban, por lo que preferían marcharse a sus hogares en espera de otra velada mejor. Últimamente gustaba de escoger temas polémicos que encendieran los espíritus e hicieran arder las bocas, cosa en la que me manifesté completamente de acuerdo.

Cuando nos despedimos en la puerta de la residencia del barón, dijo que sabía que yo no le ofrecería el trabajo de la construcción de la iglesia, que mi camino estaba en otra parte, pues así lo había soñado. Sonrió mostrándome una perfecta y bien alineada dentadura y se alejó calle abajo canturreando una canción popular.

Una figura bien singular, la del arquitecto aquel, y aunque no me hubiera importado gozar por más tiempo de la hospitalidad del amable barón von Rochelis y de la posibilidad de asistir a una nueva reunión a medianoche, decidí partir al día siguiente para llegar cuánto antes a Hannover.

CAPÍTULO XXX. En que llegados a Hannover, Karl y yo nos encontramos con Konrad von Megenberg.

Al igual que el astrónomo griego Aristarco de Samos, yo creía en la posibilidad de que la Tierra girara en torno a su eje, al mismo tiempo que giraba en torno al Sol, verdadero centro del mundo. Y en aquellos días en que paseábamos bajo el cielo de Hannover y ninguna circunstancia nos alteraba, podía instruir a Karl con mis creencias, que en un principio le parecieron alejadas de todo sentido común. Era él de la opinión, muy generalizada por cierto, de que el hecho de despojar a la Tierra de su protagonismo era turbar su reposo, y que sólo se lograrían encarnizadas disputas entre los sabios y la reprobación de la Iglesia. Por otra parte, al abrirle a la posibilidad de la existencia de tierras ignotas más allá del océano, podía encontrarme con su expresión de escándalo.

Los europeos tendíamos a mirar hacia Oriente, hacia dónde sabíamos que se hallaban países de inmensas riquezas y parajes de gran belleza; pero mirar hacia el Oeste era aventurarse en tierra extraña, en infinidad de peligros. Karl opinaba que el mar acabaría en un gran acantilado desembocante en oscuras fosas, y que creer lo contrario era digno de temerarios. Yo le escuchaba y asentía sin más deseando en lo más profundo de mi alma que alguien, algún día, fuera lo suficientemente intrépido como para arriesgarse a emprender la aventura del descubrimiento de Occidente. ¿Por qué razón no iban a existir tierras más allá del mar? ¿Por qué la Tierra tenía que ser el centro del Universo?

Por aquel tiempo me hallaba algo inquieto por aquellos interrogantes y deseoso estaba de regresar al castillo. Algo en mi interior me empujaba a volver a abrir los vetustos tratados alquímicos y a renovar las conversaciones con el viejo maestro Heinz, a quien imaginaba siempre inclinado hacia el fuego, sosteniendo sus lentes con una mano y con la otra haciendo anotaciones entre murmullos y quejas. Echaba también de menos a mi esposa, y deseaba que llegara la hora del nacimiento de nuestro primogénito. ¿Cómo sería éste?, me preguntaba. Y por las noches, antes de conciliar el sueño, podía imaginarme un niño de ojos despiertos que balbucearía mi nombre; un niño que crecería y sería educado con los mejores maestros; un niño que llegaría a ser un gran hombre, un nuevo conde von Nettesheim lleno de orgullo, inteligencia y poder.

Quiso la casualidad que al salir de la hostería donde nos hospedábamos, donde por cierto se servían excelentes platos de caza, viéramos a un antiguo conocido: Konrad von Megenberg, que caminaba hacia el centro de la ciudad cabizbajo y bien apesadumbrado, como si una gran tristeza asolara su espíritu. En cuanto nos vio intentó esbozar una sonrisa, pero ésta resultó más bien una mueca y sólo sus ojos reflejaron el contento por vernos. Sus primeras palabras fueron éstas, que citaban a Salustio: "*El azar, amigos, es tal vez el seudónimo de Dios, cuando no quiere él poner su firma*." Estas palabras, envueltas en el oloroso hálito que se desprendía de su boca, vinieron a hacernos entender que Von Megenberg había abusado de la bebida, y que en su desvarío citaba a autores que ninguna culpa tenían para estar en aquel momento bajo la lengua de un pobre embriagado.

Karl sonreía viendo a un hombre ilustre como aquel abandonado a la suerte que el vino le traía, y me miraba a mí tratando de descubrir mi sonrisa de complicidad. Pero por el contrario, yo no encontraba graciosa la situación, pues acompañando a Von Megenberg hasta un banco de piedra pude ver mejor la expresión de su rostro compungido, sus ojos tristes, su hablar desatinado. De súbito comenzó a llorar, y ni tan siquiera intentó cubrirse el rostro con las manos.

Aquel día el cielo estaba gris, un gris blanquecino, y el aire estaba extraño. ¿Qué razones tendría aquel pobre hombre para comportarse tal y como lo estaba haciendo? Las gotas de lluvia que empezaban a caer sobre la ciudad determinaron que nos retirásemos a la hostería donde nos hospedábamos, allí donde nuestro desconsolado amigo podría descansar y tal vez explicarnos las razones de su tristeza.

La dueña no dudó en ofrecerle una habitación contigua a la mía, y aunque aún era demasiado pronto para retirarse a dormir, resolvimos que dado su estado era conveniente meterlo en la cama hasta que se le pasaran los efectos del alcohol. Durmió hasta el día siguiente, y dado que la lluvia seguía cayendo en la ciudad pasamos muchas horas en aquella casa, donde no eran muchos los huéspedes por ser el alojamiento más costoso de lo habitual. Cuando por fin von Megenberg dio muestras de recuperación, bajó al comedor donde dio buena cuenta de la sopa que se le sirvió, pero sorprendentemente nos dijo que debía marcharse, y cuanto antes mejor.

Aunque traté de disuadirle, él seguía empeñado en pedir una calesa que le llevara a Viena, pues allí era donde debía regresar. Se volvió incluso violento viendo mis negativas, y sólo amainó un poco su mal humor cuando le enseñé cómo caía la lluvia, cuán arriesgado era salir en aquel momento. Le convencí diciéndole que yo mismo me veía allí prisionero, pues no era mi intención pasar los días en la hostería, sino viajar para pronto estar de vuelta en mi castillo. Un poco más

calmado, se sentó junto a mí y le expliqué la idea de construir una iglesia, cosa que le agradó. Me convenía que él lo supiera, pues seguro estaba en contacto con miembros de la Inquisición. Debía dejarle claras mis intenciones para que él pudiera relatarlas después, llegado el caso.

Transcurría el tiempo muy lentamente, y cada vez deseaba más un cambio de tiempo para poder salir hacia Leipzig, donde quería visitar la iglesia de San Nicolás y citarme con un arquitecto de quien me habían hablado muy bien. Pero por suerte, el relato de von Megenberg y los buenos platos de cerdo asado que la señora de la casa servía, me distrajeron hasta que aquella intensa lluvia cesó y nos pusimos de nuevo en marcha.

La tristeza que aún se reflejaba en los ojos de nuestro amigo era el motivo que le llevaba a pedir más vino en las comidas. Le advertí que era suficiente con el que ya bebíamos, y que no deseaba volver a pasar por el apuro de verle andar embriagado. Como hombre de juicio que era comprendió, y se vio obligado a explicarme las razones por las que bebió y bebió hasta toparse con nosotros.

Todo sucedió en Nüremberg, allá donde nos dijo tenía previsto ir con su discípulo. Discípulo que confesó era una bella joven prima suya. No vio sorpresa en mi rostro y eso le confundió, por lo que tuve que decirle que ya en el castillo supe de su existencia. Un tanto nervioso me habló de las excelencias de la joven, de su inteligencia, de la capacidad que tenía para aprender y para escuchar todo lo que él le enseñaba o le decía. Pero, ¿por qué hablaba en tiempo pasado de aquella joven? ¿Y por qué no le había acompañado en esa ocasión a Hannover?, me preguntaba yo. Pronto hallé respuestas a mis dudas, pues bien compungido, von Megenberg me explicó que su bella prima había pretendido algo más que acompañarle en sus viajes, y que en una ocasión intentó besarle acercándose a su cama por la noche. Él la rechazó, un día y otro, y ante sus negativas, el interés de la joven crecía por momentos. Siendo insoportable para él la presión, trató de convencerla de que debía olvidarse de él, pero nada daba resultado, así que finalmente la obligó a quitarse el disfraz, le dio una carta para que se la entregara a su padre, le puso unas monedas en la mano y le dijo que regresara a casa. Ni siquiera salió a despedirla. Días después fue encontrada ahogada en el río Pegnitz.

Konrad von Megenberg ni siquiera se planteaba la posibilidad de un accidente, sólo se culpaba una y otra vez. Y desde entonces había deambulado de un lugar a otro, durante un tiempo en que sólo el vino lograba hacerle olvidar cuando los recuerdos le asaltaban, cuando los remordimientos le encogían el corazón. Temía no poder superar aquel dolor, no poder vivir sin aquel cargo en su conciencia. Pero, ¿acaso el tiempo no lo cura todo? ¿Acaso los días no nos van trayendo

progresivamente la calma, el sosiego necesario? ¿No se van olvidando los detalles y cada mañana nos aleja un poco más del dolor que una noche sentimos?

Para tratar de distraerlo de sus cavilaciones le propuse comenzar una partida de ajedrez, pues de alguna manera necesitábamos pasar el tiempo aquel que parecía dominado por el diablo. La partida duró tres días, pues ambos éramos diestros en el arte de aquel juego, y poco después de que oyera de su boca las palabras "jaque mate" nos pusimos en marcha Karl y yo hacia la ciudad de Leipzig. Puedo decir que el ánimo de Konrad von Megenberg había mejorado bastante, sobretodo teniendo en cuenta su victoria en el juego, así que consideró tener las fuerzas suficientes para regresar a la escuela que dirigía en la ciudad de Viena.

CAPÍTULO XXXI. En que visitamos la ciudad de Leipzig y tras la breve entrevista con el arquitecto Gustav Köhl, medito sobre mis verdaderos deseos.

En el Antiguo Egipto, el arquitecto Imhotep fue el favorito de la reina Hatsepsut y fue divinizado como dios sanador. Por el contrario, los arquitectos de Roma eran esclavos que debían presentar su proyecto a concurso público, y en Mesopotamia carecían de distinción social.

De esto me hablaba el arquitecto Gustav Köhl, y yo asentía aturdido, pues él yacía en su lecho, enfermo, pálido y algo ido aunque aún con fuerzas para recibir visitas. Me decepcionó mucho ver que él no podría iniciar la construcción de mi iglesia, y ni siquiera puse atención en los planos que me mostró su solícita hermana, que era quien lo atendía. Mi viaje había sido en vano. Y excusándome marché de aquella casa y caminé con Karl por las calles embarradas sin oír nada de lo que él me decía, sin querer entrar ni siquiera en la iglesia de San Nicolás.

¿Qué sucedía? ¿Por qué no podía encontrar a nadie de mi gusto que ejecutara mis planes? ¿Cuánto tiempo más necesitaría hasta hallar la persona adecuada? En mi mente tenía la imagen de un hombre humilde dotado para el cálculo y para el dibujo, que después de sus estudios de arquitectura hubiera visitado las obras que se realizaban en toda Europa, que tuviera en mente construir obras exclusivas para aquellos que las solicitábamos. Pediría para ello alojamiento y comida en el castillo y se le sería concedido; pediría exención de impuestos, plata y tal vez algún abrigo de lana o telas finas y también le sería otorgado. Pero a ésas claras imágenes les sucedían pensamientos que me llevaban a la pregunta: ¿Realmente deseaba encontrar a alguien? Hasta ahora los pocos encuentros con arquitectos habían sido infructuosos, y en la ocasión que más tuve a mi alcance, en una de aquellas reuniones organizadas por dal Moschio, no quise tratar con ninguno, con nadie que tuviera que ver con sociedades secretas como aquella. Me daba cuenta de que mis reservas hacían imposible mi propio deseo, pues hasta el propio Lorenzo dal Moschio me había dicho que sabía que no lo contrataría. ¿Habría perdido yo la oportunidad? Después de todo, dal Moschio era amigo del barón von Rochelis y éste merecía toda mi confianza.

Las dudas me consumían y hablé de ellas a Karl. Ya había comprobado que tenía una memoria que le permitía fijar al instante

en su mente fragmentos recién leídos y luego reproducirlos casi a la perfección, y quiso la casualidad, o más bien la fortuna, que en aquel preciso momento citara a Epicuro, de quien había leído unos pocos fragmentos. Justo me fue a recitar el que más me convenía en aquellos instantes: "*...Pues ninguno de los insensatos se contenta con lo que posee, sino que se aflige más por lo que no tiene. Como los febriles, que por la malignidad del mal tienen siempre sed... , así los enfermos del alma carecen siempre de todo, y son impulsados por la avidez a los más variados deseos.*"

¡*Mein Gott*! ¡Ahí estaba la clave! ¡Ahí podía encontrar la verdadera puerta para entrar en el mundo de la alquimia! Hasta el momento no había hecho nada más que alejarme de mis iniciales objetivos, pero ahora tenía algo claro: Debía alejar de mí las vanas ambiciones, y qué más vano que pretender erigir una iglesia justo cuando mi esposa estaba esperando a nuestro hijo; qué más vano que estar viajando para hacer realidad mis deseos; qué más vano que pretender arriesgar mi salud recorriendo las infectas calles de las ciudades, respirando el aire que ya habían respirado cientos de personas, muchos de los cuales podían ser tuberculosos o afectados por el cólera, por la maldita peste. ¿Por qué estaba arriesgando mi salud y también la de Karl sólo por encontrar a alguien que diera forma a un capricho, a un simple deseo?

Habíamos tenido suerte hasta el momento, probablemente debido a que se daba la circunstancia de que en un mismo territorio había ciudades con un índice de mortandad elevado junto a otras que no sufrían aquella devastación, pues aunque la cuarentena impedía la huida de los sanos, gracias a ella se preservaba a otras zonas del contagio. En las zonas afectadas eran muchos los que salían a las calles y se congregaban en los templos para pedir clemencia al Señor, a quien consideraban el gran castigador, aquel que se llevaba a sus parientes en pocos días mediante aquel mal tan terrible.

Y entendí que lo que en realidad había estado haciendo era huir. Huir de mí mismo y del miedo que tenía a no descubrir jamás la piedra filosofal; ¿o tal vez a descubrirla? Había dejado todo en manos de Heinz aún sabiendo que su salud era débil y que su ancianidad era un riesgo. Tal vez mientras yo estaba allí, en Leipzig, él estaba consumiendo sus últimos días de vida en su lecho de muerte.

Aquella noche decidí que por la mañana regresaríamos a casa, allá donde me esperaba mi esposa y los árboles eran para mí signo de fortaleza. Regresaría allá donde tenía mi verdadera meta, allá donde mi laboratorio se transformaba en más que una sala donde se mezclaban ingredientes, donde se avivaba el fuego, porque allí se forjaba algo más allá de lo humano, más allá de lo terrenal.

CAPÍTULO XXXII. En que regresamos al castillo.

Atravesando la espesura nos hallábamos Karl y yo, y al reconocer ciertos árboles no pudimos evitar el apresurar a nuestras cabalgaduras, pues ya nos aproximábamos al castillo. Y cuando las hojas se hicieron más claras, cuando oíamos con menos nitidez el murmullo del bosque, llegamos al claro que nos permitía ver, allá en la cumbre, mi castillo, el castillo von Nettesheim. Recorrimos los campos que trabajaban mis siervos antes de emprender el ascenso, y pude ver cómo resplandecían en su verdor a la luz de aquel día claro. Y entendí entonces que siempre había amado mis tierras, aquel aire limpio que respiraba, aquella calidez que se desprendía de cada rama, de cada brizna de hierba. Lejos quedaban la fetidez de las calles, el olor a orín de las esquinas, el aliento de cerveza en la puerta de cada casa. Lejos quedaban las veces en que veía cómo algunas mujeres lanzaban agua sucia desde su ventana hacia la calle, e incluso animales muertos. Allí donde me hallaba el sol era más claro y calentaba con más fuerza. Allí en mis tierras me veía a salvo de la peste que avanzaba entonces con virulencia por las cuencas del Rhin y del Danubio. Había sido un tanto insensato por habernos expuesto al contagio, pero llegué a la firme conclusión de que mi acción había sido necesaria para darme cuenta de mis verdaderos deseos, de mis verdaderas necesidades. Comenzaba a entender lo que significaba la paz espiritual necesaria para dar con la piedra filosofal, y no estaba en la consecución de los deseos materiales, sino de los deseos interiores, los deseos más profundos del alma.

Una vez fuimos atendidos convenientemente y nos regalamos con un buen vino para relajar los llenos estómagos, pasé a relatar lo sucedido en el viaje, y si yo olvidaba algo era Karl quien hacía el apunte. Mientras hablaba, no podía dejar de apartar mi mirada del vientre de mi esposa. Toda ella parecía llena de vida, e incluso sus frecuentemente pálidas mejillas aparecían entonces con un sano color. Como fuera que deseé estar a solas con ella, sugerí a Karl que diera un vistazo a los trabajos de los sirvientes, aunque sospechaba que lo primero que haría era encontrarse con Ludmila. La naturaleza de mi fiel compañero era reservada, y poco me había hablado de ella durante nuestro viaje, pero yo sabía de su impaciencia cuando ya nos acercábamos al castillo, sabía de la mirada de sus ojos soñolientos cuando había una pausa en nuestras conversaciones, cuando miraba

un fuego encendido. Era natural su excitación después de tantos días.

En cuánto al maestro Heinz he de decir que se hallaba enfermo, y hacía ya días que no se levantaba de su cama. Cuando hablé con él me di cuenta que se hallaba profundamente decepcionado por no haber hecho ningún avance en su tarea. No encontraba la luz ni en su interior ni en los crisoles que manejaba. Intenté consolarle lo mejor que pude, y le hablé de la revelación que había sentido en Leipzig. Ahora sabía que tenía que alejar de mí todo vano deseo para conseguir el verdadero, porque sí, mi verdadero deseo, mi verdadera meta, era la consecución de la piedra filosofal, el elixir de la larga vida.

—Debemos concentrarnos sólo en esto, Heinz. No debemos apartarnos ni por un momento de nuestro empeño —le dije.

Sus ojos parecieron brillar, se produjo un silencio entre los dos y seguidamente, con voz cansada, me invitó a salir de su habitación.

Lo arropé y lo dejé durmiendo.

Al día siguiente Karl vino a mi encuentro muy temprano. Me comunicó el estado de cuentas y vi que no era todo lo bueno que cabía esperar. Comprendí que mi marcha había sido una locura, que por un súbito capricho había dejado todos los logros conseguidos en manos de los demás. Karl me prometió hacerse cargo de todo, y como siempre, confié en él. Sé que se encontraba a gusto con sus tareas, pero en aquel momento vi que no prestaba demasiada atención a mis palabras, por lo que le pregunté si le ocurría alguna cosa, si necesitaba algo en especial. Se levantó de su silla y paseó por la sala. Yo le miraba extrañado, pero pronto comprendí que su falta de atención y su mirada extraviada eran producidas por una pena de amor.

Así era: Ludmila le rechazaba. Ludmila había olvidado todo cuanto habían compartido. Y lo peor de todo: Ya se había comprometido con otro, precisamente con un trabajador de la fragua con quien Karl no simpatizaba en absoluto. A medida que me hablaba su enfado iba creciendo, hasta que finalmente se transformó en rabia.

—Le mataré, *Herr*. Esté seguro de que le mataré si ése bastardo me habla aunque sólo sea una vez.

Era natural que no descargara su odio contra Ludmila, sino contra el que, según Karl pensaba, era el culpable de todo. No quería pensar ni por un momento en la volubilidad de aquella mujer, en el supuesto de que ella se encontrara a gusto con aquella situación. Pero nada le dije. No quise ahondar más en su dolor, por lo que le dejé marchar sin dar importancia a sus palabras llenas de ira.

Recibí después a Fray Arnaldo y a Fray Pietro, que esperaban con ganas la entrevista. En cuanto entraron comprendí que les decepcionaría, que no entenderían mi decisión de abandonar el proyecto de la construcción de la iglesia. Por supuesto que no podía hablarles de mis experimentos alquímicos, así que me vi obligado a

refugiarme en la excusa del mal estado de mis arcas, con lo que me gané su comprensión. Tuve que actuar como si sintiera un gran pesar, y antes de que me preguntaran detalles y asuntos que no quería responder, les pedí que me dejaran solo pues debía poner en orden muchos asuntos. Fray Pietro, antes de cerrar la puerta tras de sí, se volvió y dijo que la casa del Señor está en nuestros corazones, y que cualquier lugar es bueno para rendirle culto. Por lo tanto, la sala que usaban a tal efecto, sería mejor acondicionada y se convertiría en una capilla que nada tendría que envidiar a las mejores iglesias, aunque sería sólo Fray Arnaldo quien se haría cargo de ello, pues él deseaba viajar a Roma.

Necesité algunos días para ponerme al corriente en todos los temas concernientes al castillo y a mis tierras. Tuve que despedir a obreros que habían causado irregularidades así como juzgar a algunos hombres que habían cometido delitos graves y habían sido encerrados como medida cautelar hasta mi llegada. Se reanudaba mi vida en el castillo.

CAPÍTULO XXXIII. En que el judío Liebkind Mötl pide asilo en el castillo.

Desde los púlpitos se seguía acusando a los judíos de la muerte de Cristo y de la epidemia de peste que asolaba Europa. Considerados un pueblo maldito, se destruían sus hogares, se saqueaban sus negocios, se les asesinaba impunemente. Y pidiendo asilo, llegó al castillo un viejo amigo precisamente judío con quien había compartido estudios en Oxford: Liebkind Mötl. Liebkind, acompañado de su esposa Sonya, había huido de Praga. El último recurso que les quedaba era yo, pues Liebkind conocía de sobras que mi carácter no estaba afectado en absoluto por el antisemitismo. Les recibí atentamente, pero aún así veía en los ojos de Sonya el recelo de todos aquellos que mucho han sufrido. Desconfiaba de mi poder, y tal vez temía las consecuencias que podría conllevar el haberse puesto en mis manos.

Según me relataron, la primera noche de su llegada habían huido temiendo morir a manos de los exaltados que habían ocupado el barrio judío, a manos de aquellos que no dudaban en emplear las armas contra todos los de su clan. Muchos huían hacia otras ciudades europeas, y otros se alejaban aún más, llegando incluso hasta la lejana Persia.

Los conocimientos de medicina de Liebkind me fueron sumamente útiles para solucionar los problemas de salud que se originaban continuamente, y pronto fue considerado el médico del castillo. Ya no necesitaríamos los remedios de algunas viejas que se afanaban en la preparación de cataplasmas y ungüentos para curar las heridas de los jinetes que eran derribados por sus caballos. Él se ocuparía de todo aquel que necesitara la ciencia que dominaba y así ganaría su sustento, pues no deseaba vivir mucho tiempo en mis dominios sólo gracias a mi apoyo y a mi dadivosidad. Era una manera de emplear su tiempo con una tarea que le agradaba, aunque para continuar dedicándose a sus estudios empleó sólo las mañanas para atender a los enfermos, y en las tardes pudo entonces concentrarse en los libros que había podido llevar consigo. Viendo su afición le mostré mi biblioteca, y al percatarme de su fascinación le permití que en ocasiones estudiara allí junto a mí para que se sintiera más cómodo.

Los primeros días de su estancia en el castillo se alojó con su esposa en una de las habitaciones que se dispusieron para ellos, pero pronto le propuse que ocupara una casa que había quedado abandonada tras la muerte de todos sus ocupantes: la casa en que vivió el difunto

gobernador Haagen. Así que Liebkind y yo la visitamos y primero convinimos en que era necesario purificarla y limpiarla con detenimiento, pues allí se podían oler aún los efluvios de la muerte y de la enfermedad. Ordené a unos criados que sacaran los pocos muebles viejos que allí había y que los quemaran en el exterior; que hicieran arder hojas y ramas de eucalipto para que purificaran el ambiente.

En el tercio superior de la jamba derecha de la puerta de su nueva casa Liebkind colocó un pequeño tubo de madera que contenía un pergamino enrollado en cuyo anverso estaban escritas veintidós líneas del Deuteronomio, y en el reverso estaba escrita la palabra *Shaddai,* Todopoderoso. Algunos de los versículos del Deuteronomio allí citados dicen así: *"Escucha, Israel: Yahvéh es nuestro Dios, sólo Yahvéh. Amarás a Yahvéh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y toda tu fuerza. Queden grabadas en tu corazón estas palabras que yo te mando hoy. Se las repetirás a tus hijos, se las dirás tanto si estás en casa como si vas de viaje, cuando te acuestes y cuando te levantes; las atarás a tu mano como una señal, como un recordatorio ante tus ojos; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas."*

Regalé a Liebkind un caballo, un buey y una vaca, y a cambio recibí un frasco que contenía una medicina útil para diversas dolencias, en especial la jaqueca, que últimamente me sobrevenía con frecuencia. Su mujer bordó ropas para la mía y confeccionó dulces que fueron la delicia de aquellos que los probamos. A todo esto he de decir que la presencia de Liebkind también la consideré buena sobre todo debido a la cercanía del parto de mi esposa. Quería que todo se solucionara de la mejor manera posible, y no quería correr riesgos cuando llegara ese día. Quién mejor que fuera un viejo amigo, un buen médico, el que asistiera a Clarisa.

Aunque Liebkind estaba satisfecho y agradecido por la buena acogida en mis tierras, no dejaba de verlo en ocasiones cabizbajo, meditabundo. Me habló de aquel odio contra su pueblo, de todas las calumnias de que habían sido objeto. Su propio padre había sido acusado de envenenar un pozo con animales muertos y obligado a confesar aquella mentira bajo tortura. Liebkind se preguntaba de dónde provenía la maldad de los seres humanos, y yo, que no tenía la respuesta, me limitaba a encogerme de hombros.

CAPÍTULO XXXIV. En que nace mi hijo y me visita el ángel de la Revelación.

Ocurrió en una noche en que hubo un eclipse de luna. Muchos eran los que decían que los eclipses anuncian desgracias y calamidades, y oí que Helga comentaba con Clarisa que el eclipse era causado por algún mago que había realizado un conjuro mágico para hacer descender y cubrir de espuma mágica las plantas que usan los brujos para preparar sus maleficios. Decía que para que la luna no oyera las palabras del encantamiento, al iniciar el eclipse esos magos ocasionaban un gran estrépito.

Tras oír aquellas palabras pensé, incoherentemente, que tal vez en el castillo pudiera hallarse alguno de aquellos nigromantes, pues casualmente oímos ruido desde el salón. Me dirigí al patio y uno de mis vasallos me salió al paso anunciándome la pelea que estaban llevando a cabo Karl y el pretendiente de Ludmila, uno de los trabajadores de la fragua llamado Ernst. Al parecer, y tras proporcionar un buen espectáculo a todos los que se hallaban en el patio del castillo, Ernst decidió salir de allí, huir a caballo, pero Karl ya le iba a la zaga. Nada podía yo hacer. Tratar de seguirlos hubiera sido inútil, sobretodo en aquella noche sin luna, noche en la cual todo el mundo quería encerrarse en sus casas y rezar por que pasara cuanto antes aquel misterioso suceso astronómico. Un anciano vino a mí cuando ya iba a retirarme. Dijo que veía sangre, que por la mañana sabríamos de una muerte. Clarisa y yo rezamos por Karl. Confiaba en su fortaleza, pero también sabía de sus sentimientos cegados por el odio.

Cuando todo estaba en silencio y yo leía sumido en las profundidades de un tratado alquímico, Clarisa dio las señales de parto. Helga comenzó entonces a hervir agua y a preparar paños para asistir a mi esposa. Liebkind ya estaba junto a ella, aguardando el momento, pero todo sucedió muy deprisa, pues el niño se deslizó como un suspiro entre sus piernas resbaladizas hasta ser recibido por las grandes manos del médico, que le cortó el cordón y se lo entregó a Helga, quien lo lavó y le retiró todos los restos del vientre de su madre para después envolverlo en una pequeña manta y ponerlo al lado de Clarisa, que se había adormecido y no pudo ver que el rostro de Helga estaba lleno de lágrimas.

Liebkind llamó a mi puerta, dejé a un lado el tratado y me levanté cuando vi su rostro grave. Al preguntarle qué ocurría contestó, un tanto confuso: -El niño, Gérald; sufre una malformación. Fue una

manera sutil de definir su estado.

En la habitación donde estaba Clarisa las sombras se agolpaban en el lecho. Me aproximé para poder distinguir la cara de mi esposa pero estaba vuelta hacia un lado, y con sus manos la ocultaba. Helga me acercó una lámpara de aceite y pude distinguir que junto a la espalda de Clarisa, entre las mantas, sobresalía un pequeño con la cara colorada, a punto de estallar en llanto. No vi nada anormal en su aspecto, e incluso me pareció un bebé hermoso, pero en cuanto retiré las mantas para cogerlo en brazos oí un gemido a mis espaldas, pues Helga se tapaba la boca para contener su llanto. Yo no pude hacer lo mismo, porque en aquel momento me hubiera distraído de la cuestión que una y otra vez hubiera querido gritar mi boca: ¿Por qué? ¿Por qué mi hijo no tenía brazos?

Dios sabe cuántas veces maldije, cuaántas fueron las palabras de odio que dirigí contra el destino, contra el infortunio que regía mi vida. ¿Qué mal había hecho yo en este mundo para merecer tal desgracia? Y lo que era peor aún, ¿qué mal había cometido aquella criatura inocente? ¿Qué clase de castigos infligía un Dios supuestamente benévolo a una criatura acabada de nacer, sin pecado alguno? Deseé que todos los males de mundo confluyeran en mí, no en aquel pequeño. Me abracé a Clarisa tratando de contener mi llanto, pero el suyo, amargo e incontenible, provocó finalmente el mío.

La servidumbre nos dejó solos, con nuestro hijo. ¿Qué sería de él cuando creciera, cuando deseara jugar, abrazar, escribir, comer? Tuve que eliminar de mi mente aquellos terribles pensamientos que me hacían más daño aún, y decidí además que por el momento sólo debía hacer que Clarisa se sintiera lo mejor posible, que no aumentara su sentido de culpabilidad.

Fui al encuentro de Liebkind con el ánimo destrozado, y nada dijo que me consolara, únicamente que el tiempo todo lo cura. Tenía razón, pero aquella noche no pude evitar acostarme en medio de los más violentos temblores. Temblaba, temblaba violentamente hasta que me dormí.

Y soñé. Soñé que me hallaba en mi laboratorio, que un ángel entraba, que me tomaba de la mano transmitiéndome toda su paz. Vi su mirada profunda y me interné en ella. Navegué por su espíritu y me sentí nuevo, otro. El ángel se sentó junto a mí y el fuego de la chimenea se avivó sin que nadie añadiera más leña. Al preguntar cómo se llamaba respondió: *Louviah.* Louviah... Qué nombre tan bello, pensé. Y cuando le pregunté el porqué de su presencia allí, me contestó así:

—Ha llegado el momento de la Revelación, Gérald, tu que eres conde de Nettesheim. Ha llegado el momento en que la luz te ilumine y en que las oscuras sombras de la duda se disipen. Ha llegado el

momento en que el Azufre y el Mercurio deben trabajar juntos, o si lo prefieres, que el Hombre y la Mujer deben unirse para trabajar en la Gran Obra. Hasta ahora todo han sido brumas. Sumérgete, pues, en la Luz, en esta Revelación. La unión del Azufre y el Mercurio ha fructificado. Ve, pues, y da gracias. Da gracias también por ser quien eres, por saber que necesitas saber quien eres, por prestar una profunda atención a lo interno y a lo eterno. Despierta y ve, que la Obra te está esperando ya para la Gran Consecución. Todo está en tus manos, Gérald...

Desperté, y oí el llanto de mi hijo. Me levanté y lo vi en su cuna. Clarisa, que también se había despertado, me dijo que lo cogiera, y cuál fue mi sorpresa y alegría cuando vi que era un niño absolutamente normal. ¡Todo había sido un sueño! ¡Sólo un mal sueño, gracias a Dios! Al parecer me había desmayado al ver llegar el niño, al ver correr la sangre por las piernas de mi esposa. Con el niño en brazos me acerqué a su madre y lloré de alegría, besándolos a los dos. De repente, recordé al ángel del sueño. Estaba demasiado impregnado su recuerdo en mi interior como para olvidar la sensación que me había provocado aquel encuentro. Me inquieté sin saber porqué y decidí bajar al laboratorio.

Todo parecía estar en orden: los crisoles de arcilla, el destilador, los hornillos, pero allí, al lado del caldero para fundir y calcinar había una sombra. Me acerqué y descubrí el cuerpo sin vida del viejo maestro Heinz. Entre sus manos sostenía una nota en la que había escrito:

"*Ha ocurrido. La Revelación Divina ha venido a nosotros pero tú has sido el Elegido. Te unirás a Clarisa y juntos trabajaréis en la Gran Obra. Tendréis éxito, lo sé. Por mi parte, no tengo nada más que hacer, nada más que aportarte, amigo. Te lego mis anotaciones, mis cuadernos, todos mis libros. Y me voy, sé que me voy ya hacia lo Indefinido. Recuérdame, amigo Gérald. Yo te protegeré desde allí.*"

Al día siguiente enterrábamos a Heinz. Karl estaba cabizbajo y nunca confesó qué había ocurrido con Ernst, que nunca volvió a mis tierras. Tras la lamentable pérdida de mi viejo amigo, tenía mucho trabajo por delante. Clarisa y yo teníamos mucho que hacer.

Capítulo XXXV. En que a pesar de algunos contratiempos se logra la Piedra Filosofal.

Entre los escritos de Heinz hallé valiosas anotaciones que fueron fundamentales para mi trabajo. Algo en mi interior me decía que había llegado el momento; que el continuo latido de mi corazón me indicaba que estaba en el buen camino, en el tiempo correcto. Solicité a Clarisa su ayuda, pues así lo había dejado dispuesto Heinz, y no tuvo ningún problema en hacer cumplir su voluntad. Lo cierto es que la inteligencia con que se hallaba dotada era natural que la inclinase hacia la ciencia que yo pretendía dominar. Siempre había querido saber más acerca de mis trabajos, por lo que aquella propuesta la llenó de ilusión. Nuestro hijo, Roderic von Nettesheim, quedaba en manos de la nodriza, y así, con buena disposición, nos encaminamos a dar con la tan ansiada Piedra Filosofal, con el Elixir de la Larga Vida.

Casi sin descanso Clarisa y yo leíamos una y otra vez los vetustos tratados, las notas de Heinz, mis propias notas. Sacábamos nuevas conclusiones y las íbamos recopilando, clasificándolas, ordenándolas para no desviarnos de nuestro propósito. La cantidad de material era tal que íbamos confeccionando legajos y atándolos con tiras de cuero. Formamos así una buena cantidad de cuadernos alquímicos, pues así fue como los llamamos. Cuántos hubieran sido los que hubieran pagado buenas sumas por tener entre sus manos todo aquel saber, todo aquel compendio de fórmulas y simbolismos, muchos de ellos ya aclarados, dispuestos para ser realizados y convertidos en nuestro propósito. Todo estaba a punto, pero ocurrió algo que entorpeció nuestros planes.

Fray Arnaldo andaba algo intrigado por nuestro comportamiento. Vino a consultarnos acerca de algunos asuntos de los fieles de su parroquia y ni Clarisa ni yo pudimos prestarle demasiada atención. Nuestros estudios nos absorbían de tal modo que teníamos que administrarnos muy bien el tiempo: Trabajábamos hasta bien entrada la madrugada y eso provocaba que nos levantáramos tarde, que tuviéramos que dejar de lado cosas que considerábamos fútiles. Hizo preguntas a muchos sirvientes, pero todos sabían qué era lo que tenían que contestar. Había un hermetismo total que impedía cualquier averiguación por su parte; cualquier asomo de destapar el cofre de nuestros secretos era totalmente inútil.

Pero el franciscano era insistente y estaba resuelto a averiguar qué

era lo que llevábamos entre manos. No cesó en su empeño hasta que se atrevió a preguntarme directamente si gustaba practicar aquel bello arte llamado alquimia. No pude ocultar mi sorpresa ante tal pregunta, así como tampoco pude dejar a un lado la cautela. Había aprendido a guardarme bien, así que negué cualquier vinculación con la ciencia, mostrándome extrañado por su parecer. Fray Arnaldo, a pesar de todo y astutamente, me tentó ofreciéndome una copia de la Tabla de Esmeralda, el escrito de Hermes Trismegistus que aún no había logrado adquirir.

¿Podrán entenderme aquellos que un día lean mis palabras? ¿Podrán disculpar mi codicia ante algo que consideré fundamental para terminar mi Obra? La Tabla de Esmeralda... Aquel monje me acercaba al texto que tanto ansiaba leer. ¿Cómo creer que me estaba ofreciendo un cebo para así poder denunciarme ante el clero? De todos modos, como cautela, no confesé mi verdadero trabajo ni absolutamente nada de mis investigaciones, únicamente manifesté mi intención de adquirir el libro por simple curiosidad. Adelanté una buena cantidad y fray Arnaldo partió hacia el lugar donde dijo que iba a conseguirlo.

Transcurridos unos días regresó y volvió a pedirme más florines aún cuando todavía no me entregaba lo prometido. Me negué, naturalmente, molesto por su actitud, pero él insistía y aunque le hablé de la irregular situación económica del castillo, no conseguí nada más que desprenderme de más monedas.

La actuación de Karl fue clave en aquellos días, como en otros tantos. Aprovechando la ausencia de fray Arnaldo entró en su aposento y buscó sin saber bien qué. En un cajón, aún inacabada, encontró una carta en la que fray Arnaldo, dando rienda suelta a su envidia personal, había escrito al tribunal inquisitorial de Bohemia. No tenía pruebas de que yo practicase activamente la alquimia, pero sí podía acusarme de tenencia de libros ilícitos, al menos del que él mismo me había vendido. Me acusó de impío, de traidor de la moral cristiana, de mago, de nigromante. Aquellas graves denuncias hubieran provocado mi condena a muerte, pero Karl lo impidió, y me contó que en aquel preciso momento dio las gracias a Dios por haberle permitido aprender a leer. Yo también lo agradecí, así como la fortuna de tener en mis manos aquel escrito. ¿Qué podía hacer? Estaba claro que a su vuelta fray Arnaldo descubriría el robo de la carta. Había ganado algo de tiempo, pero... ¿acaso no podía repetirse la denuncia? Mi rabia me hizo pensar en acabar con la vida del monje, pero no, un verdadero alquimista nunca ensuciaría su alma con algo así. Tampoco podía encerrar de por vida a fray Arnaldo en una de las mazmorras del castillo, pues ya no debían existir actos y pensamientos de esa clase en mi vida. Entonces, ¿qué hacer?

Aquella noche Clarisa y yo bajamos al laboratorio con pocos ánimos. Trabajamos con la incertidumbre de si ésa era la última vez, pero aquel desapego nos concedió el triunfo. Sí, porque cuando menos lo esperábamos, casi sin darnos cuenta de lo que estaba sucediendo, proyectamos la piedra resultante sobre una cantidad parecida de mercurio y obtuvimos ¡oro! Era difícil de creer aquello que estabamos viendo, pero era cierto, tanto como que repetimos el procedimiento y volvió a dar resultado. Ahí estaba: la Piedra Filosofal en nuestras manos.

Mi esposa y yo nos arrodillamos ante aquella maravilla. Ella lloraba de alegría y yo tuve que contenerme dando las gracias internamente a mi viejo maestro Heinz por su ayuda, confiando en que desde donde fuera que estuviese pudiera disfrutar al menos en parte de aquel sublime descubrimiento. Lo habíamos logrado, y además, llenando un recipiente con la forma líquida de la piedra, podíamos decir que ya teníamos en nuestras manos el arcano, el Elixir de la Larga Vida. Su olor era fuerte, intenso, y atraía sobremanera. El círculo se había cerrado, y ante nuestros ojos se abría la puerta de la Inmortalidad.

Oímos que llamaban a la puerta: era Karl. Al parecer ya había amanecido. Me miró a los ojos y me pidió perdón. Dijo que podía hacer con él lo que quisiera a partir de aquel mismo momento. Consideraba que si yo le había dado dignidad a su vida, yo mismo era el que debía decidir sobre ella. Pero, ¿de qué estaba hablando Karl? ¿Por qué ponía su espada en mis manos y se arrodillaba ante mí? El cansancio de aquella ardua noche me impidió saber al instante que Karl había provocado la muerte de fray Arnaldo a su regreso. Lo hizo por mí, por el afecto que le unía a nosotros. No podía permitir que aquel hombre truncara nuestras vidas; ni podía permitir que fuésemos condenados de forma injusta por la Inquisición. No entendió porqué yo mismo no había querido acabar con la vida del monje, pues no hacía muchos años él mismo había sido testigo de mi mal carácter, de mis pocos escrúpulos, pero le expliqué, traté de hacerle entender que ya nunca más juzgaría, que nunca más haría uso de mi espada para segar vidas, para sentirme como un dios omnipotente. Ahora la espiritualidad regía mi vida, y le acompañé hasta el fuego en donde aún estaba Clarisa, cansada y feliz por nuestro éxito. Mostré a Karl el oro conseguido con la transmutación y vi el brillo en sus ojos. Me felicitó, maravillado, mientras introducía una de sus grandes manos en su jubón y me entregaba el texto de la Tabla Esmeralda que finalmente fray Arnaldo había conseguido. ¡Cuán extraño parecía el haber conseguido mi sueño! Pero así era, y gracias a Karl podíamos disfrutarlo sin ningún impedimento.

Capítulo XXXVI. En que el Elixir de la Larga Vida toma protagonismo.

Satisfecho por su victoria en Poitiers, el llamado Príncipe Negro decidió visitarme antes de regresar a Inglaterra. Así tuve la ocasión de tener en el castillo al rey, a Juan II de Francia, a quien Eduardo había hecho prisionero.

Fue una grata visita, aunque he de decir que no hablé a Eduardo acerca de mi descubrimiento. Los poderosos eran ingratos y de afectos cambiantes. Aunque el príncipe había demostrado su lealtad hacia mí no quería arriesgarme a perder aquello que tanto me había costado conseguir. No tenía que olvidar que el oro cegaba muy fácilmente a los humanos. Finalmente, Eduardo partió hacia Inglaterra, algo nervioso porque andaba en amores con su prima, la condesa de Kent.

Y se me presentaron inquietudes en cuánto al elixir. Finalmente, ¿lo tomaríamos? ¿Se lo daríamos a nuestro hijo? Y, ¿qué haríamos con todo el oro que podíamos crear? ¿Enloquecería la riqueza extrema nuestras entonces templadas almas? Grandes dilemas se nos presentaban a Clarisa y a mí por aquel entonces. Pero el mundo continuaba su rumbo impasible, y la gestión del castillo no perdonaba un solo día. Poco a poco, sin casi darnos cuenta, nos encaminábamos hacia la senda que regiría nuestros destinos.

Una tarde en que me encontraba cabalgando por el bosque recordé el incidente que me llevó a pasar unos días en la leprosería. Y como sabía de la pobreza y la austeridad de aquel centro, consideré adecuado el hacer una generosa aportación. Aquel acto trajo consigo una sensación de paz, de reconocimiento de la generosidad que la vida me había mostrado. Estaba satisfecho conmigo mismo, pues mis trabajos habían dado el fruto deseado. Aún apartándome en ocasiones de mi senda, había vuelto donde me correspondía. Ya había dejado escrito el estoicista Marco Aurelio que "*conseguirás tu propósito si ejecutas cada acción como si se tratara de la última de tu vida*".

Los días pasaban, hasta que Liebkind, el médico, vino a verme. Había estado reconociendo a mi esposa y a mi hijo, y tras informarme de su buena salud, a excepción de algunos catarros sin importancia del pequeño Roderic, vi que se hallaba algo distraído, preocupado. La amistad que nos unía dio lugar a que me confesara sus cavilaciones: Al parecer echaba en falta uno de sus libros, uno muy importante, uno muy difícil de conseguir: La Tabla de Esmeralda. Un intenso nerviosismo se apoderó de mí, pues enseguida sospeché, con acierto,

que fray Arnaldo había sido el causante del robo. Con total confianza, le mostré mi ejemplar a Liebkind y sin dudarlo un instante lo reconoció. Me habló acerca de unas marcas en algunas de las páginas y era cierto, no había duda que era suyo. Le hablé acerca de la peligrosidad que encarnaba la tenencia de aquel tipo de libros, a lo que él replicó que no temía las iras de los hombres a aquel respecto, más bien las temía en cuánto a su condición religiosa. Pero llegados a ese punto tuvimos que confesarnos, tuvimos que reconocer que ambos practicábamos la alquimia, cosa que nos agradó en verdad.

Al decirle que había logrado el más alto grado de la Obra, la consecución de la piedra, me felicitó efusivamente, pues muchos eran los llamados, pero pocos los elegidos.

Convinimos en que Clarisa haría una copia del texto de Hermes, que por otra parte, era incomprensible, y luego se lo devolveríamos, cosa que Liebkind agradeció. Y a partir de entonces pasamos muchas noches conversando acerca de nuestros trabajos, de nuestras teorías. Él deseaba también, cómo no, conseguir la piedra, pero antes, decía, tenía que encontrar el espíritu en su interior, tenían que darse los justos y oportunos factores. En cuanto a la toma del elixir él tenía su propia idea, pues no creía que pudiera hacer al hombre inmortal: el hombre era inmortal por sus obras. Liebkind había llegado a esa conclusión después de su viaje a París, pues los símbolos alquímicos que había podido ver escritos en la catedral de Notredâme le indicaron que el arte, así incrustado en la piedra, era eterno. Asimismo, la vida de cada hombre es inmortal al quedar escrita en la historia del mundo. No hacía falta ninguna clase de bebedizo para ello.

No, tal vez no hacía falta, pero a mí me obsesionaba la idea de la perdurabilidad física, de la eterna juventud. ¿Era posible? ¿Me arriesgaría a comprobarlo con mi propio cuerpo? Liebkind me censuró: No debía jugar con el destino que Dios nos tenía preparado. Mas para mí no se trataba de jugar, se trataba de experimentar algo fuera de toda regla, fuera de los límites de la comprensión. Si tenía la oportunidad en mis manos, creía que sería casi un sacrilegio no intentarlo. ¿Acaso existe algún hombre en esta tierra que pudiendo hacer uso de un poder ilimitado se resistiría a ello? Tal vez sí, pero creo que ese lugar está reservado a los hombres más justos, los hombres santos.

Clarisa, siempre dispuesta a seguir mis pasos, tomó conmigo el elixir, y decidimos que por el momento no se lo daríamos a Roderic. ¡Qué sabor dulce en nuestros labios! Descendía por nuestras gargantas como se deslizan los muchachos por las colinas nevadas: deprisa, con fuerza, con ganas. Percibíamos el poder de la piedra, la fuerza de los

misterios de la humanidad. Por nuestras gargantas se deslizaba el tiempo, un tiempo que a partir de entonces nos pertenecía por completo. La vida eterna nos sonreía, centelleaba desde el interior de aquel frasco transparente. Ya no debíamos temer a las enfermedades, ni al dolor que éstas provocan. Éramos como dioses explorando nuevas tierras, las tierras del descubrimiento, de la luz. Mi esposa Clarisa y yo nos miramos a los ojos, aún sintiendo aquel dulce sabor en los labios. Y nos besamos, nos besamos sí, pues sabíamos que nuestro sincero amor viviría años con nosotros y eso nos llenaba de un gran regocijo, de una temblorosa felicidad. Nuestros cuerpos permanecerían en la misma forma durante tiempo y tiempo. No envejeceríamos, y en esa eterna juventud podríamos disfrutar de los goces de la carne y del espíritu, sin el temor a las arrugas en la piel, en el rostro; sin el temor a los cabellos canos, a los dolores de la edad, a tantas y tantas cosas que el resto de la humanidad debía experimentar por ley de vida. Nosotros, gracias a un divino designio, podríamos saltarnos las normas establecidas en los tiempos de los tiempos, desafiando así a la misma vida, a la misma muerte.

Capítulo XXXVII. Dónde se relata el encuentro con el gran alquimista Nicholas Flamel.

A finales del año de gracia de 1.382, Clarisa y yo nos hallábamos en París. Ya había llegado el momento de simular nuestras muertes, pues nuestros sonrosados rostros y nuestros sanos cuerpos empezaban a levantar sospechas entre algunos de nuestros supersticiosos vasallos. Ya había llegado también el tiempo en que mi hijo Roderic tomara su puesto como nuevo conde de Nettesheim. Así pues, con la ayuda de nuestro fiel Karl, que se quedaría para ayudar a Roderic, se fingieron nuestros sepelios, desapareciendo así para siempre jamás nuestros nombres, que sólo permanecerían vivos en las mentes de aquellos que nos recordaran. Desaparecía entonces la figura de Gérald von Nettesheim para surgir una nueva: Karl von Neuenthal, esposado con Martha Eschenbach. Nuestro primer objetivo era París, y allí, en la rue des Champes, adquirimos una casa y en la planta baja abrimos una librería. Qué mejor lugar para guardar nuestra biblioteca, y qué mejor lugar para que Clarisa siguiera su tarea como copista y yo pudiera dedicarme al estudio y a la investigación. En el sótano, eso sí, instalamos de nuevo nuestro laboratorio. Aunque hubiéramos logrado la Piedra no por ello íbamos a dejar de estudiar aquel arte.

Una mañana, Clarisa salió a comprar fruta en uno de los mercados de la ciudad y conoció a una mujer. Su nombre era Perenelle, y poseía junto a su marido una casa en la rue de Marivaux, donde regentaban como nosotros una librería. Como fuera que mi esposa viera útil el trabar amistad con ellos, ya que éramos recién llegados a la ciudad y siempre convenía conocer gente del gremio, invitó a la mujer y a su esposo a tomar una taza de té.

Así, una tarde de invierno en que yo repasaba un manuscrito en la trastienda, oí las campanillas que indicaban que alguien había entrado en el local. Se trataba de Perenelle y de su esposo, Nicholas, un hombre un poco más joven que ella, de rostro afable y ojos inteligentes. Subimos los tres a la sala donde nos esperaba mi esposa y conversamos acerca del negocio de los libros, que más que negocio para nosotros era un placer.

Tras unas tazas de humeante té de Oriente, Nicholas y su esposa nos hablaban de las particularidades del negocio de los libros, de las copias que aún era conveniente hacer, de ejemplares raros, de sus viajes. Hubo uno de aquellos viajes que me sorprendió, pues Nicholas había ido hasta España, concretamente a la región de Galicia, tras haber hecho una promesa al santo patrón de Compostela. Perenelle no

le había acompañado en aquel viaje que suponía una serie de riesgos, pues viajar solo, sin ningún tipo de escolta hasta otro país era osado y peligroso. ¿Qué asunto empujaría a Flamel a aquel arriesgado viaje? Estaba claro que nada me diría él al respecto, pero pensaba averiguarlo. Había algo en la mirada de aquel hombre que me atraía, algo que me decía que ocultaba secretos importantes.

He de decir que poco a poco se afianzaba la amistad con el matrimonio, y con ello crecía mi esperanza de saber algo más de la vida de aquel peculiar librero. Por mi parte encontré, en aquellos días de mi vida en París, algo que llenaría algunos de mis ratos libres, algo que llenaría un aspecto de mi espíritu: la piedad humana.

Yo, que había visto como en las calles de las ciudades se transportaban pilas de muertos por la terrible peste; yo, que había visto los estragos de la lepra, del cólera, que había observado las sangrías y había sufrido al ver las expresiones de dolor de las viudas y de los huérfanos, podía hacer algo al respecto. Usando procedimientos alquímicos pude hallar sustancias beneficiosas para el cuerpo, sustancias que yo mismo o Clarisa probamos sin experimentar ningún efecto secundario o empeoramiento. A medida que trabajaba en ello pensaba en todos aquellos desgraciados que no podían pagar un buen médico por falta de medios y se veían obligados a someterse a los curanderos que no siempre eran eficaces, más aún si no se les recompensaba bien económicamente. Yo podía ayudarles, estaba seguro, pero la pregunta que me hacía era cómo hacerlo sin levantar sospechas; además, estaba el hecho de que no conocíamos más que a la gente de nuestro barrio, y no a demasiados.

Clarisa, cómo no, tomó el mando de la situación y propuso abrir un hospital a las afueras de la ciudad. Para ello tendríamos que contar con la ayuda de alguien de toda confianza, alguien que aceptara utilizar, además de sus propios procedimientos, también los míos. Alguien que no revelara que el librero de la calle des Champes era el fundador del hospital. Así que quién mejor que nuestro amigo Liebkind Mötl, el médico judío a quien yo había acogido en mis tierras. Aunque existía un problema: los judíos eran expulsados de Francia. De todos modos envié un correo urgente y esperé una respuesta teniendo en cuenta que era probable su negativa, más aún considerando que si Liebkind venía a París, tenía que renunciar a su religión. Pero unos meses después las campanillas de nuestra tienda anunciaron la llegada de Liebkind y su esposa, quienes estaban encantados con la idea de la fundación del hospital. El paso del tiempo había hecho mella en sus rostros, aunque no así en sus espíritus, y eso me alegró de veras. Al decirle a Liebkind que temí que no aceptara mi proposición, me explicó que ningún odio contra su raza, ningún miedo a ser perseguido iba a impedirle hacer algo que

siempre había querido hacer. De todos modos me confesó que se había convertido, pero que pensaba continuar con sus ritos y costumbres en secreto. Confiaba en no tener problemas y confiaba también en el destino que deseaba para sí mismo y su esposa; además, como dijo Virgilio, "*la suerte ayuda a los osados*". Así que adquirí para Liebkind y Sonya una casa cerca de la nuestra y empezamos con los preparativos para la fundación del hospital.

Entretanto se sucedieron las visitas de Nicholas Flamel, a veces también acompañado de su esposa Perenelle, de quien supimos que era viuda. Y ocurrió pues, que en una ocasión en que yo me hallaba en la trastienda releyendo mis cuadernos alquímicos y revisando algunas anotaciones, oí que entraban en la tienda. Se trataba de uno de aquellos clientes que no sabía que adquirir, ni decidirse por lo que yo le recomendaba. Cuando se decantó finalmente por un volumen no dudó en comenzar a regatear el precio, y en esos asuntos estábamos cuando llegó Nicholas Flamel. Como que estaba ocupado, le propuse que esperara en la trastienda, pues enseguida acabaría con aquel cliente. Tras arduas negociaciones cerré el trato y me encaminé hacia donde me esperaba Nicholas. Su rostro estaba lleno de satisfacción, y poco tardé en darme cuenta de que había leído mis notas, descubriéndome así como alquimista, al igual que él.

Nos sentamos, y entre el aroma de mis libros viejos y de la jarra de vino que nos trajo un sirviente, descubrimos que ambos habíamos logrado el secreto de la piedra filosofal, que ambos teníamos en nuestro conocimiento cómo transformar el vil metal en oro y de qué manera alargar la vida con el elixir.

Como mis logros ya están relatados en estas páginas, pasaré a hacerlo con los de Flamel, que no por diferentes dejan de ser más apasionantes.

Capítulo XXXVIII. De cómo Nicholas Flamel halló la Piedra Filosofal.

"A la muerte de mis padres[20], hube de ganarme el pan escribiendo; compuse listas, hice cuentas y registré los importes de la tutela de menores. Por aquel tiempo adquirí por dos guineas un libro[21], dorado, muy viejo y muy voluminosos. No se parecía a otros libros, pues no era de papel ni de pergamino, sino de fina corteza de árboles jóvenes; estaba encuadernado en cobre forjado, y la tapa aparecía totalmente cubierta de extraños caracteres y figuras. Es posible que fueran caracteres griegos o de alguna otra lengua antigua, en cualquier caso no supe leerlos. En el interior las hojas de corteza de árbol estaban profusamente grabadas y pintadas de colores, perfectamente legibles y escritas en bellos caracteres latinos. El libro se componía de tres fascículos de siete hojas cada uno; la séptima hoja de cada fascículo aparecía en blanco."

"En la primera hoja se veía un báculo en torno al cual aparecían enroscadas dos serpientes; en la segunda, una cruz, de la que colgaba otra serpiente, y en la séptima podía verse un desierto, en el centro del cual brotaban hermosas fuentes; pero de ellas no salía agua sino serpientes que se arrastraban en todas direcciones."

"En la portada del libro se leía en grandes letras doradas: "*Al judío Abraham, príncipe, sacerdote, levita, astrólogo y filósofo. Al pueblo judío, que fue dispersado por toda la Galia por la ira de Dios, saludo y bendición. D.I.*" El resto de la página aparecía lleno de horribles maldiciones para quien, ya fuera sacerdote o escriba, osara leer el libro."

"Con toda seguridad que el hombre que me lo vendió no conocía su valor, y yo tampoco al comprarlo. Tal vez les fue arrebatado a los pobres judíos o encontrado en alguna de sus casas abandonadas."

"En la segunda página el autor dedicaba a su pueblo palabras de compasión y le exhortaba a mantenerse alejado del vicio y de la idolatría y a esperar tranquilo y pacientemente la llegada del Mesías... A partir de la tercera hoja explicaba en sencillas palabras cómo se transformaban los metales. Es posible que de este modo tratara de ayudar a su pueblo cautivo a pagar los impuestos al emperador romano e incluso a hacer otras cosas de las que no quiero hablar ahora. Junto al texto se reproducían los recipientes, se daban los colores y todos los demás detalles, a excepción del agente primero –la piedra filosofal-, el cual, sin embargo, aparecía reproducido con gran arte y de forma tal que cubría por completo las páginas cuarta y quinta."

Flamel, llegado a este punto, me contó que fue entonces cuando inició su viaje en peregrinación hasta el sepulcro del apóstol Santiago, en España. Para que su libro no peligrase en el viaje se lo entregó a Perenelle, y él se llevó un extracto. Nicholas esperaba encontrar a alguien en aquel país que le explicara las partes del libro que no entendía. Sin hallar lo que buscaba y ya en el camino de regreso a casa, Flamel pasó una noche en una posada de León, y ocurrió que cenó en la misma mesa que un marchante francés. Como fuera que este hombre le inspirara confianza, Flamel le indicó su deseo de encontrar un sabio judío. Afortunadamente, el marchante conocía a un cierto Maestro Canches, un anciano que vivía en León inmerso en sus libros. No fue nada difícil presentar al Maestro Canches a Nicholas Flamel, quien pensó en hacer un último intento antes de abandonar el país y regresar a Francia.

"Cuando le mostré las miniaturas de mi libro, se puso fuera de sí de sorpresa y alegría. Al momento me preguntó si sabía yo dónde estaba el Libro."

Como es de esperar, Flamel no reveló nada hasta que él no hiciera lo propio, cosa que sí hizo, explicándole las bases de la obra alquímica. Fue entonces cuando Flamel le dijo que tenía el libro en su casa, en París. Los ojos del Maestro Canches se abrieron como platos y brillaron codiciosos, ilusionados, pues aquel libro había desaparecido durante siglos y él había soñado durante toda su vida con encontrarlo. A pesar de su vejez, manifestó su deseo de viajar con Nicholas para ver el libro y poder trabajar juntos. Así fue que emprendieron el viaje, juntos; viaje durante el cual el anciano enseñó a Nicholas todo lo que quería saber.

Aunque a los judíos les estaba prohibido el paso a Francia, el Maestro Canches estaba dispuesto a convertirse, estaba dispuesto a vencer a su viejo cuerpo, y por ello rezaba para que le fueran concedidos los días necesarios para ver cumplido su sueño. Pero no fue así. Su destino era morir, a pesar de todos los cuidados de su compañero de viaje, en Orleans. Como se había convertido y Nicholas no quería ser sospechoso de haber introducido un judío en Francia, enterró al viejo sabio judío en la iglesia de la Sante Croix, dejando en dicha iglesia una renta para que cada día se celebrara una misa por su eterno descanso.

Aunque el maestro Canches sólo le reveló una parte del Libro de Abraham el Judío, fue suficiente para que Flamel comprendiera la mayor parte. Así que tres años después, en el año de gracia de 1.382, y siguiendo el método de Abraham, encontró el elixir que "inmediatamente se reconoce por su fuerte olor."

"Más tarde, ateniéndome escrupulosamente a cada palabra de mi

libro, proyecté la piedra roja sobre una cantidad casi igual de mercurio; eran aproximadamente las cinco de la tarde de 25 de abril, en mi casa, y sólo estando presente mi señora Perenelle; yo transformé efectivamente el mercurio en casi la misma cantidad de oro, que con toda seguridad era mejor, o sea, más suave y agradable al tacto que el oro corriente. Puedo decir esto en honor a la verdad. Realicé la obra por tres veces con ayuda de Perenelle, pues como me había ayudado en mi trabajo, lo entendía exactamente igual que yo. Con toda seguridad que, de haber querido realizar la obra enteramente sola, también lo hubiera conseguido. Después de haber realizado la obra una vez, consideré que ya había hecho más que suficiente, pero, no obstante, me divertía sobremanera poder contemplar en los recipientes las maravillosas obras de la naturaleza y meditar sobre ellas. Durante mucho tiempo temí que Perenelle no fuera capaz de dominar su incontenible júbilo y hablara a sus parientes de nuestros tesoros, pues el júbilo no controlado puede robar al hombre la razón, al igual que las grandes preocupaciones. Pero la misericordia de Dios no sólo me concedió éxito en mi tarea, sino que me entregó una mujer sensata."

En efecto, Perenelle era una mujer callada, discreta como pocas, y era natural que Nicholas estuviera tan orgulloso de ella. Además, según me contó Clarisa, era dada, ya que no podía concebir hijos, a realizar obras de caridad.

Y así, en efecto, fue como Nicholas Flamel consiguió la piedra filosofal, y al conseguir aquella transformación, ocurrió otra también en su alma, pues como fuera que entonces era rico, no se dejó llevar por los demonios del egoísmo y se dedicaba, en la sombra, bajo su disfraz de simple librero, a hacer donaciones a iglesias, a beneficiar a los hogares de huérfanos y a fundar hospitales gratuitos entre muchas buenas obras más. Yo le hablé también de mi intención, y me felicitó por ello, ofreciéndome toda su ayuda y experiencia.

El encuentro con Nicholas Flamel fue uno de los mejores de mi existencia, y de él aprendí que el hombre consigue la inmortalidad sólo a través de la victoria del espíritu sobre la materia, por la purificación esencial, por la transmutación de lo humano en lo divino.

Capítulo XXXIX. Del futuro.

Años después Clarisa y yo abandonamos París. Liebkind murió sin querer tomar el elixir que le ofrecí, y su esposa le siguió poco después. En cuanto a Nicholas Flamel he de decir que tuvo que huir. Su generosidad despertó sospechas que llegaron hasta oídos del rey.

Carlos VI ordenó una investigación pero no se consiguió ninguna prueba en su contra. De todos modos consideró prudente el marchar de París simulando primero la muerte de Perenelle y luego la suya propia. Desde entonces nos hemos reunido una vez cada diez años en mi castillo. Las veces en que Clarisa y yo visitamos a nuestro hijo Roderic ha sido siempre disfrazados, y así lo hicimos también para conocer a nuestros nietos. Pero después de ellos ya no hemos conocido a ninguno de nuestros descendientes. Roderic no quiso tomar el elixir y tuvimos que asumir su decisión aún con lo que ello implicaba. Nuestro deseo, nuestra opción, implicaba dejar de lado muchas cosas, renunciar a otras tantas, y aunque el dolor a veces era punzante, sentíamos que ése era nuestro destino y a él nos debíamos.

En cuánto a mi fiel Karl he de decir que aun siendo casi un anciano me pidió que le dejara tomar el elixir. Tras servir a mi hijo Roderic y considerar haber cumplido su misión en el castillo, deseaba volver junto a mí. Así pues, tomó el elixir de la larga vida y rejuveneció algunos años, pues se borraron de su cuerpo todos los achaques propios de las edades avanzadas.

Desde entonces hemos visto cientos de lugares, y hemos vivido y oído infinidad de sucesos que se van escribiendo en el libro de la historia de la humanidad. Ahora, desde las arenas de un desierto de esta tierra, cerca de un bello oasis donde repostan nuestros camellos y nuestros sirvientes nos preparan deliciosas comidas especiadas, escribo de nuevo en este cuaderno mientras Clarisa descansa. Me sonríe, y su rostro amable me reconforta aún en este día en que pienso que estoy cansado, que comienzo a estar cansado como quizás lo esté Dios de ver dar vueltas y más vueltas a esta hermosa Tierra de la cual conozco casi todos sus rincones. Pero él es Dios y yo no lo soy, aunque a veces en mis más locos sueños lo haya sentido.

Ahora, desde este lugar, hago balanza de mis años, de mis días en este mundo. He escrito todas estas páginas para recordar, para darme cuenta que quien soy y quien he sido realmente: un hombre, un simple hombre que ha jugado y ha ganado la partida a la muerte. Sé que no he sido el único, pero tanto da. Los inmortales somos de otra raza, de

otro espíritu, y el egoísmo no entra en nuestras almas. O sí. Tal vez seamos los más egoístas de todos los hombres. Egoístas por hacer de la vida nuestro mayor tesoro, por aferrarnos a ella y no soltarla. Pero podemos hacerlo. Podemos hacerlo y no queremos, de ahí que nos consideremos un poco dioses.

De todos modos el cansancio llega, y más aún cuando contemplas desde tu postura privilegiada el cansancio de los demás hombres, de los mortales; cuando contemplas su hastío, su aburrimiento, sus celos, sus maldades, sus odios; cuando te das cuenta de que viven sin vivir, sin disfrutar de cada momento. El cansancio llega cuando ves a aquellos que acaban antes de hora con su vida, cuando intentas ayudar a aquel que no se ayuda a sí mismo, cuando oyes las lamentaciones vanas y las quejas insidiosas. Te cansas y empiezas a ser un poco como ellos, un poco mortal, un poco sabedor de que dentro de unos años todo acabará.

Pero para nosotros, los inmortales, en realidad no acaba hasta que no lo deseemos. Tal vez algún día éste ir y venir, éste estar siempre de paso, me haga desear la muerte, o quizás existan otros motivos, pero por el momento ninguno es suficiente para tomar una decisión. Poseo el maravilloso amor de mi esposa y eso me ha hecho vivir con plenitud cada día de mi vida. En realidad no he necesitado nada más. Sé que cuando decidamos dejar de tomar el elixir nos iremos juntos; sé que partiremos hacia lo desconocido y seguiremos unidos allí.

Entre tanto, seguimos vivos sin saber hasta cuando, y podremos disfrutar de los amaneceres de Oriente y nos bañaremos en la lluvia refrescante de las selvas tropicales. Veremos la luna desde los salvajes acantilados de Normandía y nos deleitaremos con el olor de las especias de la India y con el murmullo de los lagos y de los ríos de Catay. Contemplaremos las vetustas pirámides y nos sentiremos un poco como ellas, omnipresentes. Nos bañaremos en las cálidas y saladas aguas del Mar Muerto y navegaremos por el tempestuoso Atlántico. Escucharemos la música de la Naturaleza y el canto de las montañas nevadas y de las extensas praderas. Sencillamente, viviremos.

NOTAS AL PIE

[1] Pienso, luego existo.

[2] El Señor de Kürenberg es el poeta alemán más antigua con obra conocida.

[3] “Estuve ayer por la noche al lado de tu lecho y no me atreví a hacerte nada, mujer, para no despertarte.” “¡Que Dios te maldiga!¡No soy ningún jabalí salvaje!, así dijo la mujer.

[4] Mítico autor del *Corpus Hermeticum.* Su nombre significa “el tres veces grande”.

[5] Disuelve y coagula. (Disuelve una materia y crea una nueva unión).

[6] Considerado el primer libro griego en que Khalid ibn Jazid, el primer alquimista árabe, aprendió los principios de la alquimia.

[7] La pálida muerte pisa igualmente las chozas de los pobres que las torres de los reyes.

[8] Alberto Magno (1.195-1.280) construyó un autómata formado por diversos metales. Tomás de Aquino, su discípulo, lo destruyó, suponiendo que se movía por arte del diablo.

[9]9 Palabras de Alí, profeta de los chiítas y patriarca de todos los imanes.

[10] Poema narrativo alemán escrito entre los años 1.200-1.212 cuyo autor es Wolfram von Eschenbach (1160-1220 aprox.), el poeta alemán más ilustre de la Edad Media.

[11] “Yo, Epicteto, fui esclavo, cojo, pobre como Iro y grato a los Inmortales”. (Según un epigrama anónimo transmitido por Macrobio.)

[12] Francesco Petrarca.

[13] Konrad von Megenberg (1.309-1.374). Autor de obras de tema científico, teológico, histórico y político.

[14] Ora, lee, lee, relee, trabaja y encontrarás.

[15] Del latín Adeptus, que ha alcanzado, ha adquirido.

[16] Se da a los que tienen para quitar a los que no tienen.

[17] Iglesias en que las naves laterales tienen casi la misma altura que la central, como en las catedrales de Osnabrück, Münster y Paderborn.

[18] Los gestos o ademanes que se hacen con la mano izquierda corresponden a la magia negra; y los realizados con la mano derecha corresponden a la magia blanca.

[19] Colección de escritos sagrados hindúes.

[20] Del libro de Nicholas Flamel “Libro de las figuras jeroglíficas” aparecido en el

año 1669.

[21] Se refiere al libro de Abraham el Judío, cuya adquisición le fue revelada por medio de un sueño en el que un ángel le decía:"Mira bien este libro, Nicholas. Al principio no entenderás nada en él –ni tú, ni ningún otro hombre- pero un día tu verás en él lo que ningún otro hombre será capaz de ver.”